

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

ó

LOS AMORES DE PARIS.

EL CULTIVO DE LOS VALLES

0

LOS VALLES DEL P. A. M.

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,



ó

LOS AMORES DE PARIS;

novela escrita en francés

POR

PAUL FEVAL,

y traducida al castellano

POR

D. A. C. G.

TOMO II.

SEVILLA: 1854.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.

EL MUNDO POR LOS DIAS DE LA SEMANA

LOS AMORES DE PARIS:

novela en tres tomos

por

PAUL FÉVAL

traducción de Catalina

de

EL P. D. G.

TOMO II

SEVILLA 1871

Imprenta de Gomez, a cargo de D. J. L.
Calle de la Huelga num. 7

La abuela.

Biot entró y colocó su cesta sobre la silla, dirigiendo al jóven una mirada furtiva de inquietud. Gaston estaba muy pálido, y sus labios entreabiertos dejaban salir una respiracion trabajosa.

El aldeano reprimió un gesto de dolor, esforzándose á sonreír.

—Buenas noches, dijo; parece que vais bien ..

—No sufro demasiado, mi buenamigo, respondió el jóven.

—Tanto mejor, señor! fuerza será que todo esto se componga y acaso...

Gaston sacudió lentamente la cabeza sin responder palabra.

Biot lanzó un fuerte suspiro.

—No hablo de chanza! repuso este, sacando de una alacena practicada en la pared una librea completa, blanca y verde.

Estos eran los colores de Maillepré-Maillepre.

—No, no es chanza! continuó Biot endosándose la librea con gran prisa; he sacado esta noche una hora de licencia para ir á nuestra antigua casa, calle de Verneuil, á ver si por casualidad...

Aqui se interrumpió, haciendo un esfuerzo para meterse las mangas de la librea.

Gaston, que habia tomado tambien un vestido negro de la misma alacena, y que se estaba vistiendo al mismo tiempo, suspendió esta ocupacion para escuchar mejor.

La mirada de Biot iba y venia desde el noble semblante del jóven á la blusa azul que estaba ya colgada en un clavo de la pared.

—Vaya, que parte el corazon, murmuró, ver ese andrajo en unos hombros como los vuestros, señor Marqués!...

—Tú ibas á decir antes alguna cosa! repuso Gaston con un movimiento de impaciencia.

—Cierto que sí, señor... Desgraciadamente no os servirá de mucho... He estado esta

noche en la calle de Verneuil á adquirir noticias... Yo creo que el diablo está metido en ello!... Este desconocido que anda de casa en casa tras de vos, ha ido otra vez.

—Y cuándo?

—Hará tres semanas poco mas ó menos. Y como las otras veces parecia muy desesperado de no encontraros nunca... Preguntó vuestras señas... nadie las sabe en la calle de Verneuil!

—Habia dado mi palabra... dijo Gaston.

—Es verdad... Pero, ya por una cosa, ya por otra, lo cierto es que ese caballero os ha buscado tres veces sin hallaros ninguna... Y hace ya ocho años que vos esperais á una persona...

—Que no vendrá jamás! murmuró el jóven con el tono frio del hombre que nada espera; una persona que se hace esperar ocho años, ó ha muerto ó no quiere venir.

—Pero, señor, dijo Biot; si acaso es él!... Hace tres años que un hombre fué á preguntar por vos á la calle de Valois, despues de la muerte del señor Marqués, que esté en la gloria!... Se diria que os está buscandodesde entonces!

—Hay en efecto un hombre que nos busca, respondió Gaston, cuyos ojos lanzaron una mirada de rencor desde el fondo de sus ór-

bitas hundidas; y por Dios vivo! yo haré de manera que este hombre me encuentre antes de morir!... Pero, no... este hombre, no es un salvador, amigo Biot.... ¿Y nadie mas que ese desconocido ha preguntado por nosotros?

—La voz del jóven temblaba ligeramente al hacer esta pregunta.

Biot bajó los ojos, murmurando en voz baja:

—Oh! señor... ella tenia tan buen corazon en otro tiempo!... Cómo es posible creer que haya podido olvidarse de aquellos que amaba tanto!... Pero ella no ha ido.

—Dios la haga venturosa! murmuró Gaston con un suspiro, é inclinando sobre el pecho su frente descolorida.

Biot se habia puesto la librea.

Tambien Gaston habia mudado su trage de pies á cabeza. Estaba vestido de etiqueta, con pantalon y frae negros, de elegante hechura, corbata blanca y medias de seda.

Con aquel trage, dificilmente se hubiera encontrado una presencia mas noble y distinguida. El obrero no conservaba ya nada de su pobreza anterior; nada mas que la espresion del dolor. Sus flacas mejillas no tenian color

que derramar sobre aquella enfermiza palidez. El fuego lento de una fiebre crónica brillaba en aquellos ojos tristes y resignados, que hubieran resplandecido tan alegres y hermosos con la felicidad.

Gaston era buen mozo. Habia en su rostro una dulzura altanera que conmovia y alhagaba. Su frente despejada tenia un sello de inteligencia y de bondad. Pero aquella frente, tan juvenil y sin arrugas, tenia tambien un sello misterioso de dolor y fatalidad. Podia leerse en ella un pasado sin alegría, y un porvenir sin esperanza.

La debilidad de Gaston solo se manifestaba en su semblante dolorido, y en el ligero hundimiento de su pecho; pues por lo demas, su cuerpo era robusto y vigoroso, y sus miembros, perfectamente configurados, estaban muy lejos de revelar una constitucion delicada.

Luego que hubo concluido su tocador, tocó dulcemente en la puerta del cuarto de su hermana.

Santa abrió al instante.

Tambien ella se habia trasformado. Y estaba tan bella, tan encantadora!

El rico adorno de sus cabellos rubios no estaba ya oscurecido por la envidiosa papalina, ni el plebeyo pañuelo cubria ya sus hom-

bros de virgen, velados ahora por un ligero encage que dejaba adivinar sus contornos delicados. La seda habia reemplazado á la indiana de su pobre vestido. Estaba sencillamente adornada, pero radiante de juventud y de hermosura.

Y armonizaba tanto su sonrisa con aquel nuevo traje! Habia tanta nobleza en sus movimientos, tanta gracia en sus formas casi añadas todavia!... Oh! aquel rostro de tez blanca y satinada estaba pidiendo un adorno de reina!

Con su traje de griseta, parecia disfrazada; y aun á pesar de la serena alegría que rebosaba su semblante, lastimaba el corazon ver aquellos miembros delicados sujetos con una tela grosera, y aquellas manecitas de princesa rozadas por unos mitones de labor. Aun asi estaba muy bella; pero tambien es bella la rosa que, arrancada de su tallo y caída entre el fango, adorna despues el ojal de una casaca raída... mas siempre echa de menos su verde follage y el tierno boton que servia de trono á su reinado de un dia...

Santa, era un niña pura, cuya alma no habia oscurecido ni aun la sombra de un mal pensamiento; pero los mismos ángeles se envanecen de la hermosura que Dios les concede, y Santa sonreia al verse tan hechicera.

Aquella sonrisa vino á desarrugar la frente de Gaston. El hermano y la hermana cambiaron un beso. Santa se olvidó de sí misma por admirar á Gaston; Gaston no vió ya en torno de sí mas que á Santa, y un latido de júbilo estremeció su corazon.

Biot, inmóvil en el umbral, miraba alternativamente al uno y al otro. Sus ojos estaban humedecidos...

Gaston y Santa se asieron de las manos.

En el otro extremo de la modesta habitacion habia una puerta de dos hojas. Biot fué á abrirla, y quedóse al dintel en vez de entrar.

—El señor Marqués de Maillepré! dijo en alta voz; la señorita de Naye!

Este era el titulo de las damas segundas de Maillepré.

La puerta de dos hojas conducia á un salon sombreado por una colgadura de damasco verde oscuro. Aquella cámara, comparada con las otras, estaba adornada con magnificencia. Los muebles pertenecian al principio del reinado de Luis XVI. En la alcoba habia una cama de pabellon con su banquetta de terciopelo. El tapiz que adornaba toda la habitacion, representaba los principales personajes de M. de Florian, Estela, Galatea, Nemorin, Numa, Hersilio, Gonzalo, &c. &c., y en el paisaje se veian cayados, zamponas y ganados.

Encima de la chimenea, donde brillaba un fuego abundante, habia dos candelabros de cuatro ramales con sus bugias encendidas. En frente de la chimenea habia una estufa cuyos grandes respiraderos abiertos vomitaban bocanadas de fuego.

Sentiase en aquella cámara un calor sofocante.

Al entrar en ella, se oprimia el corazon, se desvanecia la cabeza, y zumbaban los oidos...

A un lado de la chimenea, y sentada en un enorme sillón de brazos, derecha, agarrotada, se hallaba la Duquesa viuda de Maillepré, envejecida siete años mas, y reducida á una insensibilidad casi completa.

Junto á ella, y sentada en una silla de tijera, estaba Berta de Maillepré.

Berta tenia un vestido de gasa blanca. Sus cabellos negros como el azabache caian en ondas sobre sus sienas. Su rostro dulce y á la par severo, era mas blanco que la gasa de su vestido, y aparecia tan inmóvil como el semblante helado de la anciana. Los contornos de su pecho se ocultaban bajo los pliegues ajustados de su corpiño. La vista de aquella blanca sombra, que parecia no pertenecer al mundo, partia el corazon. El brillo siempre igual de sus pupilas, que se hubieran creído de

crystal, helaba la sangre en las venas... Era hermosa, pero hermosa como esas estatuas de mármol que el dolor coloca tendidas sobre los sepulcros.

Santa y Gaston entraron, y fueron á imprimir sus labios sobre la mano inanimada de la anciana.

Berta acercó en silencio su frente á Gaston, y besó la de Santa. Despues todo quedó inmóvil y mudo.

Al cabo de algunos segundos, entró Biot de gran librea, y estendió un bastidor delante de la chimenea.

Detrás del bastidor puso una mesa, y colocó sobre ella los platos que habia llevado en su cesta.

—La señora está servida! dijo inclinándose hasta el suelo.

Gaston, despues de obtenido el permiso, acercó el sillón de su abuela junto á la mesa; Berta recitó el *Benedicite*, y la comida dió principio.

La Duquesa, enhiesta y taciturna, llevaba con lentitud á sus labios el pan y los manjares que Berta cortaba en bocados para ella. Biot, atento á la menor señal, se mantenía detrás del sillón de la anciana, apresurándose á adivinar hasta el menor de sus deseos.

Santa y Gaston, á pesar del calor sofocante

que reinaba en la habitacion, comian con el apetito propio de su edad.

Un silencio absoluto acompañaba á aquella comida de familia.

Los honrados vecinos de la calle de Santa Catalina, que imaginaban la existencia de algun misterio tras de las sombrías puertas del palacio, no se equivocaban, como hemos visto.

Cualquiera que con una mirada hubiera traspasado por medio de un prodigio la espesa pared del ala derecha, se habria asombrado á vista de aquel lujo que tan cerca se hallaba de la miseria. Se hubiera asombrado mas todavia al aspecto de aquellos dos niños tan hermosos, vestidos poco antes con un grosero traje, y sin embargo, servidos despues por un page con librea.

Y aquella hermosa jóven reducida al estado de un espectro! Y aquella comida extraordinaria, en que todos estaban mudos, presidida por los últimos restos de un ser humano, cuyos miembros tenian ya la dura rigidez de la muerte!...

En efecto habia alguna cosa inesplicable en todo aquello. Aquella escena se veia sin comprenderse; habia alli un misterio cuya solucion era imposible; un enigma del que no se podia encontrar la clave.... Y la clave

del enigma era una mentira heróica, un engaño sublime, con la ayuda del cual echaban los Mailleprés algunas flores sobre la pendiente que conducía á su abuela al sepulcro.

—Gaston durante el día, confundido con los hijos del pueblo manejaba el buril en el taller de un gravador. Santa por su parte trabajaba en casa de una comerciante de bordados.

—Sus jornaes, unidos al fruto del trabajo de Juan María Biot, mantenían aquel lujo ficticio que rodeaba á la Duquesa.

Jamás salía esta de su habitacion: ignoraba por lo tanto que al otro lado del umbral de aquella cámara tapizada de seda, solo habia desnudez, soledad y miseria.

Podía muy bien creer, sin que nadie la quitase esta ilusión, que Maillepré habia recobrado su antiguo rango de caballero, que tenia lacayos en la antecámara y un soberbio carruaje en la cochera.

Existe á veces en las antiguas familias un amor admirable y santo hácia los padres.

—El Marqués al morir, en aquella noche de carnaval, en que asistimos á su agonía, habia legado á su madre á la familia. Todo lo que él hubiera hecho, lo que él hizo en parte, lo continuaban haciendo sus hijos con religiosa

devocion.

La sacerdotisa, la victima á la vez de aquel culto doméstico, era Berta. Santa y Gaston hallaban distracciones hasta en su mismo trabajo; respiraban el aire y gozaban de la vida comun de los séres, en tanto que Berta no salia jamás, no veia á nadie, ni respiraba mas que el aire viciado y ardiente de aquella habitacion siempre cerrada.

Su existencia pasaba en un eterno silencio. Su juventud estaba encadenada á la decrepitud. Ah! y la vejez es contajiosa; la inmovilidad destruye la fuerza; el silencio mata. Berta habia perdido en aquel lento suplicio de cada hora, la viva elasticidad de los buenos años. Su alma entorpecida, se habia paralizado en aquel cuerpo enfermizo; nada existia en ella, de todo eso que hace irradiar una frente de vírgen. Un sudario transparente se interponia entre los ojos y lo que quedaba ya de su hermosura. Nadie hubiese adivinando que aquella amarga existencia estaba condenada á un sacrificio: sus pupilas no decian nada; su fisonomía estaba muda.

Habia sufrido mucho.—Sufria todaviá?— Aquella resignacion helada ¿habia quizá llegado á la insensibilidad, que es el fin de todos los martirios?

Un dia, Biot, entrando de improvviso, habia

sorprendido á Berta de rodillas en el suelo. La viuda duquesa estaba dormida en un sillón de brazos. Berta tenia en la mano una cosa, que á Biot le pareció un rizo de cabellos rubios. Ella besaba aquel objeto con pasión, y su semblante, sonrosado en aquel momento, estaba cubierto de lágrimas.

Biot no habia osado traspasar el dintel, y sus labios no pronunciaron jamás una palabra sobre aquella escena...

El sabia mas todavía.

Berta trabajaba de noche. Despues que la anciana corria las espesas cortinas de su alcoba, Berta en vez de echarse sobre el catre de tijeras que se estendia para ella todas las noches, sacaba del armario un bastidor de tapiceria y prolongaba su tarea hasta el dia.

Biot vendia el producto de estas veladas solitarias. Pero en vez de emplear el dinero en sostener el gasto de la casa, como hacia con el jornal de Santa y Gaston, Biot se lo llevaba á Berta.

Quién se aprovechaba del fruto de su trabajo? Ella no salia jamás: hacia un año que no habia traspasado la puerta cochera del palacio.

Biot era escrupuloso como todos los criados antiguos, que creerian faltar á un deber si

tratasen de adivinar lo que se les oculta. Pero la imágen de Berta arrodillada y cubierta de lágrimas se le aparecía alguna vez en sus largas noches de trabajo. Berta no sufría solo bajo el peso matador de su sacrificio... Otro dolor cruel gastaba su existencia.

Un recuerdo quizás. Había amado?... amaba tal vez?

Biot la había sorprendido en uno de esos momentos de honda amargura en que la soledad comprime el corazón hasta hacerle pedazos?...

El pobre breton no ordenaba sus ideas precisamente de esta manera. Se hubiera visto muy embarazado para espresar á otro lo que sentía, porque su inteligencia no podía ir mas allá de sus ocupaciones habituales; pero su amor á todo lo que llevaba el nombre de Maillepré, le volvía perspicaz; su corazón hacía lo que no era dado á su cabeza.

Biot pensaba en Berta con mucha frecuencia; casi con tanta frecuencia como en Santa, dulce ángel que sonreía como un rayo de sol entre los negros restos de un palacio arruinado; casi tanto como en Gaston noble niño, cuya frente aparecía marcada con un sello funesto, última esperanza de una raza de caballeros, y en quien moría lentamente y para siempre el gran nombre

de Maillepré.

Una noche Biot habia dejado de torcer por un momento las duras barras de hierro que le servian para sus rejas. Aunque robusto, estaba ya algo torpe. A fuerza de trabajar y de pensar en la suerte de sus señores se habia adormecido.

Era en el estío. La noche estaba hermosa aunque algo oscura. Biot soñó que veía una figura blanca, que entreabria la puerta y salía de la casa de puntillas.

Biot se decia entre sueños:

—Cómo ha dejado la señorita Berta la habitacion de su abuela?...

Porque él creyó reconocer á Berta...

Estaba asombrado, y como sucede con frecuencia cuando el sueño, no completo todavía, deja al alma la facultad de razonar vagamente, se decia tambien:

—Qué caprichosos y qué engañadores son los sueños!...

Y sin embargo el sueño seguía.

Biot oyó confusamente un ruido metálico, pero tan ligero, que apenas lo percibía el oído.

Aquel ruido tomó naturalmente un lugar en su sueño.

—La señorita Berta anda con mis llaves!... pensó él.

El deseo de despertar le hizo hacer un movimiento. Un grito ahogado resonó entonces detrás de él, á lo que se siguió la caída estrepitosa de su pesado manajo de llaves.

Biot se levantó despavorido. La puerta de su cuarto se cerraba...

Lanzóse fuera, y vió distintamente una figura blanca que se deslizaba por el patio en direccion al ala derecha. Frotóse los ojos. La fantasma se habia parado en el umbral del ala derecha. No se la podia distinguir claramente, pero Biot creyó verla volver la cabeza y colocar su mano sobre la boca, con un gesto imperioso que ordenaba el silencio.

Volvióse á su cuarto. La sorpresa le volvía beodo. Recogió su manajo de llaves: la puerta del jardin, que lindaba con la calle Paienne, faltaba de entre las demas...

A la mañana siguiente, cuando Biot con su librea sirvió el desayuno á la Duquesa viuda, encontró á Berta de Maillepré tan pálida, tan triste y tan helada como de costumbre.

Pero en un momento en que nadie la observaba, vió tambien un rayo fugitivo iluminar los ojos de Berta, que con un movimiento rápido, le miró colocando su dedo estendido sobre la boea...

III.

Hermano y hermana.

La comida de la señora duquesa viuda de Maillepré se verificaba todos los dias del mismo modo. Nadie tenia alli derecho de hablar, á no ser que ella tuviese á bien hacer alguna pregunta.

Esto sucedia muy pocas veces, porque la anciana Duquesa se hallaba muy complacida en medio de aquella atmósfera de silencioso respeto; á mas de que su lengua, entorpecida ya, parecia como si sintiese pereza de pronunciar una sola palabra.

Sin embargo, alguna vez, cuando Biot la conducía hasta su antiguo lavamanos, y mientras Berta relevada de su servicio, comía lentamente y como desganada algunos manjares, la viuda Duquesa se dignaba dirigir al señor Marqués de Maillepré, ó á la señorita de Naye, algunas preguntas lacónicas.

Aquella noche habia comido con apetito. Sumerjió sus manos secas en el agua casi hirviendo que la presentaba Juan María Biot, y volviéndose hácia sus nietos:

—Marqués, dijo con una voz que no parecia de este mundo; en qué habeis empleado hoy el dia?

La voz de la anciana, interrumpiendo en largos intervalos el silencio acostumbrado, hirió de improviso el oido de todos, sobresaliendo vibrante como esos rumores inesperados que hace más ruidosos la soledad.

Gaston respondió inclinándose respetuosamente:

—Señora, he ocupado el tiempo en las diversiones propias de los caballeros de mi edad... He tirado las armas... he montado á caballo...

—Y el resto del dia jugando á la raqueta, murmuró la anciana; ¡perfectamente!... La juventud siempre lo mismo... Y vos, señorita de Naye, qué habeis hecho, querida mia?

La pobre Santa se sonrojó; porque ella no sabia mentir.

—Abuelita, dijo ella; yo he hecho algunas flores...

La viuda Duquesa la dirigió una mirada de sus ojos vidriados. Una sonrisa informe se derramó por las mil arrugas de su boca.

—Sois muy graciosa!... murmuró con una inflexion dulce y bondadosa.

Despues su semblante se volvió de piedra.

—Señorita de Maillepré, repuso en seguida acercándose á Berta; quereis recitar las *Gracias*?

Todos se levantaron, menos la viuda Duquesa, que cerró los ojos y juntó las manos.

Berta, cuyos labios apenas habian tocado los manjares de su plato, recitó con voz lenta y débil el versículo latino, á que contestaron los demas.

La Duquesa se santiguó y estendió su mano para que la besaran. Esta era la señal. Gaston y Santa salieron, vuelta la espalda hácia la puerta y con los ojos bajos, observando todo el rigor de la etiqueta.

Cuando hubieron traspasado el umbral, abrieron su pecho al aire fresco de la otra cámara, y lanzaron de si la fria careta con que la ceremonia de la comida cubria todos los

días sus juveniles semblantes.

Aquella piadosa farsa estaba ya ejecutada por aquel día. La anciana señora se iba á dormir, sin que un pensamiento doloroso turbase su sueño...

Aquella era la recompensa de todo un día de trabajo. Al día siguiente el mismo trabajo y la misma recompensa!

Hacia sin embargo siete años que habia muerto el Marqués de Maillepré. Su esposa habia tardado tres años en seguirle á la tumba. Durante otros tres años, la hermana segunda de Gaston, Carlota, habia tomado tambien su parte en la piadosa tarea que se imponia toda la familia. Pero la carga era pesada, y Carlota se habia sentido desfallecer bajo su peso.

Era Carlota una niña impetuosa y viva, de ardiente cabeza y corazon apasionado, dispuesto á enamorarse con facilidad y no menos dispuesto á olvidar del mismo modo. Era encantadora; su hermosura, de un tipo enteramente diverso de la de sus hermanas, presentaba un carácter de aturdimiento jugueton, y destellaba gracia y finura.

En el tiempo en que la familia habitaba en en la calle de *Verneuil*, en el arrabal de San German, Carlota y Santa trabajaban á porfia, sin salir de casa jamás. Habian establecido

su pequeño taller en una habitacion que daba á la calle. Carlota tenia un carácter desigual. A veces se dejaba llevar de su alegría natural, y entonces cantaba y reía, entreteniéndose á Santa con sus ocurrencias picarescas. Otras veces aparecia, de repente, como abatida bajo el peso de aquella vida uniforme y monótona, y entonces se mostraba triste y taciturna. En vano la pobre Santa se esforzaba en divertir aquellos accesos de melancolia con su humor dulce y sereno; Carlota no se alegraba. Pasaba largas horas pensativa y en silencio, contemplando los carruajes que rodaban por bajo de su ventana; é inclinándose de pechos sobre ella, siempre que pasaba algun brillante cabriolé tirado por dos arrogantes caballos. Entonces devoraban sus ojos el interior del carruaje, deslizando una mirada de envidia sobre los felices habitantes de aquel saloncito de seda que se balanceaban muellemente como las flores y las plumas de sus corceles, al suave movimiento de la preciosa máquina...

El carruaje pasaba. El ruido de sus ligeras ruedas se perdía á lo lejos. Carlota tenia entonces los ojos humedecidos.

Despues se sonrojaba vivamente, acaso de despecho; tal vez de vergüenza. Luego, va fuese por una reaccion de su natural joviali-

dad ó por un esfuerzo de su amor propio, recobrabas su sonrisa festiva. Hablaba; su lengua espedita brotaba chistes y ocurrencias oportunas.

Admirábala Santa, sin comprender lo que habia realmente en el fondo de aquellas crisis de melancolia.

Al otro lado de la calle, habitaba un dandy político, elegante diplomático, con honores de secretario de embajada.

Este secretario de embajada tenia un precioso carruaje con su escudo de armas y sus arrogantes caballos...

Una noche, las cosas suceden sin que se sepa cómo, Carlota y el elegante se hablaron en la calle durante una hora.

Los dos se conocían. El elegante habia admirado, como galán, el hermoso palmito de la niña, y la niña habia contemplado con frecuencia los caballos del elegante; todo esto desde sus ventanas.

Se hablaron; pero no fue de amor.

Y al día siguiente, como á las diez de la mañana, el elegante se presentó en la casa, preguntando por Mr. Gaston de Naye.

La familia de Maillepré no usaba su verdadero apellido sino en presencia de la abuela, que, no saliendo nunca ni recibiendo jamás á nadie, no podia apercibirse de aquella dife-

rencia. Entodas partes, Gaston y sus hermanas eran conocidos por el apellido de Naye. Este era un deber que les habia impuesto el marqués á la hora de su muerte. El marqués no queria que el título de Maillepré fuese objeto de chanzas amargas, en la lucha de sus descendientes con la miseria.

Biot hizo entrar al elegante, que despues de saludar á Gaston como un hombre de sociedad, dijo su nombre y sus títulos, añadiendo:

—Caballero, no trato de entreteneros mucho tiempo... el negocio que me conduce aquí es muy sencillo... Vengo á pedir os la mano de vuestra hermana... la rubia... tengo su nombre en la punta de la lengua...

—Carlota?... murmuró Gaston estupefacto al ver aquel modo extraño de entrar en materia.

—Precisamente... Yo me encuentro en una posicion bastante ventajosa... tengo riquezas... un nombre...

—Pero vos conocéis á mi hermana? preguntó Gaston.

—Apenas... replicó el diplomático con un saludo; pero ya tendremos tiempo de hacer despues mas amplio conocimiento... Debo preveniros que este negocio corre prisa... Necesito una muger sin demora y...

—Pero, caballero...

—Sí, caballero... si quisiérais participar este negocio á la señorita... Me habeis dicho su nombre...

—Carlota! pronunció maquinalmenie Gaston.

—Carlota!... lo sabia perfectamente. Tendré el honor de volver á veros esta tarde..... No os molesteis mas; yo os lo ruego.

El secretario de embajada hizo un gracioso saludo con la mano y volvió la espalda.

Quedó Gaston como aturdido de aquel exabrupto, é hizo llamar á su hermana.

Hubo entre los dos una larga conversacion, durante la cual ella lloró, se sonrojó y balbuceó palabras incoherentes... Por la tarde, el secretario de embajada, fiel á su palabra, se presentó de nuevo, Gaston le recibió.

—Y bien! dijo el elegante; somos hermanos?

—He interrogado á mi hermana, respondió Gaston; consiente en ser vuestra esposa... Pero todo esto es muy estraño, caballero!... y la responsabilidad que pesa sobre mí...

—Permitid... Me es imposible entrar en estos detalles... Yo he hecho una peticion y aguardo una respuesta: vos habeis tenido un dia para reflexionar...

—Mi hermana es huérfana... quiso continuar Gaston.

—Caballero! interrumpió el elegante; esto es muy sencillo... Quereis decirme sí ó no?

Gaston reflexionó un momento; despues miró frente á frente al diplomático.

Era este jóven todavía, de aire distinguido, y de una fisonomía que no carecia de franqueza.

—Yo no tengo derecho, pensó Gaston, para alejar de Carlota una mano que la casualidad la ofrece, y que puede sacarla de la oscura indigencia en que vejetamos juntos... ella me reprocharia tal vez algun dia...

—Tengo el honor de repetiros, dijo el elegante, que aguardo vuestra respuesta.

—Hágase, pues, la voluntad de mi hermana, respondió Gaston.

—Eso es otra cosa!... seré muy feliz alentraren vuestra familia... Sin embargo, resta todavía una pequeña dificultad... Una vagatela seguramente... menos que nada!... Mi futura es pobre, esto me importa poco... pero tiene dos hermanas, que no son mas ricas que ella, y un hermano... Querido mio, dijo interrumpiéndose el elegante, no frunzais las cejas; tratamos de negocios... Yo queria decir que al casarme con vuestra hermana... ol-

vidaré su nombre completamente!... No pretendo casarme con toda su parentela...

—Caballero!... dijo Gaston con altivez.

—Permitidme!... Yo lo sé por experiencia... Con la mejor voluntad del mundo, las relaciones se van estrechando... y á lo mejor... ya me comprendeis!... se encuentra un hombre con una familia entera sobre sus espaldas.

—Caballero!... gritó Gaston, conteniéndose apenas; habeis venido á mi casa para insultarme?

—Es muy difícil discutir con vos, repuso friamente el secretario de embajada... En consecuencia, continuó levantándose, yo tomo el partido de presentaros en dos palabras mi pretension, y de dejaros aun tiempo para reflexionar... Hé aqui el negocio: si me caso con vuestra hermana, mudareis de habitacion, dándome palabra de no dejar aqui las señas de la nueva que elijais... Yo por mi parte abandonaré tambien mi casa... de este modo nos perdemos de vista mutuamente, quedando, por lo demas, los hermanos mas queridos del mundo... Con que ya tendré el honor de volveros á ver... vendré mañana.

—Es inútil, caballero! dijo Gaston indignado.

El secretario de embajada estaba ya en la

escalera, al pié de la cual le aguardaba su cabriolé.

Carlota, inclinada de pechos en la ventana mas próxima, estaba mirando atentamente los hermosos caballos del carruaje, piafando inquietos y contenidos por un cochero con su peluca correspondiente...

Gaston, jefe de la familia, contaba pocas mas de veinte años. Hacia largo tiempo que se habia apercibido de la impaciencia con que Carlota soportaba la miseria comun á todos, la soledad y los deberes rigurosos que se habian impuesto para con la viuda Duquesa. El corazon de Carlota era naturalmente bueno, pero ligero é inconstante; y su cabeza era aun mas lijera que su corazon.

Gaston adivinó los inmensos deseos de libertad, de placeres y de lujo que ardian en el corazon de su hermana... tal vez creyó adivinar su amor...

Aquella fué una noche de horrible amargura. Gaston se ajitó sin descanso en su lecho, devorado por un insomnio febril. Dios le arrancaba una parte del único bien que conservaba en su miseria...

Nada dijo á Carlota de la injuriosa pretension del diplomático.

A la mañana siguiente, cuando este último volvió á presentarse, Gaston le recibió con

una dignidad fria y aceptó su ofensivo ultimatum. Algunos dias despues se celebró el matrimonio. Gaston y Juan Maria Biot fueron los testigos.

Carlota al salir de la iglesia, se arrojó llorando en brazos de su hermano. Gaston estaba muy pálido y su pecho se elevaba al compás de su respiracion fatigosa. Pero aun tuvo una sonrisa para su hermana.

Despues no la habia vuelto á ver.

Asi fué como Carlota tuvo un magnífico tren, y llegó á ser la esposa del señor conde Leon Duchesnel, secretario de embajada, que necesitaba una muger muy hermosa...

La ausencia de Carlota éntristeció mucho á Santa. La pobre niña esperaba todos los dias volver á ver á su querida hermana. Tambien Gaston sufrió cruelmente. Cuando Berta supo este matrimonio, sus ojos brillaron de repente; luego se quedaron fijos en el suelo.

En cuanto á la Duquesa viuda de Maillepré, no se apercibió, al parecer, de la ausencia de su nieta.

Al salir de aquella estufa sofocante en que habitaban Berta y la Duquesa, cuyos miembros helados solo podian conservar algun calor en aquella ardiente temperatura, Santa y

Gaston se sentaron el uno junto al otro en un rincón del cuarto de la hermosa niña.

Santa y Gaston se amaban con todo el cariño que se divide de ordinario entre los diferentes individuos de una familia. El círculo de su amor se habia ido estrechando desde la infancia; cada pérdida, cada desgracia deplorada en la familia, les habia legado una herencia de amor, que habian consagrado el uno hácia el otro.

Entre los dos habia una perfecta comunión de sentimientos, un comercio recíproco de dulces consuelos y de tiernas caricias. Nunca tenia el uno alegría que no participase con el otro, y si algo se ocultaban, era solamente las penas que cada uno se reservaba para sí solo.

Después de un día entero de impropio trabajo, el momento de encontrarse de nuevo juntos, era bastante para compensar todas sus penas. Unidos los dos, eran felices, hasta el punto de no echar de menos el pasado esplendor de su familia; hasta el punto de no recordar el porvenir. Sus dulces conversaciones se prolongaban con frecuencia hasta la noche. Entre aquellas desnudas paredes, habitadas en otro tiempo por los últimos criados de Maillepré, el único heredero de este nombre caballeresco, referia á su hermana las glorias

de sus abuelos. Desde la ventana distinguían las altas torres del palacio, desafiando el azul sombrío del cielo, en una noche de estrellas; el vasto patio, silencioso y desierto, las escaleras cubiertas de verdura, y los altos miradores sin luz ninguna...

El inmenso palacio se elevaba delante de ellos como un emblema fúnebre. Era la tumba de una gloria estinguida... Y ellos solos, pobres y débiles, volvían los ojos á aquellos magníficos recuerdos; pero se amaban... Se amaban con todo su corazón; y la radiante serenidad de Santa prestaba un encanto infinito á aquellas evocaciones dolorosas de lo pasado.

Cuando Gaston callaba, sucedía un melancólico silencio. ¿Cuál era el pensamiento de estos dos niños, sentados en dos sillas de paja, á dos pasos del mismo salón en que sus abuelas colocadas sobre sillones de seda, habían bordado el soberbio estandarte de su familia?

Santa pensaba en la grandeza perdida, pero sin desesperación... La echaba de menos por Gaston, que hubiera podido ceñir tan dignamente la antigua espada de Maillepré.....

Gaston se decía:

—Qué hermosa estaría con las ricas pre-

seas de una gran señora! Qué buena sería también, y cuántas bendiciones la consagraria la desventura aliviada y socorrida por su mano de ángel! . . .

Pero Gaston se decia además:

—Y héla aquí pobre!... sujeta á todas las penurias de un trabajo oscuro!... Confundida con esas locas criaturas que buscan entre placeres ruidosos y groseros una compensacion á su duro trabajo!... Humillada! degradada, Dios mio!... Hasta espuesta á los sarcasmos de sus compañeras, aturdidadas ó infames, que se mofan de su pudor angelical!...

Arrugábase la frente de Gaston visiblemente, y un frio angustioso le oprimia el corazon. Despues un pensamiento repentino como el relámpago, cruzaba su mente, y entonces se cubrian sus pálidas mejillas de un carmin sombrío... Y bajaba los ojos para ocultar el rayo amenazante y terrible, qué á su pesar saltaba de sus pupilas.

—Y ha sido él!... él solo!... pensaba; el que llevó la desesperacion hasta la almohada de nuestro padre moribundo!... el que emponzoñó el último momento de mi madre, de mi santa madre!... el que nos ha perdido á todos!... el que nos ha obligado á cubrir con un velo el nombre de Maillepré, para no mancharle con nuestra miseria!... Dios mio!... yo

moriré muy jóven!... mas... oh! perdonadme, perdonadme! no sonreirá él con la noticia de mi muerte!!!

Santa, pobre niña! no sabia la tempestad de furor y de ódio que agitaba en aquellos momentos el corazon enardecido de su hermano; pero ella veia sus sienes convulsas y bañadas de sudor, veia su frente fruncida enrojecerse y palidecer...

Entonces Gaston sentia un brazo que rodeaba dulcemente su cuello, y unos labios que besaban cariñosos sus mejillas abrasadas por la fiebre... Levantaba los ojos. Los de Santa estaban arrasados de lágrimas; lágrimas que ella queria ocultar con una sonrisa... Aquella sonrisa, bañada de lágrimas, era como un bálsamo divino que calma los ardientes dolores de una herida inflamada. La cólera de Gaston se desvanecia en un transporte de ternura. Olvidaba sus rencores... tan dulce era para su corazon la sonrisa querida de su hermana!

Y á vista del encanto suave, irresistible que destellaba aquella sonrisa virginal, el giro de sus ideas cambiaba de repente; y entonces la esperanza, esa amiga inseparable de la juventud, le ofrecia á lo lejos un rayo imperceptible que iluminaba el porvenir.

Era ella tan hermosa, tan pura! Dios de-

bia mirarla sin duda con amor!... Acaso la felicidad la esperaba al fin de una desgracia pasagera!...

Asi confundian sus votos los dos hermanos elevando á los cielos su plegaria, con ese olvido de sí mismo que forma la verdadera caridad. Santa rogaba por Gaston y por Gaston esperaba; Gaston ahogaba y enardecia á la vez su valor, solo por Santa. Pero Gaston tenia un consuelo mas que Santa; él veia en ella mas vida cada vez, cada vez mas gracias y hermosura... La niña se iba á hacer muger.

Felizmente habia pasado de esa edad peligrosa en que una vírgen palidece y se inclina bajo la cruel influencia de un mal desconocido.

Gaston observaba los felices progresos de aquella flor de hermosura, que cada mañana iba estendiendo mas á los rayos del sol su blanco y entreabierto capullo.

Aquel semblante fresco y juvenil respiraba vida; vida respiraba tambien aquel talle flexible y delicado...

Santa, por el contrario, veia evidentemente en su hermano un menoscabo de vida, lento, insensible, pero seguro. Gaston era hermoso, y mas bien parecia robusto que débil; pero Santa le miraba con los ojos de una ma-

dre que adora á su hijo, por descubrir los síntomas imperceptibles de esa muerte lejana que mina poco á poco la existencia de los que padecen del pecho.

Madama la Marquesa de Maillepré habia muerto de una afeccion de pecho.

Frecuentemente su ocultaban tristes lágrimas tras de la sonrisa de Santa, cuando, al ver á su hermano cada mañana, le hallaba aniquilado por la fiebre de la noche y veia la consuncion en sus ojos fijos é hinchados del insomnio.

Habia preguntado la pobre niña el remedio de aquella enfermedad y le habian dicho: el único remedio es la distraccion, el placer.

Desde luego habia tratado de persuadir á Gaston que debia seguir el ejemplo de los jóvenes de su edad, y era por cierto bien extraño oír á la tierna niña predicar, con la mejor buena fé, la doctrina de la disipacion. Pero Gaston huia de unos placeres que despreciaba, sin conocerlos.

Era un sér noble y de elevado aliento, enemigo del estrépito y la confusion... Manifestó no comprender á Santa.

Entonces la pobre niña cambió de táctica.

Gaston la encontró un dia meditabunda y triste.

—Yo no sé... respondió ella á las preguntas de Gaston; á todas horas oigo hablar de bailes, de teatros, de conciertos... Yo nunca he traspasado el umbral de un teatro... Qué hermoso debe ser todo eso, hermano mio!...

—Hermoso, respondió Gaston; pero nosotros somos muy pobres, hermana.

Santa se sonrojó. Ella no habia pensado en esto.

—Se necesita mucho dinero para todas esas cosas, repuso Gaston sonriendo; y nosotros no tenemos ya tierras, ni castillos, hermana mia.

La pobre Santa estaba vencida. Habia tomado su partido, contando con la ternura de su hermano, para llegar á lanzarle fuera de aquella vida solitaria y uniforme, con el pretexto de cumplir un capricho suyo. Pero el dinero!...

Apenas sus constantes esfuerzos bastaban á sostener aquella apariencia de bienestar, con que rodeaban á la Duquesa.

Aquella noche, al sentarse junto á su hermana, Gaston se habia sonreido maliciosamente. Aguardó á que Biot, despues de terminar sus quehaceres, saliese de la habitacion: despues besó á Santa en la frente, y la condujo á la sala de entrada.

Allí abrió el armario en que Biot y él guar-

daban sus vestidos de ceremonia.

—Qué es esto? preguntó Santa admirada.

Gaston, en vez de responder, tomó de la tabla mas elevada del armario un objeto cubierto con un velo, y le puso en las manos de Santa.

—Qué es esto? repitió Santa.

Gaston la miraba sonriendo.

Ella desató las cintas que aseguraban el velo, y descubrió un bonito gorro de gasa blanca, adornado de una guirnalda de belloritas: Santa abrió sus ojos y se sonrojó de placer. Despues sus vivos colores se desvanecieron de improviso.

No dejaba ella su trage de obrera mas que por la noche, y nunca salia de casa sino con su papalina de griseta.

—Esto no es para mí, murmuró.

Gaston tomó el sombrero de las manos de Santa, y se le colocó en la cabeza.

—Qué bella estás! exclamó arrastrándola delante del espejo.

Santa se miró tímidamente, y no pudo contener un grito de júbilo.

—No te acuerdas, dijo Gaston, de tus deseos de ir al teatro?... He trabajado un poco mas de lo ordinario y...

—Hermano querido!... interrumpió Santa

con las lágrimas en los ojos.

Y echó sus brazos al rededor del cuello de Gaston, que era feliz en aquel momento, tan feliz como si hubiese recobrado la herencia de sus mayores.

—Sin embargo, dijo él, es preciso salir sin ruido... No es necesario que Berta sepa...

—Pobre Berta! murmuró Santa; va á quedarse sola...

—Volveremos antes de que se aperciba de nuestra ausencia... Ven!

Santa dirigió una mirada á la puerta de la prisionera y siguió á su hermano. Bajaron despacito la escalera. En el momento en que iban á sentar el pié en el patio, la aldaba de la puerta cochera resonó. Un hombre embocado en una gran capa entró por ella.

Pasó sin decir palabra por delante de la portería y se dirigió hácia el cuerpo principal del edificio.

Gaston y él se encontraron de pronto en un extremo del patio que iluminaba vivamente el farol colocado en la pared de la portería. Entrambos cambiaron una mirada.

Gaston no habia visto jamás á aquel hombre, que era M. Williams, el inquilino de las habitaciones principales del palacio. Al chocarse sus miradas, los dos se pararon un instante, Gaston sintió un movimiento de turba-

cion de que no pudo darse cuenta.

M. Willians saludó y pasó adelante. Gaston le siguió con los ojos y le vió volver la cabeza en el momento de subir la escalera...

Biot salió á buscar un carruage sin pensar en inquirir el motivo de aquella salida inusitada...

—Á la *Opera!* dijo Gaston al cochero...

El carruage partió. Biot volvió á entrar en la porteria y se puso á torcer sus barras de hierro.

Poco mas de tres horas haria que estaban desiertas las habitaciones de Santa y Gaston, cuando la puerta de la cámara de la abuela se abrió lentamente y como con precaucion.

Berta de Maillepré, pálida como un cadáver, se presentó al umbral y escuchó atentamente algunos segundos. Segura de que todo estaba en silencio, deslizóse por la estrecha abertura y entró.

Estaba como siempre con su vestido blanco, pero tenia además un velo negro plegado sobre el brazo. Acercóse al lecho de Santa, que encontró vacío. Una sonrisa imperceptible de amargura bañó sus labios descoloridos. Dirigióse despues á la cama de Gaston, y hallándola tambien vacía, dejó ya á un lado sus precauciones. Desplegó el velo negro y echóle sobre sus hombros enflaquecidos, cubrién-

dose el rostro completamente.

Luego, despues de haber cerrado la puerta de la cámara de la abuela, encaminóse á la escalera. Pero en vez de seguir el mismo camino que Gaston y Santa, y de bajar hasta el patio, lanzóse á oscuras, y como quien conoce perfectamente su camino, por un corredor que comunicaba con la porteria y con los jardines...



La madre.

Seria ya cerca de media noche. Juan María Biot, solo en su cuarto, velaba y trabajaba. Santa y Gaston escuchaban las armonías del tercer acto del *Moisé*. La Duquesa viuda dormía detrás de las opacas cortinas de su alcoba.

Hacia un tiempo sereno. La luna, oculta tras de las nubes, diseminaba los reflejos de su disco invisible, blanqueando toda la bóveda del cielo.

Una muger cubierta de pies á cabeza bajo

un velo de seda negra, se deslizaba temerosa por los paseos del jardín del palacio de Maillepré.

Por aquel lado, las ventanas del primer piso estaban iluminadas por dentro. Como aquella parte del palacio no estaba dominada por ningún edificio, y se hallaba además defendida por los árboles del jardín, solo había una sencilla muselina en los marcos de las ventanas.

Aun suponiendo que los inquilinos de aquella parte del edificio tuviesen sus razones para ocultarse á las miradas de la curiosidad, como suponían los vecinos del barrio, allí hubiera sido supérflua cualquiera precaución. El jardín les pertenecía exclusivamente; solo ellos y Biot debían tener la llave.

La muger que le atravesaba en aquel momento parecía muy temerosa de que la vieran. Al verla récatarse detrás de cada tronco, deslizándose sin hacer ruido por la arena de los paseos, se hubiera podido creer que un mal designio la conducía á aquel lugar.

Se volvía con frecuencia, asustada, como si temiese ver abrirse una ventana del palacio. Entonces distinguía una figura humana, cuya sombra se proyectaba negra en las cortinas. Aquella figura iba y venía, gesticulando con una vivacidad frenética. Sus miembros, se-

ñalados sobre la muselina, con la precisión de una sombra chinesca, parecían estar enteramente desnudos.

Berta de Maillepré (porque era ella) continuaba su camino apresuradamente. Al llegar á la puerta del jardín que daba á la calle *Paienne*, introdujo temblando la llave en la cerradura, pero no tuvo tiempo de dar la vuelta... Una de las ventanas del palacio acababa de abrirse con estrépito, Berta soltó la llave para contener la agitacion de su pecho, y dirigió hácia atrás una mirada de espanto.

Vió una cosa extraordinaria, una escena, á la que la oscuridad de afuera y la viva iluminación de dentro, prestaban cierto aspecto diabólico y fantástico.

Un hombre desnudo, á quien la luz hería por detrás, haciéndole aparecer completamente negro, se subió sobre el andén de la ventana, modulando una canción estraña, cuyas palabras eran de una lengua desconocida.

En el momento en que él se balanceaba en equilibrio pronto á precipitarse, otros dos hombres se abalanzaron á él. Entonces comenzó una lucha entre los tres.

Destácabanse de perfil los combatientes sobre el fondo brillante de un camaderamiento

dorado, de donde colgaban preciosos cuadros. En este fondo vivamente iluminado, se proyectaban las figuras negras de aquellos tres hombres, cuyos movimientos se distinguían perfectamente.

El primer personaje, que era el que había abierto la ventana, pronunciaba en medio de aquella lucha con voz hueca y gutural palabras entrecortadas. Los otros dos empleaban en silencio todas sus fuerzas para sujetarle.

En medio de su turbación, Berta creyó que se iban á lanzar tras de ella para detenerla.

Apareció entretanto un cuarto personaje. La luz bañó de frente su rostro pálido y severo. A su vista, el hombre desnudo que tenía ya en grande apuro á sus dos adversarios, cesó de hacer resistencia, y se quedó en una actitud humilde.

La ventana volvió á cerrarse.

Berta recobró esfuerzo, y apresurándose á hacer girar la llave en la cerradura, se deslizó á la calle *Paienne*.

A las diez de la noche el *Marais* está ya silencioso y solitario. A la diez de la noche!... cuando el *boulevard* de Gaud rebosa vida, luz y movimiento, entonces los faroles se apagan en los contornos de la plaza Real, co-

mo si el encargado de las luces no estuviere de acuerdo hace ya muchos años con los ladrones y asesinos, según refieren las malas lenguas. A media noche los reverberos empañados solo iluminan un recinto solitario, en que aun los mismos ladrones, huéspedes asíduos de las calles públicas, son poco frecuentes. Hay quien los supone escondidos, y no por temor á la policía, sino por miedo á las fantasmas.

Se ve pasar de vez en cuando por aquellas calles silenciosas algún jóven rezagado á quien su familia aguarda con impaciencia y á quien su padre prepara un sermón razonable; algún traperero gótico, con sombrero del siglo anterior, que con su farol en la mano, busca y rebusca entre la basura, el billete de banco que todo traperero espera encontrarse antes de morir; alguna hermosa dama con su velo, que ha olvidado la hora y vuelve de... Pero respetemos su secreto!... Y una patrulla, en fin, que marca soñolienta el paso regular, dejando pañuelos y petacas entre las manos de los beduinos de aquel desierto. Allí reina un silencio profundo que interrumpen apenas los rumores lejanos de la ciudad, el paso de algún carruage estraviado, el chirrido de las veletas, y tal vez los horribles quejidos, y el estertor de la agonía, que lanzan por inter-

valos, esos sótanos ardientes en donde se suicidan algunos hombres, elavorando el pan que nos alimenta. Preciso es atravesar de noche las calles largas y sombrías del antiguo *Marais*, para admirarlo sorprendente de aquel silencio y de aquella soledad, á dos pasos de la nocturna bacanal del *boulevard*; para comprender todo el encanto melancólico de aquel barrio dormido hace siglos, como la reina de los cuentos de hadas; y que conoció tal como le vemos hoy la juventud de nuestros bisabuelos.

Ni un alma habia en la calle *Paienne*. Berta se dirigió á lo largo de ella, volviéndose despues en direccion al *boulevard*. Berta caminaba de prisa, pero avanzaba muy poco sin embargo. Se habia casi olvidado de andar en la inmovilidad continua de su reclusion. Su paso era incierto y desigual, al deslizarse sobre aquel piso resvaladizo. Vetase obligada á detenerse con frecuencia para calmar la opresion de su pecho, que habituado al aire ardiente y enardecido de la cámara de su abuela, se cerraba ahogado con las emanaciones húmedas y frias de aquella atmósfera cargada de bruma.

Cuando ella se detenia para tomar aliento, parecia poseida de indecision, y todo su cuerpo se estremecia bajo los pliegues de su velo

de seda. Sufria mucho... tenia miedo seguramente. Pero al resplandor vacilante de los reberberos, hubiera podido notarse un rayo de alegría contenida, iluminar la eterna palidez de su semblante.

El eco de aquellas paredes seculares repetia un ruido lejano. Berta se enderezó sobre sí misma y continuó su marcha.

A dónde iba?... Sin duda sabia muy bien su camino, porque, despues de cortas vacilaciones, atravesaba las enercucijadas sin titubear en la eleccion. Su viage era, con todo, muy largo. Berta recorrió en toda su longitud la calle nueva de *San Gil*, y atravesando el *boulevard Beaumarchais*, perdióse entre aquellas callejuelas interminables que se encaraman flanqueadas de tiendas ordinarias, hasta las colinas del norte de París.

Tambien reina allí la soledad y la tristeza; pero una tristeza, una soledad más grandiosas todavía. Acá y allá, al lado de escombros derrumbados, que enseñan á lo lejos su armaron de madera, cubierto con una ligera capa de yeso, se elevan algunos vastos edificios, destinados, en general, á ese género de industrias que, rechazadas del centro de la ciudad infestan, por una preferencia bien estraña, los barrios más pobres. A cada paso, se encuentran allí estrechos y largos callejones

abiertos entoda la longitud de las calles, y que conducen nadie sabe á donde... Pero aquel barrio no es, sin embargo, una de esas cloacas, en que todas las miserias apiñadas, pululan y fermentan exhalando sus miasmas pútridos, como una protesta muda y terrible contra el insolente cinismo de esa clase que se deja llamar, sin protestar ni avergonzarse: los *Capitales*! Por qué el vocabulario comercial ha llevado hasta ese extremo su asquerosa imprudencia!... En él se personifica el dinero pura y simplemente!... Hay hombres que no tienen mas existencia que el dinero!... Hombres cuya alma es un cofre de oro!..... La palabra *capitalista* era enérgica y nada mas que enérgica: no esplicaba suficientemente todo el cinismo de la metamorfosis... Suponia siempre un *hombre* y algo como un *corazon*, ó cosa parecida. Pero *capitales*!... esto es sublime... En esta palabra solo hay *oro*!...

Aquel barrio en fin, aquella cloaca, si se quiere, nada tiene de comun con la *Cite*, siempre febril y furiosa; ni con los alrededores, oficialmente espurgados, pero siempre peligrosos de la *Bievre*. Aqui es un barrio medianamente pobre, en el que solo hay hambre á medias. Allí la indigencia carece de proporciones poéticas. Allí se sufre sin quejarse..

Aquel inmenso barrio de la *Mugdalena*...

Ya estaba Berta muy lejos de la plaza Real y del antiguo palacio de Maillepré. La fatiga la ahogaba, y sus piernas debilitadas por la inacción, se doblegaban bajo el ligero peso de su cuerpo. Ella seguía sin embargo su camino sostenida por un valor obstinado, á lo largo de esas calles que todas se asemejan una á otras, como que están trazadas por el plano de un arrabal de provincia.

Al pasar por la calle del *Camino Verde*, que habia tomado á la salida *boulevard*, Berta siguió rectamente su dirección. Entró en la calle de los *Almendros*, costeano las paredes de la reclusion de las Hermanas de Caridad, y avistó en fin las verjas de la puerta.

Un prolongado suspiro de consuelo agitó su pecho...

En aquellos contornos, un duque de Maillepré habia tenido sus bailes y banquetes, en el tiempo en que la orgía y los desórdenes se habian visto presididos por el cetro, en manos de Felipe de Orleans. Aquel barrio, el barrio de Popincourt, era en efecto el recinto clásico de las casas de recreo de la nobleza. Berta, sola á aquella hora, abandonando la custodia de su abuela, iba tal vez á representar, por un caprichoso 'contraste de la fortuna, el mismo papel que representa-

han algun dia en los retretes secretos del noble duque las jóvenes engañadas de la vecindad?

Tal vez existia en la vida de Berta una hora, en que la descendiente de los nobles caballeros, habia pagado al hijo del pueblo, la antigua deuda de deshonor contraida en siglos anteriores. Pero aquella noche no apresuraba sus pasos un pensamiento culpable.

Habia llegado al término de su viaje. Acababa de avistar el antemural de los Almendros, y tenia delante de sí la puerta cerrada del padre Lachaise.

Berta se detuvo un instante á tomar aliento, y tiró despues de la campanilla de la portería. El portero tardó en despertar.

Por fin se escuchó una voz ronca y chillona, á que contestó Berta con acento inseguro.

Un hombre se llegó á la puerta. No era sin duda la vez primera que esto sucedia, porque entre Berta y aquel hombre no medió esplicacion alguna.

La puerta se abrió. El hombre alargó la mano; Berta le dió una moneda de oro, y pasó.

—Perfectamente! murmuró el portero, cerrando para volverse á la cama.

Berta no podia ir al cementerio durante el dia, por causa de la Duquesa, á quien no

podia dejar un solo instante: la era forzoso ir de noche.

Pero de noche están cerrados los cementerios.

Y hé aquí la razon por qué Berta ocultaba en su armario un bastidor de tapicería; hé aqui la razon por qué trabajaba ella cuando el sueño de la Duquesa la dejaba libre, y rogaba despues á Biot, que vendiese el fruto de sus veladas.

Cuando llegaba á reunir un luis, y era necesario tanto tiempo para ganar un luis! entonces hacia lo que ya hemos visto esta noche.

A la vista del objeto de su viage sintióse con nuevas fuerzas, y travesó con paso firme y seguro el espacio que mediaba entre la puerta y aquel inmenso recinto rodeado de sepulcros.

La luna continuaba medio cubierta bajo su velo de nubes: sus reflejos pálidos, y harto débiles para iluminar la negra verdura de los árboles mortuorios, alumbraban con toda su claridad el mármol de las tumbas.

En vano se esforzaria la imaginacion á pintar aquella noche pálida y sombría en aquel recinto tenebroso rodeado de emblemas de muerte.

La muerte delante; detrás la muerte; á un

lado y á otro, arriba y abajo... en todas partes la muerte!... La muerte que mezcla su aliento al aliento que se respira en sus dominios. La muerte que se levanta poderosa entre aquellos árboles lúgubres, cuyo follage la presta vigor... la muerte que se esconde bajo aquel césped sombrío... que se oculta bajo aquellas losas... Es imposible alejar tan solemne pensamiento!

El corazon se siente oprimido por un lazo de hielo.

Cuánta hermosura! cuánta grandeza! cuánto genio, tal vez, oculto bajo la yerba vil, cuyo lápiz se estiende, como un nivel supremo, sobre una muchedumbre que ya no existe!...

Berta pasó indiferente y fria al lado de aquellas tumbas, á cuya vista se hubiera estremecido el corazon de un hombre. Ella no temblaba ya como poco antes. Deslizóse helada y silenciosa por aquellos senderos: en medio del dia se pierden los curiosos en el intrincado laberinto de aquel inmenso cementerio; pero Berta caminaba sin vacilar como si conociese su direccion por señas invisibles. Cada vez iba mas de prisa. Desvióse despues de la senda que seguia, y paróse delante de dos piedras iguales, modestamente tendidas al nivel del suelo, y que ocultaban los restos de sus padres.

Berta se arrodilló al pié de la cruz de madera, que era comun á las dos tumbas.

Oró. Pero sus ojos no vertieron ni una sola lágrima; y su rostro conservaba su inmovilidad ordinaria...

Al ver el recojimiento tranquilo, con que ella acompañaba aquel acto de piedad fria, se hubiera preguntado si era aquel el motivo por el cual habia abandonado la cámara de su abuela...

Corta fué su oracion. Levantóse luego, y dió la vuelta á un temple de cipreses.....

Se hallaba á diez pasos de la tumba de sus padres, oculta del todo por los cipreses.

Habia alli una crucecita de madera negra, rodeada de flores deshojadas. Era la tumba de un niño, al rededor de la cual, una mano inesperta habia trazado un circulo de césped...

Quizá os habreis detenido alguna vez á contemplar una de esas fosas, sin piedra que las cubra, y que el dinero de una madre indigente suele adornar con una modesta cruz, donde se lee un nombre, entre guirnaldas de flores...

Angel hermoso! pobre muger!...

Qué felicidad la arrejata el cielo!... Te-

das sus esperanzas de madre, tan rosadas, tan dichosas, yacen bajo aquel césped sobre el que viene ella á arrodillarse y á verter lágrimas!...

Permaneció Berta delante de aquella cruz algunos segundos. Su pecho latió ajitado; su cabeza se dobló inclinada sobre el hombro. Dirigió una mirada inquieta hácia la tumba de sus padres, como si recelase tenerlos por testigos... Sus ojos se encontraron con los cipreses que estaban delante de sus tumbas. Entonces ya no se reprimió por mas tiempo. Un sollezo profundo estremeció su pecho. Dejose caer sobre el suelo, y ocultó su rostro entre la yerva, sofocando este grito de su alma desgarrada:

—Hijo mio!... hijo mio!!!...

Besó la tierra dulcemente; como una madre la frente de su hijo dormido. Despues ser arrodilló apoyando sus manos en el césped.

Oh! cuánta pasión! cuánta ternura se reflejaba entonces enaquel rostro inmóvil, y como petrificado poco antes! La sangre habia enrojecido sus lividas mejillas; y las lágrimas inundaban sus ojos, secos por tanto tiempo. Aquella pobre alma siempre oprimida y precisada á ocultarse bajo un espeso velo de misterio, se abria al fin, mostrando á la vez

su dolor inmenso y los tesoros de su amor infinito.

—Edmundo!... Edmundo!... murmuraba la infeliz entre sollozos; hijo mio!... béme aquí á tu lado!... Te traigo flores... las hermosas flores que tú quieres tanto, ángel mio!... Soy yo... tu madre!... Ah! tienes frío bajo esta tierra húmeda... debe pesar mucho sobre tí esta tierra, hijo de mi alma!.....

Gruesas lágrimas ródaban por sus mejillas...

—Eres tan hermoso... continuó en voz baja; para quién son tus dulces sonrisas?... mi Edmundo!... mi querido hijo!... Te aman tanto en el cielo como te amo yo!... Virgen santa! añadió, levantando sus manos en un transporte de pasión; guardadme su corazón!... es mio... es mi hijo... es mi Jesús!... Ah! habladle de su madre!...

Dejó caer su frente abrasada entre las manos, y permaneció un instante sin mas movimiento que el de su pecho ajitado.

Cuando alzó la cabeza, se iban secando las lágrimas en sus ojos, y su mirada era tierna y pensativa...

—Acabo de verte, murmuró lentamente; por qué llorar?... Él está con Dios, Dios le ha acostado en un lecho blanco mecido por los

ángeles... Está mas hermoso que antes... ama á su pobre madre... sus manecitas la han dirigido un beso...

Sacó de entre el velo un ramillete de flores de otoño.

—Toma, Edmundo mio, dijo. Todas son para tí... las he cojido en un gran jardin que era en otro tiempo de mis padres... He tenido mucho miedo al cortarlas, pero era fuerza que yo te hiciese una guirnalda... Querido hijo mio! aspiras tú sus perfumes?... Ves sus hermosos colores?...

Aqui se interrumpió, con un estremecimiento angustioso, y dejó caer sus brazos desfallecidos.

—Las otras están muertas, continuó con voz sorda, tocando las flores deshojadas que pendian de los brazos de la cruz; muertas!... Si... oh!... sí... la muerte!!!... esto es una tumba... la tumba de Edmundo!... Si Dios lo permitiese... yo tambien estaria en la tumba, yo tambien!... y dormiria con él sobre la yerba... Ah! si Dios lo permitiese!...

Aqui se la ahogó la voz.

Sentóse junto al césped y se puso á tejer una guirnalda.

Pasaron las horas de la noche.

Al despertar el sol, Juan Maria Biot fué, segun costumbre, al jardin á barrer los paseos. Cerca de la puerta que daba á la calle *Paienne*, distinguió un bulto negro, tendido en tierra. Acercose hácia aquella parte. Era la pobre Berta, que agoviada por la fatiga, y sobre todo por la emocion de su alma, habia caido privada de sentido en aquel lugar, despues de haber agotado todas sus fuerzas en el largo camino que tuvo que hacer para volver de el cementerio.

Biot la tomó en brazos y la condujo, por el largo y sombrío corredor, hácia el ala derecha.

Gaston y Santa dormian.

Atravesó Biot las habitaciones de ambos, sin despertarles, y entró en la cámara de la Duquesa donde dejó á Berta sobre su cama,

Dos horas despues, Berta, tranquila y fria, se sentó á la mesa, asistiendo como otras veces al desayuno de la familia.

Ataque de anteojos.

Durante el tiempo que Santa y Gaston habian permanecido en las galerías de la Opera, la hermosa niña se habia sentido como encantada. Nunca hasta entonces habia podido formar idea de ese grandioso espectáculo, en que todas las artes reunidas, suspenden á la vez los ojos y el oído, para arrebatarse mejor el entendimiento.

Santa se sintió como desfallecida bajo el peso delicioso de un sueño inexplicable..... pero un sueño de oro que desplegaba en torno de ella sus ilusiones mágicas. Miraba, escuchaba, y un tropel de dulces sen-

saciones se apoderaba de ella. Se sentia como oprimida por su voluptuosa languidez.

Era hija de Eva. Acaso tras el móvil generoso que la habia llevado á hablar de ópera, de bailes, de placeres, se ocultaba un átomo de esa vaga curiosidad de conocerlo todo, que es propiedad de la ignorancia sencilla de las vírgenes. Pero si era esto verdaderamente, ella lo ignoraba. Su objeto habia sido distraer á Gaston, al pobre enfermo, en medio de aquel movimiento saludable que él rechazaba con repugnancia; obligarle con un ardid inocente á usar el remedio indicado. La habian dicho: la juventud débil y enferma se reanima con los placeres del mundo, como una flor marchita con los ardientes rayos de un sol claro y benéfico. Ella lo habia creído. Y, de repente, se hallaba transportada á un mundo encantado. Veía alrededor de sí las paredes, de aquel inmenso circo, que se ofrecian á sus ojos como una tapicería animada, en que mil rostros de muger se sonreian y ondeaban á todos lados, mezclando el resplandor de los brillantes con las centellas provocativas de sus miradas. Por todas partes, frentes graciosas, cabellos flotantes, y blancos hombros... lijeramente velados por un encaje.

Todo es hermoso en aquella confusion inundada de luz. O al menos, para encontrar feal-

dad entre tanta belleza, serian necesarios los penetrantes ojos de la envidia femenil, ó el desgastado lente de un fátuo bailarín, avinagrado por su misma fatuidad.

Allí todo es brillante: en aquel cuadro no hay sombras. La vista fascinada poetiza todo cuanto la rodea. Todo lo que allí se percibe es bello, brillante y encantador. Y luego cuando la orquesta resuena con ese primer golpe de arco, tan escarnecido por algunos, como las tragedias del imperio!... porque el escarnio, ese recurso valadi de entendimientos pobres, toma por su cuenta lo bueno lo mismo que lo malo; cuando el salón se llena de armonía, que elevándose magestuosa y sonora, vibra y se debilita lentamente hasta perderse en un lánguido murmullo! Cómo se estremece entonces un corazón novicio!... con qué ánsia, con qué opresión atiende... y cuánto espera!...

El dilettante goza ó hace como que goza; esto es evidente. Su placer es puro cuando es real, porque es el triunfo del arte sobre la costumbre. Pero no compareis el placer del hombre inteligente ó que se tiene por tal, con el del niño transportado de repente á aquel mundo encantado.

El dilettante se estasia hoy; tambien se habia estasiado ayer, y se estasiará mañana.

Este es su postre de todos los días: se está por costumbre, del mismo modo que otros leen su diario. Tiene en su bolsillo el ramillete que ha de servir para esprimir su entusiasmo; y su delirio le dejará seguramente la sangre fría necesaria para gritar bravo, imitando lo mejor posible el acento florentino, y sacudiendo una con otra sus manos cubiertas con los guantes. Pero el novicio, el ignorante, cuya alma tiene el sentimiento de lo bello... en este sí que es verdadero el delirio y sincero el entusiasmo! Juzga con su corazón, cuando su corazón está conmovido y fuera de sí... No sabe aplicar friamente á aquellos torrentes de armonía el termómetro pedantesco, con cuya ayuda mide la crítica ó la envidia, que con frecuencia suelen ser una misma cosa, el capricho arbitrario de sus juicios. El no sabe si aquella melodía es un crescendo; si aquella entrada de orquesta es fugada; si esto que ha pasado es una cabaleta; si aquel acompañamiento traspasa las reglas clásicas del uso, ó se sale de las fórmulas venerables del Conservatorio etc. Solo sabe que su alma está dulcemente conmovida... Su pulso late fuertemente. Su pensamiento desfallece mecido á su vez entre suaves recuerdos, ó se repliega amo-

roso sobre sí mismo según las alternativas de su indeciso sueño. La música le sorprende, le oprime, le subyuga. Respira con avidéz aquella atmósfera sonora que le mece y arrulla como el perfume embargador del ópio, y un estremecimiento voluptuoso circula con la sangre de sus venas...

Tal vez no os acordareis, pero habeis debido probar todo esto una vez en vuestra vida. La sensibilidad es como una plancha grabada que se desgasta á medida que multiplica los ejemplares: como la plancha, mil veces usada, se cansa al fin y no señala ya mas que una estampa débil y confusa, del mismo modo vuestra facultad de sentir, embotada, ha perdido hasta el recuerdo de esa sensacion virgen y viva que trastornó vuestro sér, enloqueciéndoos por una noche entera.

Naturalmente, Santa era tierna. Su dulce jovialidad habitual no excluía los delicados rasgos de una exquisita sensibilidad. Durante la primera hora, se hubiera podido creer que el exceso imprevisto del placer, la agoviaba bajo su peso. Habia perdido momentáneamente sus frescos colores, y la viva movilidad de su sonrisa: en sus ojos se pintaba el asombro... El exceso de su emoeion era increíble.

aston, casi tan novicio como ella respecto de aquellos placeres desconocidos, y mas impre ionable todavia, se hallaba como Santa bajo la influencia del encanto. Pero Gaston no era tan niño, y conocia mas el mundo. El amor propio que nace en el hombre tan naturalmente como la coqueteria en la muger, le hacia ocultar la espresion cándida de su íntimo arrobamiento, y concentraba su regocijo dentro de si mismo y contenia sus manos dispuestas á aplaudir.

Sin embargo estaba muy lejos de manifestar la indiferencia mal difrazada de sus adláteres, para no ser al fin notado sobre todo por causa de Santa, que no ponía el menor cuidado en reprimir su entusiasmo.

Algunos dedos se dirigian hácia ellos señalándoles con aire burlon. Algunas voces cuchicheaban, y pronunciaban con sonrisas la palabra *provincial* sinónimo de *palurdo* y que reasume una idea de desprecio absoluto en boca de los parisienses.

Generalmente hablando, *provincial* no significa esclusivamente, como puede creerse, el hijo de una provincia, sino un francés, sea de donde quiera, que cae en el ridículo de admirar cualquiera cosa, por trivial que sea. Esta palabra, en el concepto de un parisien- se de la calle de Mont-Blanc, es un sinónimo

perfecto de cualquiera adjetivo que signifique necesidad. Y verdaderamente no había motivo para mofarse! Aquellos niños se estasiaban, sin avergonzarse, al escuchar la música de Rossini, cantada por Neurrity la Falcou.

Por otra parte, hay cierto modo de hacer las cosas. Se puede muy bien decir esto es admirable! sobre todo si se retienen, por fortuna, algunos de esos términos técnicos, que engalanan los folletines de los diarios, y que dan tanto colorido á las críticas del arte! Pero admirar con el corazón... eso es muy plebeo.

Santa y Gaston no atendian á lo que pasaba enrededor de ellos.

Escuchaban. Sus almas estaban suspensas, pendientes de los labios de aquellos intérpretes divinos de una divina música.

Se habian sentido desde luego como embargados bajo la impresion de aquel tropel de sensaciones nuevas que les asaltaban de improviso. Habian gozado en silencio olvidándose de todo hasta de sí mismos, inhábiles, en su entusiasmo, para comunicarse sus impresiones.

Despues, y en el primer momento de calma, se habian vuelto el uno para el otro por un movimiento maquinal y recíproco.

Aquel fué un cambio mudo de su asombro comun; sus miradas se encontraron á la vez enviándose toda la emocion de sus almas.

Santa estaba llorando. Gaston habia recobrado de repente la dulce sonrisa, con que se espresa en la juventud un placer puro, sin mezcla alguna de disgusto: en su hermoso semblante no quedaba ni aun una sombra de tristeza y dolor.

Santa, al verle de este modo, juntó las manos, elevando con fervor al cielo sus ojos radiantes de júbilo.

No la habian engañado... Gaston bebia vida en aquel inmenso manantial...

El teatro estaba lleno: al caer el telon al final del primer acto, entre un millon de bravos y palmadas, sucedióse un movimiento ajitado en el público. Todas las miradas se separaron de la escena para vagar en todas direcciones por palcos y galerías.

En aquella evolucion de la curiosidad, mas de un anteojo se fijó, al paso, sobre los dos hermanos. Ambos eran hermosos; y parecian como aislados, perdidos entre aquella muchedumbre, que se ajitaba confusamente despues de una hora de sosiego, como una bandada de colegiales al llegar el instante del recreo.

Hablaban sin embargo en voz baja, á pesar del murmullo incesante que asordaba el patio y las galerías. Se hubiera dicho que aquellos dos niños tímidos no se atrevían á mezclar un poco de ruido á aquel estrépito sordo de mil conversaciones, que se cruzaban por todas partes y en todas direcciones.

Muchas ojeadas femeniles, audaces ó lánguidas, espresivas ó disimuladas, habian intentado fijar la mirada errante y distraida de Gaston. Santa era tambien el punto de mira de una docena de Tenorios, admirados, al parecer, de no haber visto hasta entonces aquel divino semblante.

Algunos millonarios calvos, y diputados vestidos á la antigua, la devoraban con los ojos. Escitó particularmente la atencion del banquero Bartolo, la del Marqués Le Voutour des Bouquets, y aun la del Príncipe extranjero *Frusaldin*...

Habia sobre todo junto á la orquesta unos lentes de marfil, y en uno de los palcos de embocadura de la izquierda unos anteojos de ébano, que se flechaban sin cesar, óbstinadamente fijos en el fresco semblante de la hermosa niña...

Casi todos los concurrentes, al ver á Santa objeto de una atencion tan sostenida, vol-

vieron hácia ella sus gemelos exploradores no sin manifestar, ya de un modo ya de otro, su admiracion.

Santa, en fin, importa que lo sepa el lector, fue objeto de una conversacion de diez minutos, entre cinco ó seis caballeros jóvenes, que se hallaban colocados en un palco de la izquierda.

Importa decir esto, porque aquellos caballeros, de los cuales algunos tenian ya una edad regular, pertenecian al número de esos famosos *liones* de la *Opera*, que suelen situarse indistintamente en las mas aristocráticas ó, en las mas plebeyas localidades.

Lo cierto es, que aquellos señores habian decidido sin discusion que Santa era encantadora. Al juzgarle de este modo no habia habido diferencia de pareceres en aquel círculo, flor y nata de nuestra aristocrácia, compuesto de Feliciano *Capitales* presunto heredero de una plaza de agente de cambios, y sus nobles amigos.

Estos eran nada menos que J. B. S. T. Sanguin de la casa de Sanguin y Cloquart de Lion; Arsenio Bon, de Montfermeil, dentista muy de moda, que habia añadido á su nombre el de su pueblo, por pura gratitud; el abogado Durandin, y el baron Prunot, sobrino del duque de Farsalia, llamado asi en tiempo

del imperio, en conmemoracion de cierta escaramuza histórica.

Feliciano Captales y J. B. S. T. Sanguin eran jóvenes y feos. Arsenio Bon comenzaba ya á *canear*. Ya conocemos á Durandin que aparecia entonces aun mas redondo y risueño que otras veces. Por lo que hace al baron Prunot, ostentaba magníficos bigotes y una exótica condecoración.

Todos estaban vestidos con esquisito gusto, sea dicho con formalidad, porque en nuestros tiempos, por lo que hace á la toilette, el gusto no es personal; y es indudable que el mismo Lovelace tendria que obedecer ciegamente á su sastre. Todos hablaban en voz alta, pero sin desafinar demasiado. Todos tenían un aire satisfecho, pero satisfecho hasta un extremo que no nos es dado describir: cada uno manifestaba en su rostro el convencimiento de sus atractivos.

—Ah! diablo, sí! diablo, sí! dijo Captales: diablo, diablo, diablo.

—Es divina! gritó J. B. S. T. Sanguin.

—Qué dentadura! añadió el dentista.

—Ah! ah! murmuró el redondo Durandin; ah! ved, ved!... apetecible!... ah!... sí... como lo digo!... apetecible!...

El baron Prunot no dijo una palabra, pero tosió de un modo espresivo; y el énfasis eró-

tico con que este caballero retorció sus bigotes, no dejaba la menor duda acerca de su opinion en la materia.

—Pero, repitió M. de Montfermeil, se diría que tiene miedo de mirar hácia nosotros.

—Barrunta el peligro... dijo J. B. S. T. Sanguin.

Esta ocurrencia hizo reir, aunque no tenia maldita la gracia.

—Ah!... concluyó Feliciano; fuerza es decir que... diablo diablo, diablo!...

Todos aquellos señores bajaron sus anteojos, al escuchar esta notable observacion, engolfándose despues en otras semejantes.

No sucedió lo mismo con los dos lentes, el blanco y el negro, que continuaron obstinadamente su minucioso exámen.

El antejo blanco estaba, como hemos dicho, junto á la orquesta; pertenecia á un jóven como de veinticinco á veintiocho años, vestido con una sencillez que rayaba en severidad.

Estaba de pié, y con la espalda vuelta hácia la escena. Era de talla mediana, de anchas espaldas, y pecho elevado, que se señalaba en aquel momento bajo una levita negra, abrochada hasta la barba. Sus cabellos castaños, y muy cortos por delante, se estendian en ligeros bucles por detrás.

En 1832, cuando todos llevaban sus cabellos largos y rizados, para formar la pirámide aceitosa de un tremendo tupé, aquel peinado era una estraña originalidad; originalidad que ponía mas en relieve el nudo diabólico de una corbata negra, y la actitud indiferente de nuestro joven.

Su rostro, aunque carecía de regularidad en las facciones, tenía cierta espresion de franqueza y de resolucion, que no podía pasar desapercibida en ninguna parte. Su mirada era fija y brillante; su frente espaciosa estaba señalada hácia la sien derecha, con dos cicatrices, una de las cuales parecia recientemente cerrada. En sus mejillas, enteramente afeitadas, aparecía esa sombra azulada que deja una espesa barba despues de la rasura. Tenía un bigote corto y retorcido hácia abajo en los dos extremos de la boca.

En aquella fisonomía se hallaban rasgos de militar y de artista á la vez. El taller, ó el cuerpo de guardia, ó quizá las dos cosas habían impreso un sello de indolente abandono en aquella fisonomía inteligente y varonil.

Pero al cabo de algunos instantes, sus facciones estaban muy lejos de espresar indolencia ó abandono. Sus ojos brillaban de curiosidad, detrás de los lentes, dirijiéndose sin

cesar de Santa á Gaston, y de Gaston á Santa.....

Alguna vez bajaba su brazo fatigado. Entonces los contemplaba sin auxiliar con nada á sus ojos penetrantes, que iban perdiendo su animado brillo, para volverse lánguidos y tiernos, como los de un enamorado de quince años...

En un momento en que su antejo inclinado, dejaba descubierto su semblante, la mirada de Santa se cruzó con la suya,

La hermosa niña, que hablaba entonces con su hermano, interrumpióse de repente, y sus mejillas, su frente y hasta su cuello se cubrieron de un carmin rosado.

Bañó al mismo tiempo sus labios una sonrisa leve, dudosa, indefinible, en tanto que su mirada se alejaba como despavorida de aquel sitio...

El otro antejo, el del palco de embocadura de la izquierda, estaba sostenido por una mano velluda y arrugada, en la que resplandecía un hermosísimo brillante.

Esto era todo lo que podia distinguirse, porque los abanicos ó pantallas del palco, estaban enteramente desplegadas.

Pero ¿de qué sirve un abanico, aun cuando fuese de siete pieles de toro, como el escudo de Ajax, contra las penetrantes indagaciones

de un novelista? Detrás de los abanicos habia un hombre de alta talla, como de unos sesenta años, y una hermosa muger de rubia cabellera, que rayaba ya en esa edad ambigua, que ha pasado de la juventud.

El estaba elegantemente vestido, y conservaba todavia cierto aire de vigor varonil. En su pecho brillaban algunas condecoraciones. Su frente aparecia señalada con grandes arrugas, pero sus cabellos, fuese por artificio ó naturalmente, eran negros.

A la débil claridad que iluminaba el palco, se distinguian sus facciones duras y angulosas, en las que se observaba ese sello de cortesania, que da la costumbre á los hombres de mundo. El de la dama era uno de esos rostros de una regularidad admirablemente perfecta, pero que carecen de espresion. Cada una de sus facciones, parecia un estudio cincelado segun todas las reglas del arte, y su conjunto presentaba una armonia completa y encantadora. Pero faltaba gracia y atractivo en aquella fisonomia muda y displicente. Solo el hastio se reflejaba en aquellos hermosos ojos azules: aquella linda boca tenia una espresion de frialdad. Ciertamente tambien que aquella muger se hallaba frente á frente con su marido, en cuya circunstancia, segun dicen, no está jamás á sus anchas una muger

hermosa.

El marido y la muger no hablaban palabra. Esta última, negligentemente apoyada en su asiento aparecia en una inmovilidad completa. Pero hubo tambien un instante en que su atencion pareció fuertemente escitada.

Enderézose entonces sobre sí, por un movimiento repentino, y flechó su anteojo hácia el palco de en frente.

En aquel palco en el cual estaba una señora gruesa y fea, recargada de diamantes, acababa de entrar León Duchesnel.

El anteojo de la dama rubia no volvió á bajarse. Ella continuó acechando lo que pasaba en frente con el mismo interés que su marido empleaba en contemplar á Santa.

Era un matrimonio sériamente ocupado. Los dos esposos se llamaban M. el Duque y madama la duquesa de Maillepré.

VI.

Espectáculo en el salon.

Estaban colocados Gaston y Santa al estremo de la galería derecha, junto á la puerta de los pasillos.

El Duque y la Duquesa de Compans-Maillepré ocupaban, como hemos dicho, un palco de embocadura de la izquierda y estaban por lo tanto muy cerca del balcon en que se hallaban Feliciano Capatales y sus ilustres compañeros, representando la flor y nata del pueblo mas espiritual del mundo.....

Detrás de aquella amable y distinguida sociedad brillaba otro retazo de nuestra aristocracia nacional; era una pareja nota-

ble: marido condecorado y mujer de robustas carnes y colores vivos, y en cuya frente rubicunda se distinguia tambien un sello de arrogancia soberana.

Feliciano Capitales, hombre picaruelo y satirico, habia caido muy en gracia á J. B. S. T. Sanguin, al comparar á aquella muger con un buey gordo, al que no dejaba de asemejarse en algun modo por su pingüe obesidad y por el terrible penacho que ondeaba orgullosamente sobre su voluminosa cabeza.

Aquella señora era la esposa del célebre Roncesvaux, carnicero de fama europea, cuya gloria se aumenta de año en año, y que recoge periódicamente en las tablas reales el producto de sus soberbios lomos.

En el otro patio izquierdo de embocadura, estaba, como sabemos, la señora fea de los diamantes; y detrás de ella en el inmediato, una jóven encantadora, encantadora con toda la estension de la palabra, entronizada en medio de una escojida corte de obsequiadores.

La dama fea era Lea Verin, la antigua Egeria del príncipe***, que en opinion de muchos inspiraba á la sazón á un alto personaje político, y representaba en los salones de cierto ministro, el papel que habia

representado Cotillon en la corte de Luis XV.

Será justo decir, sin embargo, que madama de Verin se diferenciaba notablemente del comun de las Pompadours, por su aire plebeyamente orgulloso, su voz gruesa y su pedanteria magistral.

Ella tenia tambien su corte, algo heterogénea en verdad, pero no por eso menos obsequiosa. Veíanse en ella semblantes austeros, unidos, no sabemos cómo, á espaldas dorsales de una flexibilidad maravillosa. Por mas estrañas que puedan aparecer, estas especies de *soldaduras* no son muy raras; y nadie mejor que un puritano furibundo sabe doblegarse servil ante el poder, cuando lo exigen las circunstancias.

Siempre ha sido un axioma que solo los *incorruptibles* merecen cierto precio venal. En nuestro mercado político, el que se vende muy barato, no encuentra quien le compre. De donde se infiere lógicamente que el hallar comprador es la prueba mas palmaria de integridad.

Los convertidos á tan sanos principios, los principios fundados en el arancel de las conciencias, llaman á esto: haber tenido una juventud borrascosa.

Madama la Vizcondesa de Varannes, su ve-

cina de palco, formaba con Lea Verin un soberbio contraste. Era la Vizcondesa una jóven de veintitres años, mas bien bonita que hermosa, y mas bien graciosa que bonita; en su tocado se echaba de ver esa orgullosa sencillez que se desdeña de competir en magnificencia con cierta clase de rivales, y sobre todo en ciertos lugares determinados; pero en aquella sencillez brillaba ese esquisito gusto, que en nada se parece al ostentoso atavío de un lujo vulgar. Su actitud, sus palabras, sus ademanes, todo, hasta el tipo particular de su belleza, tenia un sello de procedencia aristocrática. Era una de esas hermosuras dotadas de un atractivo peculiar de ellas solas, una de esas hermosuras que están muy lejos de la perfeccion armoniosa de conjunto que constituye lo que se llama belleza académica, que en nada se parecen á las puras creaciones de un idealismo poético; pero hermosuras que cautivan y seducen aunque no á todos, que arrastran de un modo irresistible, por medio de un encanto, que suele esconderse á los ojos de muchos; encanto poderoso, sin embargo, por mas que la envidia trate á veces de negarle ó disminuirle.

Aquellos á quienes no agrada esta especie de hermosura que sale de la senda comun,

tienen hartos motivos para regocijarse; pero los que, por el contrario, buscan con avidéz esas encantadoras escepciones de tipo exagerado que van siempre mas allá de la verdadera belleza, deben apresurarse á poseerlas, sin malgastar el tiempo, porque la especie va desapareciendo á toda prisa.

Bajo la pesada atmósfera de nuestros intereses positivos, crecen ya muy pocas flores que adornen la senda de la vida, por la que en otro tiempo esas reinas de la inteligencia y de la cortesanía, se deslizaban indiferentes y encantadoras, sublevando con una sonrisa un sin número de adoradores, sujetos á sus dulces caprichos. De tarde en tarde, alguna escojida funcion atrae todavia su curiosidad. Ora se las mira acudir al son de las celestiales armonías de un gran maestro, como mariposas atraídas por la luz; aun se las suele ver asomadas á la portezuela de sus carruajes, que ruedan lijeros por el piso enlosado de Paris, al dirijirse al campo, donde ya empieza á sonreir la primavera; ó al sonar el medio dia en las torres de San Sulpicio ó Santo Tomás de Aquino, en el Bosque de Bolonia los dias en que sus estrechos paseos no están interceptados por esa muchedumbre mercantil de sastres y modistas, convertidos en duques y princesas...

Madama de Verannes aguardaba á su madre y su hermana Mimas. de Pentlevan y de Baulnes. Con ella estaba su marido, hombre de treinta y cinco años, de semblante grave y meditabundo, y otros dos caballeros, visitas de la casa.

Colocados Santa y Gaston en la misma línea y muy cerca de los palcos de embocadura de la derecha, no podian ver lo que allí pasaba.

Detrás de ellos se hallaba situada la puerta de la galería. Como la entrada habia sido grande, el acomodador habia intercalado algunas sillas en los espacios vacios que sirven de paso á las localidades. En estos asientos se habian colocado algunos hombres y dos ó tres mugeres, apretadas como arenques. La silla inmediata á Gaston, estaba ocupada por un caballero con anteojos de oro, gordo y rubio, que habia cambiado ya un saludo con el abogado Durandiu.

Al fin del anfiteatro, en su parte mas alta, habia dos mocitos, al parecer artesanos, en traje dominguero, acompañados de dos *griset*as que compartian alternativamente el uso de una especie de cata-lejo, con cuya ayuda miraban atentamente á Gaston.

—Dragon! dijo uno de ellos, cerrando su antejo; una apuesta á que es él...

Dragon se encogió de hombros, plantando un capirotazo en la nariz de su compañero Poiret, con grande risa de las dos señoritas.

—Eso no es una respuesta, continuó Poiret; lo que yo digo es que aquel es el Descolorido!

—El Descolorido es mas alto, dijo Dragon; el Descolorido es mas delgado... Vaya que es ocurencia creer..

—Sin embargo!... Yo hago una apuesta...

—Un buen artesano, continuó Dragon, que tenia insulas de filósofo, no viene al teatro á ocupar un asiento de nueve francos, con una compañera de diez y ocho años vestida de seda...

—Sin embargo!...

—Este Poiret está tonto, dijeron á la vez las dos muchachas; aquel caballero y su dama pertenecen al gran mundo!...

—Sin embargo!... repitió por segunda vez Poiret, es el Descolorido!...

El teatro se prolongaba. El murmullo iba siendo menor, y dejaba ya percibir distintamente algunas frases de las conversaciones particulares.

Santa y Gaston, que hablaban en voz baja oian aun sin poner atencion en ello, parte de lo que se decia á su alrededor.

—He ahí los lions de Paris! decia una dama, recién venida de Baja-Normandia, señalando con el dedo el grupo de Feliciano Capitales y sus amigos; esos son los lions de Paris... y qué feos son!...

—Ah! mamá!... contestó su hija; tienen un aire de nobleza!... No es verdad, papá?

El papá entendia mas de bueyes que de lions.

—Lo cierto es, repuso él con el acento nasal de su pais, que hay en ellos algo que les hace parecer hombres adinerados!

Hubo entonces un movimiento en la entrada de las galerías, obstruida por las sillas puestas provisionalmente en aquel lugar: un joven, con chaleco recién estrenado, sobre el que colgaba una cadena de filigrana, fue á sentarse junto al caballero de los anteojos de oro.

Los dos se apretaron cordialmente la mano.

—Salud al hijo de Esculapio! dijo el recién llegado, que era Roby el actor, poeta y maquinista, que ya conocemos hace tiempo.

—Mas decoro! contestó en voz baja el doctor Josepin; de dónde sales tú ahora?

—De comer, á dos francos por barba, en el *Palais-Boyal*.

Miróle Josepin con una espresion imposible de describir.

—En qué te ocupas? le preguntó.

—Yo, repuso Roby, me ocupo tan pronto en una cosa, tan pronto en otra... Tengo una idea... Pero no me mires asi á través de tus anteojos, dijo interrumpiéndose. Cualquiera diria que temes que te pida dinero prestado... No tengas cuidado!... Tengopara vivir lo menos quince dias... y en quince dias, guárdame este secreto Josepin, en quince dias puedo llegar á ser millonario.

—Ah! bah! bah!...

—Palabra de honor!... Entre tanto, mis costumbres, mi frugalidad sobre todo, me permiten vivir en una honrada mediania.

—Pero qué has llegado á ser? preguntó Josepin, ya tranquilo con la seguridad de que no iba á pedirle dinero prestado.

—Ah! ah! he tenido una vida novelesca, muy novelesca, amigo mio!... He tenido la fortuna muy cerca... tan cerca como á esa señora gorda, cuyo acento normando me recuerda vivamente cierta derrota que sufrí en Alenzon.

—Fuiste herido?...

—Si, herido... en mi amor propio... y en el ojo derecho como Filipo por un trozo de manzana que me arrojó un palurdo...

—Y por qué?

—Estaba yo representando el papel del arrogante Hipólito en la *Phedra*...

—Ah! repuso Josepin, riendo á carcajadas; ya comprendo: hay derrotas de derrotas...

—Sin duda alguna! continuó Roby con la mayor sangre fria, he sido derrotado como autor y... Pero no hablemos de los percances de la fortuna... Figúrate tú que aquella maldita idea de Duchesnel ha sido la causa de que yo me estraviára!...

—Qué idea?

—Las mugeres, amigo mio! las mugeres... Yo quise hacer de ellas una escala... pero siempre me faltó pié para ello... Y con una cartera como lamia, que encierra diez millones de esperanzas, sin contar dos tragedias, me he visto precisado á correr una provincia por espacio de un año...

—Cómo actor?

—No...

Josepin acarició su barba con cierto aire de cándida fatuidad.

—Pobre muchacho! dijo; pobre muchacho!... Y á fé mia, que la idea de Duchesnel no era del todo mala...

—Oh! oh! murmuró Roby: á no ser por la bella baronesa...

—Seguramente!... seguramente! la baronesa nos sirvió de mucho, porque ella tenia necesidad de nosotros... Pero fuerza es decir tambien que cuando se sabe atacar á las

mujeres por ellado débil... y por otra parte, cuando se han hecho grandes estudios...

—Ah! si... esclamó Roby; pero no volverá á necesitar nunca de mi ese diablo de muger?... porque yo tengo mas de un recurso bajo mi capote...

—Son menester garantias, murmuró Josepin, levantando sus anteojos de oro con todo el aplomo de un hombre de fortuna.

Roby pensó probablemente que el rubio doctor era siempre el mismo, pero no tuvo á bien, sin embargo, manifestarle sus observaciones.

—Está tan hermosa como antes? preguntó.

Josepin infló los carrillos, y poniendo una mano sobre el hombro de Roby, dijo con énfasis.

—Mas bella que nunca!

—Es admirable!... asombroso! murmuró Roby; despues de siete años... pero, en fin, tanto mejor para ella!.. Ah! doctor, y vosotros?... Nunca me ayudásteis á nada, mas que á cometer necedades... pero es igual! Siempre me intereso por vosotros... En dónde estais? Qué hacéis... Tú, ahora, qué haces tú?...

—Yo?... amigo mio, no me puedo quejar... He pasado en el campo la temporada del cólera, haciendo insertar despues en los periódicos una notita en que se hace saber al pú-

blico que el doctor Josepin, de la Facultad de Paris, habia desplegado, en aquellas deplorables circunstancias, una intrepidez superior á todo elogio... Esto, y la proteccion de la baronesa me han hecho el hombre de moda... Creo que me van á condecorar...

—De veras?

—Esto es una bagatela, pero siempre da importancia.

—Bravo!... Y Duchesnel?

—Todavía secretario de embajada.

—Todavía!... Pues qué, la baronesa no necesita ya de él?

—Fuerza es creerlo así... Y el crédito de la Duquesa no llega mas que á eso, por lo visto... Por esta razon, sin duda, el pobre Duchesnel ha tenido que buscar una niña encantadora.

—Una conquista?

—Nada de eso... hablo de Madama Duchesnel.

—Se ha casado?

—Mucho que sí.

—Bravo!... exclamó de nuevo Roby: y Durandin?

Estendió Josepin el dedo por entre Gaston y Santa, para señalar al grueso abogado, que se hallaba al lado de Arsenio Bon, de Monfermeil, inventor del elixir odontológico-cartani-

gines, y muy conocido por sus famosas dentaduras galvánicas *á prueba de cáries*.

—Vamos! dijo Roby; en su fisonomía está pintada la prosperidad... En cuanto á ese no necesitas decirme si se ha casado... Todo el que quiere ocupar una posición en la sociedad, busca una muger... sea dicho sin que pase por equívoco, por la sencilla razón de que con lo uno se adquiere lo otro... y Denisart?

—Nos vemos muy pocas veces, replicó Josepin; sé que ha estado preso... Yo creo que Denisart es Dios!

—Cómo, Dios!...

—Sí... este es un empleo moderno que está al alcance de todo el mundo... suele ser de regulares productos... Pero Denisart no ha tenido bastante habilidad para hacerle producir... Le han robado su pensamiento de explotar en grande la miseria... Por lo demás su decantado folleto le obligó á comparecer ante los tribunales, y mientras él estaba en un calabozo, otros más hábiles han reducido á práctica sus excelentes teorías... Bancos de imposición, cajas de ahorros, publicaciones á dos cuartos, todas estas cosas van tomando gigantescas proporciones: yo soy medio accionista de una caja de socorros mútuos... Esto me ayuda á vivir y... Pero Denisart es

hombre que sabrá desquitarse á su vez!...

—Diablo de Denisart! dijo Roby; la última vez que le vi, estaba redactando un prospecto en caló (1) para esos caballeros y señoras que habitan los alrededores del Palacio de Justicia... Pretende él que los ladrones y sus caras mitades son aficionadísimos á la lectura, y que estas honradas gentes constituyen un público excelente para un escritor sin censura previa...

—Oh! replicó el doctor; ha avanzado mucho desde entonces acá!... Ahora cuenta tambien con escribir para San Lázaro y la Conserjería, porque, al fin, esta es su vocacion... Pero yo le he visto tambien, revolviendo en su cabeza el pensamiento de organizar la calumnia por medio de un sistema completo, y calculando los productos que puede dar el oficio de calumniador, á sueldo de un partido... Es un hombre admirable!

—Admirable! repitió Roby; semejantes ideas solo pudieran ocurrírsele á él!

Los preludios de la orquesta comenzaron á oirse. Un movimiento, contrario al primero, tuvo entonces lugar en todas las localidades. Sentáronse los que estaban de pié. E

(1) *Argot*. Gerigonza de los barrios bajos de Paris.

jóven colocado junto á la orquesta dirijió una última mirada á Santa, que tenia los ojos fijos en el suelo, y volvióse hácia el teatro.

Antes de sentarse paseó una vez sus ojos por todos los palcos. Santa, que habia levantado los suyos, desde el momento en que la mirada fija del jóven dejó de perseguirla, le vió cambiar un saludo con el palco de embocadura de la derecha, en que se hallaba la Vizcondesa de Varannes, y en donde acababan de entrar entonces madama de Pont'evan y su hija Diana,

La orquesta habia comenzado la introduccion del segundo acto: Santa y Gaston se preparaban á escuchar con toda su alma.

La conversacion que hasta entonces habia tenido lugar detrás de ellos, habia resonado en sus oidos como un murmullo sordo. No habian percibido distintamente las palabras, porque en la especie de aislamiento en que se hallaban en medio de aquella muchedumbre de espectadores, aquel diálogo mezclado con ruido indiferente de otros mil, que se cruzaban en todas direcciones, no habia podido perturbar su íntima conversacion. Pero en aquel momento habian callado para entregarse con toda su alma á las divinas inspiraciones de Rossini, al propio tiempo que los dos amigos proseguian sin interrupcion su pláti-

ca animada. Hablaban, es verdad, en voz baja, pero no tanto que dejase de llegar á los oídos de Santa y Gaston un murmullo desagradable y molesto. Y ya se sabe que por débil é imperceptible que sea cualquier rumor, siempre se le escucha cuando incomoda.

A su pesar, los dos hermanos prestaban cierta atención al diálogo del doctor y Roby. Las palabras llegaban hasta ellos, acompañadas de ese siseo desagradable de los que hablan por lo bajo, distrayéndoles á menudo de escuchar las armonías del Moisé.

—Cómo es eso? decía Roby; no se ha casado todavía la Baronesa?

—No, respondió Josepin; y creo que no se casará jamás...

—No tiene hijos?

Josepin manoseó su barba, con una sonrisa extraña.

—Hijos!... replicó; la Baronesa!... Vaya, vaya!...

—Y por qué dices eso? preguntó Roby.

El doctor iba á decir una palabra, que contuvo entre sus labios, y respondió solamente:

—No te acuerdas ya, amigo mio, de que el baron de Roye murió al dia siguiente de su matrimonio?

—Ciertamente!... Habia olvidado ya todo

eso... Pero yo quiero volver á relacionarme con la Baronesa... si, vive Dios!... estoy empeñado en ello!... Esa muger nos tiene asidos á nosotros, pero nosotros tambien la tenemos á ella!

Josepin sacudió la cabeza, y no respondió palabra.

—En dónde vive? preguntó Roby.

—En todas partes, menos en su casa.

—Y dónde es su casa?

—Calle de Castiglione, número 4.

—Y no se la encuentra nunca!

—Jamás.

—Es lo mismo! dijo Roby, yo tentaré fortuna... Nosotros estábamos borrachos hasta el embrutecimiento aquella noche, y... ya ves tú; aunque mi memoria está confusa sobre todo esto, me parece que aquel asesinato...

Josepin le asió del brazo, imponiéndole silencio con un movimiento convulsivo. Gaston acababa de volverse hácia ellos, y les miraba atentamente.

Gaston reconoció perfectamente á Josepin que habia sido el médico de su padre en la casa de M. Polipo, en el *Palais-Royal*. Josepin solo recordó vagamente haber visto á aquel joven en alguna parte.

Roby se quedó como cortado, desconcer-

tado al conocer su imprudencia. Josepin aseguró los anteojos de oro sobre su nariz magistral, con la mayor sangre fría. Gaston se volvió otra vez....

.....
 La Falcou cantaba con Madama Debadie. El público escuchaba en silencio.

La puerta del palco de la izquierda se abrió entonces. Un joven vestido con minucioso gusto, de rostro moreno, de facciones hermosas y casi femeniles, apareció en medio del grupo de Feliciano Capitales y, sin saludar á ninguno, dirigió sus gemelos hácia los palcos de embocadura de la derecha.

Después de una ojeada rápida, volvió la espalda y se retiró.

Hubo en el salon un murmullo sordo, que no era ciertamente producido por la voz estensa y sonora de la Falcou.

—El Marqués Salvage!... decían en voz baja por todos lados; el hermoso Marqués!...

Y todas las miradas, abandonando la escena, se tornaron hácia el palco de la izquierda, siguiendo la direccion de los dedos y abanicos que señalaban aquel lugar.

Pero en el palco de la izquierda, no habia ya nadie mas que Feliciano Capitales, J. B. S. T. Sanguin, de Lion, &c. &c.

—Qué es eso? preguntó Roby al doctor.

—El Marqués, respondió Josepin.

—Qué Marqués?

—Un marqués que tú conoces mucho...

Josepin vaciló un momento, y repuso después:

—Pero, no... tú no le conoces... Es el lion del dia... el lion más de moda.... Su vida es una novela muy rara y muy interesante.... El Marquesito está haciendo furor!

—Pero, en fin...

—Es el jóven Marqués, Gaston de Maillepré.

Gaston se estremeció de pies á cabeza.

Santa, no habia oido aquellas palabras.

La puerta del palco de Madama la Vizcondesa de Varannes, se abrió con estrépito. El nombre del Marqués de Maillepré, pronunciado en voz baja, corrió de boca en boca...

Gaston, creyó que estaba soñando. Por fin, se inclinó hasta sacar la cabeza por fuera de la galería, para ver quien era el que acababa de entrar en el palco.

Pero el tabique del anterior se interpuso delante de su mirada. y solo pudo distinguir una admirable madeja de cabellos rubios, que descendian en ondas por el rosado cuello de Madama Diana de Baulnes...

Un hombre de moda.

Todas las miradas se dirigieron durante algunos minutos, hácia el palco de Madama de Varannes. El jóven que acababa de entrar, excitaba, al parecer, una curiosidad general á todas las localidades del salon.

En lo alto del anfiteatro, los resueltos y agraciados mocitos compañeros de las dos *grisetas*, pestañeaban de impaciencia. Ellas codeaban á Poiret, cada una por su lado, para que las diera el *cata-lejo*, que servia de lente á toda la reunion.

—Déjame mirar! exclamó Bebella, la mayor de las dos; vaya, que es egoísta este Poiret!...

—Es galan como él solo! dijo Linda con una graciosa mueca.

Bebella tenia veinte años. Era el tipo de la *griseta* clásica, que se encuentra en todas par-

tes, y que tanto inspira á los poetas y novelistas; la *griseta* bulliciosa, vivaracha, rozagante, mordaz, chusca, bailarina, saltarina, cantarina, y decidora, todo lo cual no impide que sea al propio tiempo, sensible, tierna, y hasta llorona, cuando lo pide la ocasion.

Linda tenia diez y seis años. Esta no era propiamente un *tipo*. En esto era por lo menos original, porque desde el peon de albañil que lleva cubos de cal, hasta el hombre de estado hojeando la cartera, todos son tipos en los tiempos que atravesamos. Un galeote es un *tipo* de galeote; un ángel es un *tipo* de ángel; un rocines un *tipo* de rocín...

Hombres hay que ganan tanto dinero como los aprendices de sastre, solo confeccionando *tipos* para esos editores, dejados de la mano de Dios, que esplotan este género. Estos hombres son unos verdaderos *tipos*. Sus editores son unos verdaderos *tipos*. Los lectóres mas todavía...

Linda, pues, no era un *tipo*. Cantaba algunas veces, pero no estaba cantando siempre, como las curruacas, que son *tipos* tambien; bailaba cuando llegaba el caso, pero tambien andaba otras veces sin bailar; era aguda y picante en sus respuestas; pero no siempre estaba respondiendo. Su sonrisa, graciosa y maligna, dejaba á veces su semblante en una com-

pleta seriedad. Sabia pocas canciones picarescas, y no habia oido todavia bastantes cuentos *alegres*, para poder mezclar su *cháchara* senõilla y sin rodeos á las conversaciones características de una figonera.

Linda era la novia de Nazario, llamado *Dragon*.

Bebella y Poiret despreciaban el matrimonio, como cosa vulgar.

—Vaya, que es divertido, dijo Bebella, estar oyendo siempre el *ah! ah!* continuo de ese hombre, que no lo ha dejado en toda la noche... Quieres darnos el anteojo?

—Y dale con que estos asientos son mascaros que los primeros de *Las Follías!*... dijo Linda sonriendo: vaya un gusto sobre teatros!

—Ah! ah! *Las Follías!*... exclamó Dragon; pero tú no estás fastidiada como yo!... En *Las Follías* no se echa á perder la levita verde con cuello de terciopelo, y el pantalon fino!.....

—Despues de hacer sus observaciones, Poiret alargó el anteojo á Bebella.

—Hermoso jóven! dijo; pero tan menudo que apenas pesará una onza!

—Oh! sí que es muy galan! exclamó Bebella; muy galan!

—Tened la bondad de guardar silencio! dijo á su espalda un dilettante pobre.

Volvióse hácia atrás Bebella, mostrando sin ceremonia sus blancos dientes á aquel desventurado amante de la armonía.

Linda se habia apoderado del antejojo.

—Es posible, murmuró, que haya hombres como este, mas hermosos que una muger bonita!...

—Una apuesta! dijo Poiret á Nazario, conquistando á su vez el antejojo comun; una apuesta á que ese Marquesito es tan salvage como tú y como yo.

—Puede!... replicó Bebella; porque yo no advierto en su aire...

Y ademas, observó Linda, los salvages son negros.

Nazario, por otro nombre *Dragon*, jóven de treinta años, de fisionomía franca y viva, y cabellos castaños claros, miró de repente y con aire indeciso á Linda y Poiret.

Sin duda flutuaba entre el temor de contradecir á su prometida, que ejercia sobre él cierto imperio, y el deseó que era ya costumbre en él, de disputar con su compañero Poiret.

—En cuanto á negro... no digo que lo sea... contestó Dragon con la mayor gravedad; pero salvage.... desde luego.... Justamente el de la cueva tiene el color de carne.

—Su túnica recosida al cuérpo, es de ese

color, viejito mio, respondió Poiret.

—Sin embargo... este es un salvaje, como Pablo y Virginia... nacido en América.

La discusión iba tomando un carácter geográfico-histórico, que ponía fuera de combate á Linda y Bebella. Asi es que ellas dirigieron toda su atención hácia el espectáculo, mientras Nazario se esforzaba en sostener que él conocia, sino al Marqués, al menos al tapicero de su casa, que estaba en muchos pormenores sobre su nacimiento, y sobre la historia de su vida.

—Nada importa todo eso! dijo Poiret entonces concluyente, él es tan salvaje como tú y como yo... Hago una apuesta!

Se hacian otros mil comentarios aqui y allá sobre el mismo asunto, en todas las localidades del salon: de modo que la voz admirable de la Falcou tuvo mucho que hacer para triunfar atrayendo asi la atención del público, distraido por aquel incidente.

Feliciano Capitales se admiraba con J. B. S. T. Sanguin de aquella curiosidad del público; curiosidad tanto mas estraña cuanto que no era escitada ni por el baron Prunot, sobrino del duque de Farsalia, ni por M. de Monfermeil. Todos los señores de aquel círculo, menos Durandin que guardaba un prudente silencio, hacian sendos co-

mentarios acerca del Marqués, mezclados de pullas y necesidades. Cada uno de sus chistes iba acompañado del elogio de Atenais, Sidonia y Palmira, vichos protegidos por aquellos caballeros. Discutían sobre su mérito en términos *ultra-técnicos* que hubieran hecho sonrojar á un mercader de esclavos. Y pasaban despues á justificar la ausencia de madama de San Faramundo que parecía ser el astro refulgente de la esfera en que respiraban aquellos nobilísimos señores. Pero el nombre del Marqués, pronunciado de nuevo cerca de ellos, volvió á encender su bilis. Capitales le suponía un hombre de mala especie; J. B. S. T. Sanguin y Cloquar le encontraba ciertoaire de palurdo; el Baron Prunot manifestaba vehementes dudas sobre su nobleza. Empero todas estas blasfemias se perdían entre la admiracion entusiasta que mostraba la concurrencia hácia el marquesito salvage.

Este mancebo escitaba con justa razon la curiosidad de todos: habia en su persona un no sé qué de nobleza distinguida, un rasgo de superioridad soberana que le daban cierta originalidad encantadora. Era muy jóven. En su rostro, lijeramente tostado por el sol de los trópicos sin duda, se echaban de ver facciones delicadas de una espresion

indefinible. Tenia grandes ojos negros, brillantes y dulces, al par que audaces; su frente de niño pensador estaba coronada de bucles negros; en su boca fresca y agraciada habia una espresion de firmeza que contrastaba con el puro carmin de aquellos labios, ligeramente arqueados, y sombreado el superior por el trazo negro de un bozo naciente.

Era de talla corta, pero tan bello y bien proporcionado, que nadie al mirar su gracia juvenil se hubiese acordado de medir su estatura. Era en fin una persona interesante por todos conceptos: solo hubiera podido notarse demasiada redondez y suavidad en sus formas....

Pero, qué edad podria contar M. el Marqués de Maillepré? Veintitres años cuando mas.

Por lo regular á los veintitres años, el cuerpo del hombre no ha adquirido todavia esa angulosidad de formas, esos relieves musculares con que la edad viril señala los contornos redondeados de la adolescencia.

Al entrar en el palco, el Marquesito salvaje apretó cariñosamente la mano de M. de Varannes, y acercóse despues hácia la delantera; de modo que durante un momento solo la rubia cabellera de Madama de Bau'nes, se

interpuso entre su perfil y la mirada de Gaston, asomado por fuera de la galeria. Pero el Marquesito solo permaneció allí el tiempo necesario para besar la mano de la Vizcondesa y saludar á Diana con una sonrisa.

En seguida se sentó junto á la primera, en uno de los sillones de la segunda fila.

—La Falcou está admirable esta noche, dijo Madama de Varannes.

Se perdió la respuesta del Marqués en un golpe de la orquesta; pero no se perdió sin duda para la Vizcondesa, que dirigió sus ojos á otro lado, al mismo tiempo que un ligero carmin coloraba sus mejillas...

—Vuestro hermoso sobrino, dijo á su marido la Duquesa de Compans-Maillepré, oblicuando imperceptiblemente su antejo para pasar su mirada de Duchesnel al Marqués, vuestro hermoso sobrino hace decididamente la corte á Madama de Varannes.

—Es encantadora! murmuró entusiasmado el Marqués, separando al fin sus ojos del puro y fresco semblante de Santa.

Su esposa prorrumpió en una carcajada burlona.

—Siempre jóven, señor Duque!.... dijo; pero yo como ya voy siendo vieja no soy celosa... Por otra parte, vuestra esclamacion puede tambien aplicarse sin violencia á Ma-

dama de Varannes... Ciertamente, que el Marqués da pruebas claras de ser hombre de gusto, de mas gusto que el que podia esperarse de un salvaje, al acercarse tanto á ella.

—No puede decirse otro tanto de M. Duchesnel, replicó secamente el Duque.

Tal vez la Duquesa se sonrojó; pero sabia disimular perfectamente.

—Yo creo que os equivocais, repuso ella á media voz; M. Duchesnel sabe lo que le tiene cuenta... Está perfectamente colocado... Sus obsequios van muy bien dirigidos... Está haciendo la corte á una embajada.

El Duque se inclinó entonces, respondiendo al ligero saludo que le dirigia su hermoso sobrino.

Despues de este movimiento volvió á reclinarse en el respaldo de su sillón. Sus ojos giraron entonces con disimulo dirigiendo una mirada escrutadora del Marqués á Duchesnel, siempre con la misma solicitud al lado de Lea Verin, y de Duchesnel á su muger. Las arrugas de su frente se hicieron mas sensibles: reflejábese en sus ojos un despecho concentrado. Cualquiera hubiera podido adivinar que aquellos tres personajes eran el tormento de su vida.

Cuando él bajó los ojos, miróle fijamente á su vez la Duquesa. Aquella mirada no es-

presaba amor; tampoco espresaba ódio: era una mirada de indiferencia y cansancio.

Nada existia en ella de todo lo que es capaz de sentir una muger al lado de un hombre.

Aquella muger habia amado sin embargo á su marido; despues le habia aborrecido; luego habia empezado á temerle, como se teme á un juez implacable. Pero todos estos sentimientos gastados ó borrados del todo, se habian convertido en una apatia indiferente, comun á entrambos...

En el palco de Madama de Varannes escuchaban todos con la mayor atencion. Nourrit acababa de entrar en la escena.

Madama Diana de Baulnes, hermosa muger muy parecida á su hermana, escepto en la espresion particular de las facciones de la Vizecondesa, aparentaba mirar á la escena, al paso que contemplaba al Marquesito al través de su antejo. Pero no formemos juicios equivocados. Diana miraba al hermoso mancebo, no porque le amase ni por admirar precisamente su hermosura. La causa de aquella atencion incesante era muy diferente. Diana miraba al Marqués porque habia observado que su hermana mayor se ruborizaba siempre que el jóven la dirigia alguna palabra confundida entre el ruido

de la escena.

Diana se habia casado pocos dias antes. Tenia diez y ocho años. Era bastante instruida, pero tan fria de corazon como limitada de entendimiento. Debia á la naturaleza un rostro fresco y encantador de facciones delicadas, hermosos cabellos rubios y un talle admirablemente flexible y fino. Sobre su educacion nada hubiera tenido que reprochar el censor mas rígido. Su inteligencia, aunque limitada, como ya hemos dicho, estaba adornada de todos esos conocimientos ya útiles, ya frivolos, que constituyen la educacion de la muger, y no carecia enteramente de cierta rectitud. Con mas talento quizás hubiera sido enteramente buena. Una enseñanza, hija toda del corazon, hubiera sido muy útil á aquella naturaleza inclinada al bien por sus propios instintos. El tacto fino y claro, la voluntad perseverante de una madre cariñosa y tierna, hubieran sido sin duda un resorte bastante poderoso para fecundar todas las buenas semillas que fermentaban en su alma; pero Madama de Pontlevau, muger de cabeza ligera y vacía de seso, habia confiado á manos estrañas la niñez y aun la primera juventud de Diana.

Existe en nuestra sociedad una escuela

oscura, desconocida y misteriosa, cuyos numerosos adeptos hacen prosélitos y no pocos, en el interior de las familias piadosas. Algunos libros de poesía mística, y devota en sus fórmulas hasta el exceso, han revelado no hace mucho tiempo esta rara especie de heregía, tanto mas peligrosa cuanto que suele presentarse bajo las formas austeras de un ascetismo religioso.

Diana, educada por una hermana de su madre, habia sido imbuida hasta una exaltacion increíble, en estos principios insensatos de una piedad mal entendida. Diana miraba el matrimonio como una ofensa torpe é incesante contra la divina pureza.

Sobre esta base estaba fundada toda su educacion.

Y no es esto una ficcion sin fundamento, una pura invencion sin verosimilitud. En nuestro indisciplinado siglo, cuando tantos ingenios, ó estraviados ó viciosos, han predicado una cruzada contra el matrimonio, porque es sin duda una traba insoportable que encadena sus pasiones, hé aqui que otros ingenios, llevando sus escrúpulos hasta la extravagancia, atacan al matrimonio en sentido contrario, y pretenden resucitar el dogma, ya enterrado, de los Maniqueos.

Estos son, sin duda, hombres muy dignos, que solo pecan por exceso de virtud. A su cabeza marcha un poeta casi ilustre, paladin literario, cuyos trabajos han sido recompensados con la silla académica. Pero el veneno no es menos activo, y es sin duda mas peligroso, cuando se ofrece bajo las apariencias de una medicina saludable.

Nosotros debemos decir, sin embargo, porque una sacerdotisa de ese templo se ha tomado la tarea de explicarlo en términos bien elocuentes en una novela mística, que es como el Evangelio de esta *Religion orbicida*; debemos decir que no es la forma del matrimonio lo que se rechaza, sino su esencia y su fin.

Está permitido casarse, pero se prohíbe cumplir los deberes del matrimonio.

Así, pues, no habia contradicción alguna en la posición de Diana, esposa de M. de Baulnes, que se hallaba sentado junto á ella en el palco. Mr. de Baulnes, jóven, rico y un hombre completo bajo todos aspectos, amaba perdidamente á su esposa Diana.

Esta no mostraba desapego ni desvío hácia la persona de su marido; pero se hubiera podido jurar que le era completamente extraña.

Así, pues, habia en aquel momento en el

palco de Madama de Varannes seis personas todas unidas estrechamente, á escepcion del Marqués de Maillepré que no era de la familia.

Alli reinaba por lo tanto, como una atmósfera de sujecion ceremoniosa y violenta que todos respiraban, menos la buena de Madama de Plontlevau, que con tal de tener un chal de cachemira y un público que apreciara en su justo valor el susodicho chal de cachemira, no se hallaba nunca violenta en ninguna parte.

Mr. de Baulnes aventuraba de vez en cuando alguna palabra suelta, que era siempre recibida por Diana con la mayor frialdad.

Colocado el Marqués entre la Vizcondesa y su marido, tenia que sufrir la vigilancia suspicaz de este último que le manifestaba por lo mismo la mayor deferencia y amistad, con sus maneras cariñosas. Se hubiera podido decir que Mr. de Varannes tenia gran interés en atraerse la amistad del Marquesito.

La Vizcondesa sentia pesar sobre si las miradas indagadoras de su marido y de su hermana.

Fuera de aquel lugar, solo se veian semblantes contentos y sonrisas encantadoras.

Gaston, sin embargo, el otro Gaston, el *Descolorido*, como le llamaba Poiret, se ha-

llaba hacia ya media hora en un estado de agitacion febril. Por una casualidad, acababa de saber, él que vivia tan lejos del mundo, que existia un hombre, allí cerca de él, un hombre que llevaba su nombre mismo, y hasta su mismo título, enterrado por voluntad de su padre moribundo. Gaston, obedeciendo al último de los Maillepré, habia cubierto su nobleza con un espeso velo, la habia cubierto y enterrado en el misterio, por no comprometerla y deslucirla en su horrible lucha con la miseria. Habia obrado como aquellos arrogantes Bretones de otros tiempos, que precisados á descender á una negociacion mercantil para reedificar sus casas arruinadas, suspendian la espada de sus mayores en el rincon mas oscuro de una capilla. Pero estos, luego que podian rechazar desdeñosamente con el pié sus cartas de pago, recobraban siempre el depósito confiado á las santas paredes... ellos volvian á recobrar el sagrado depósito... al paso que un ladron descarado se apoderaba de los despojos de Gaston. Porque él habia entendido perfectamente, habian hablado del Marqués Gaston de Maillepré!

Su primer movimiento, despues de haberse convencido de que sus miradas no podian penetrar hasta el interior del palco, que atraia la atencion general, fue arrojarse de su pue-

to para hacerse justicia con sus propias manos; pero una mirada dirigida á Santa, que sin apercibirse de nada se entregaba enteramente á sus dulces emociones, le detuvo en su asiento. Tuvo miedo de dejarla sola, en medio de aquella muchedumbre desconocida; le aterró la sola idea de trocar en dolor y en inquietud los purísimos trasportes de su alegría.

Ademas, muchas filas cubiertas de espectadores, todos inmóviles en sus asientos, le separaban de la salida: hubiérale sido necesario deshacer aquella muralla para abrirse paso. Luego, esa circunspeccion tímida y discreta, que tanto se modifica con el contacto del mundo, pero que siempre germina en el fondo de los corazones nobles, se oponia tambien á su violento arranque, como una montaña insuperable. A la edad de veinte años un jóven rompe con mas valor por medio de un cuadro de infantería que por tres filas de mugeres colocadas en los asientos de la Opera.

Gaston sofocó su impaciencia, aguardando la caída del telon.

Llegado este momento, tomó el brazo de Santa y la llevó fuera de la galería.

El jóven colocado junto á la orquesta, sin duda aguardaba tambien con impaciencia el

final del acto, porque en el mismo instante se volvió vivamente á continuar su interrumpida contemplacion. Pero Santa estaba ya entonces en los pasillos que conducen á la galería.

Tomó sin duda nuestro jóven su partido desde luego, y ganó á toda prisa la puerta.

Una cosa muy parecida sucedió con M. el Duque de Compans-Maillepré.

Luego que su antejo encontró vacío el lugar ocupado poco antes por Santa, dejóse llevar de un movimiento de despecho, que contuvo con dificultad, y salió de su palco, murmurando algunas frases vacías para disculpar su retirada.

Apenas habia vuelto la espalda, cuando uno de los *abanicos* del palco plegóse bruscamente, desapareciendo del todo con un ruido sordo y perceptible.

Tal vez era esto una seña convencional. Lo cierto es que Leon Duchesnel volvió inmediatamente la cabeza.

La duquesa le hizo entonces un gesto imperioso.

Duchesnel abandonó al punto el palco de Lea Verin, y un momento despues se sentaba en el sillón abandonado por M. el Duque de Compans-Maillepré.

Entre tanto, este habia bajado la escalera

grande, y dirigidose al vestibulo.

Un ancho leviton cubria completamente su traje negro, ocultando las condecoraciones que brillaban poco antes sobre su pecho.

Salió hácia el pórtico y dirigióse por la izquierda al negro pasadizo que conduce á las galerias de la Opera.

El jóven de la orquesta salió casi al mismo tiempo que él, y encendió su cigarro enfrente del teatro Enfantin que un incendio ha destruido despues.

Despues de registrar el Duque, á derecha é izquierda la especie del patio que dá entrada á los pasadizos, habia penetrado en el estaminet del café de la Opera, saliendo poco despues con un personage de traza equívoca, y en mangas de camisa, que tenia en la mano un taco de villar perfectamente untado con blanco de España.

—Ocurre algo que corra mucha prisa? preguntó este hombre al Duque, sonriendo con cierto aire medio obsequioso, medio familiar.

—Mucha prisa! respondió el Duque.

—Ea, pues voy al instante á vender mi bola! dijo M. Burot, volviendo á entrar, sin mas ceremonias, en el estaminet.

Se le oyó despues brindar su bola al mejor

postor, con las palabras usuales en estos sitios; y á poco volvió á salir vestido ya, en traje medio fashionable, y contando el dinero que le habia producido la venta de su bola...

M. Burot tenia el titulo de secretario, cerca del Duque de Compans-Maillepré.

En el momento de entrar los dos en el patio sombrío que termina la entrada ó pasadizo de las galerías, el jóven de la orquesta volvió hácia aquel lugar con su cigarro ya encendido. Pasó tan cerca de ellos que pudo escucharles estas pocas palabras.

—Dónde está colocada? preguntó M. Burot.

—En la primera fila de la galería, respondió el Duque, al lado de un hermoso manco de aire tímido, que se le asemeja mucho, y que me ha parecido hermano suyo...

Detúvose nuestro jóven un momento detras de ellos. Despues se deslizó dulcemente por la especie de corredor cubierto y apenas alumbrado, que está entre los pasadizos y el patio, del que solo le separaban dos pequeñas tablas, cortadas en forma de arcos...



Un lindo junquito.

El pequeño patio situado entre el derribo de la Academia Real de Música y las galerías de la *Opera*, estaba entonces aun mas sombrío que ahora, y sobre todo mas lleno de lodo. Hace poco tiempo que le han enarenado.

Parece que es indispensable, allado de cada edificio grandioso, un poco de fango, en mayor ó en menor cantidad, segun la importancia de aquel. La *Opera*, que no aloja mas que reyes de farsa, tiene solo ese patio húmedo; al paso que las Tullerías tienen abiertas sus aristocráticas ventanas sobre un inmenso lodazal, que seria bastante para hacer

retroceder la escoba de Hércules.

En otro tiempo, los señores feudales daban á sus vasallos una cédula cada vez que estos les rendian homenaje. Pero hoy ya no es necesaria esta formalidad gótica; cualquiera que tiene la ocurrencia de ir á visitar al palacio Real, trae desde los pies á la cabeza un certificado que dispensa cualquiera otro testimonio de su visita. De modo que ya pasa como un proverbio el decir, siempre que vemos á un pobre diablo cubierto de lodo hasta la nuca:—Viene de la plaza de Carrousel!...

Está el patio de la *Opera*, gracias á Dios, muy lejos de parecerse á este recinto monumental, que llegará á ser la plaza mas hermosa del universo, cuando se la pueda atravesar sin miedo de sumergirse en los inmundos lodazales que cubren el nivel de su suelo, huido en partes hasta un pie de profundidad. El patio de la *Opera* solo está medianamente enlodado, como corresponde á un corto espacio de terreno, sobre el cual no reposan ni los pesados cimientos del Louvre ni los de las Tullerías.

Este patio comunica con cuatro caminos de que ya hemos hablado, á saber: los dos pasadizos de las galerías, y dos oscuros subterráneos cuyos ecos, á pesar del aspecto som-

brio de sus revueltas, mas bien repiten suspiros de amor que lúgubres gemidos.

El Duque y su secretario se habian parado casi en el centro del patio, como para ponerse mejor al abrigo de cualquier sorpresa indiscreta. El jóven de la orquesta estaba inmóvil y con el oído atento, tras del arco de tablas en donde se habia ocultado.

Si es un crimen escuchar atentamente una conversacionen que no se tiene parte alguna, nuestro jóven era ciertamente culpable, porque escuchaba sin tregua, hasta el punto de dejar apagar su cigarro, al avanzar el cuello en la actitud de un hombre que está en acecho.

—Ojos azules, en que se refleja un candor angelical... decia el Duque con la uncion entusiasta de un gloton, al hablar de los manjares que humean en la cocina.

—Mejillas de rosa!... añadió Burot con una sonrisa burlona, esto es de rigor!

—Calla... una frente deliciosa, en la que se parten dos madejas de cabellos rubios, que deben ser mas suaves que la seda.

—Mucho! mucho! exclamó Burot, pero aunque la pongais ahora, como es costumbre, treinta y dos perlas finas en el interior de su boca de coral ó granote, esto no podria servir de señal para convencerla... Qué edad po-

drá tener sobre poco mas ó menos?

—De diez y seis á diez y siete años.

—Magnífico... magnífico, magnífico!... Y su amante?

—Ya te he dicho que es hermano!

—Psi! murmuró Burot; muchos he visto yo pasar por hermanos!...

—Calla, calla!... En aquel rostro angelical está retratada la pureza... retratada como nunca la he visto en ningun otro!....

—Eh! señor Duque!... todas las mugeres son puras como ángeles, hasta la edad de doce años... Algunas hay que conservan su pureza hasta los quince, por falta de ocasion... Penseis acaso que cada desliz oculto les deja una señal mareada en las mejillas?

—Monsieur Burot!...

—Ah! ah! ah! continuó el alegre secretario, con un tono de irreverencia completa; si así fuese, todas, toditas estarian señaladas, señor Duque!

Este dió bruscamente una patada en el suelo.

—Ea! basta ya de chanzas, repuso Burot, mudando de tono; claro está que... en fin, hay mugeres de mugeres, como vos conocéis; y... Vamos á ver esta!...

Lo escuchaba todo nuestro jóven sin pes-

tañear siquiera, escondido tras del arco de tablas, y retorcia su bigote, de un modo harto espresivo. Nuestro escondido no tenia entonces nada de comun con esos grotescos personajes, colocados con tanta frecuencia por los autores dramáticos tras de cualquiera cortina que les oculte, y que se muestran de vez en cuando á los ojos del público, para hacer un aspaviento y desgañitarse gritando (á parte por supuesto): traidor!... infame!... horror!..... venganza..... maldicion!...

Estos personajes, con perdon sea dicho, son unos escondidos harto indiscretos y ridiculos: por lo que hace á nosotros, siempre hemos deseado vivamente ver al traidor á quien ellos acechan, desenvainar su espada y atravesarles los riñones, para enseñarles á esconderse con mas disimulo.

El patio de la Opera estaba completamente desierto, como de costumbre. Solo de vez en cuando pasaba por él alguno que al dejar las galerías, daba la vuelta á la calle Grange-Beteliere y Pinon, pasando junto á la habitacion del conserge de la Opera: el Duque y su confidente podian muy bien creerse solos.

¶. Era Burot un hombrecillo flaco, de cabellos largos y crespos, que hacian aparecer

estremadamente ancho su rostro rubicundo y anguloso. Tenia una nariz diminuta pero inclinada hácia abajo, como en actitud de besar su boca, provista de grandes dientes, algunos de los cuales estaban desgastados y ennegrecidos por el cañon de la pipa. Una barba pobre y sucia se estendia tortuosamente á lo largo de sus mejillas. Sus ojos estremadamente juntos entre sí, redondos y de un color rojizo indefinible, tenian esa espresion de audacia negligente, peculiar de los gatos. Burot habia sido lacayo. Su traje ostentaba pretensiones de elegante. Llevaba una levita de rico paño morado oscuro, un chaleco de seda color de fuego y una inmensa corbata de raso azul celeste con flores de un amarillo claro. Un pantalon gris perla caía hasta sus pies juanetudos y casi cuadrados. Tampoco iba desprovisto de joyas: un grueso anillo, con ínsulas de aristócrático, una cadena de filigrana, y dos escarabajos de oro esmaltado en la pechera de la camisa, completaban su atavio.

El Duque habia fruncido las cejas con muestras de cólera, al oír las respuestas de su digno servidor; pero estaba habituado, sin duda, á sus impertinencias, y tuvo por conveniente contener su enojo como otras veces. A la luz dudosa de algunos faroles, puestos allí con

el objeto de alumbrar el patio objeto que no lograban muy cumplidamente; el Duque por otra parte habia tenido ocasion de observar que los ojos de su rubicundo secretario brillaban mas de lo ordinario.

—Estais borracho, mi buen Burot, dijo con un tono dulce, y cómo compasivo; que nunca acabeis de correjiros de este vicio!

—Tengo sérios temores de ello... Pero en fin, señor Duque, vos mejor que nadie sabeis lo que cuesta desarraigar vicios inveterados.

Le puso el Duque una mano sobre el hombro. Burot vaciló con aquel golpe; y apagando en sus labios la sonrisa descarada que vagaba en ellos.

—Hablando formalmente!... balbuceó; he bebido poco... tengo los ojos bastante claros para seguir una pista... Yo os respeto á mi modo... bien lo sabeis... Veamos! Decíamos que esa niña es una rubia como hay pocas, blanca con mejillas de rosa, ojos azules, y un hermano... un hermano, que no es amante... Qué mas?

—Un cuerpo divino, contestó el Duque; á lo menos lo que he podido ver.

—Y su traje?

—Muy sencillo. . un canesú de muselina bordado, un vestido de seda y una capotita de

gasa, con una guirnalda de belloritas, menos frescas que sus mejillas...

—Miren el viejo trovador!... Murmuró Burrot aparte... Señor Duque, continuó despues en voz alta, ya arreglaremos todo eso... Psi! este es el puente de los asnos!... Esa niña no es una ave... Para volver á su casa, tendrá que valerse de sus finas piernecitas... os habeis olvidado de esta circunstancia en vuestra descripción, ó tomará un fiacre...á menos que no tenga coche propio...

—Eso me causaria grande admiracion.

—Perfectamente... Con que tenemos que contar ó con sus adorables piernas ó con el fiacre... En el primer caso me contentaré con seguirla simplemente como hago otras veces... Y Dios quiera que no viva allá en la Costanilla del Trono!... En el segundo caso me acerco á escuchar lo que dicen al cochero... Apunto la consigna en mi cartera y mañana, si Dios nos dá vida, hago todo lo demas que es necesario.

—Pues adios! dijo el Duque; mientras tanto, toma un asiento de patio, para reconocerla mejor... Esta noche misma volverás á darme cuenta de tu expedicion.

El Duque se dirigió hacia el teatro, y Burrot volvió á entrar en el café.

○ Nuestro jóven permaneció un instante in-

móvil; despues se lanzó corriendo tras el Duque.

Incorporóse á él en el momento en que este acababa de subir la escalera grande.

—Caballero, le dijo adelantándose con el sombrero en la mano; yo me llamo Romec; he sido capitan de caballeria en Africa, y dejé el servicio para poder matar á mi coronel que me habia insultado gravemente...

—Caballero, interrumpió el Duque en un tono de política altanera, puedo saber el motivo que me proporciona el honor de esta confianza tan estraña como inesperada?

—Aquel coronel tenia dos hijos, continuó friamente Romeo: eran dos hermosos mancebos; tan valientes como robustos, que cumplieron con su deber, defendiendo á su padre... Yo debí comenzar por ellos...

—Pero, caballero!...

—Despues le llegó su turno al coronel... Al presente soy escultor, vivo en la calle de S. Luis en el Marais, número...

—Eh! caballero! nada me importa el número de vuestra habitacion! exclamó el Duque, haciendo un movimiento para retirarse.

Romeo le detuvo asiéndole de un boton de la levita.

—Número 26, continuó con la mayor dulzura; os digo todo esto, caballero, para que

me encontreis, si os ocurre buscarme alguna vez.

—Las estatuas de mi palacio se hallan en buen estado... comenzó á decir el Duque, persuadido quizás de que se las habia con un mentecato.

Romeo hizo una inclinacion de cabeza y continuó.

—No se trata de las estatuas de vuestro palacio... se trata de vos, de vos únicamente.

—Nunca he tenido el pensamiento de hacerme elevar una estatua, caballero.

Romeo condujo dulcemente al Duque hasta la puerta abierta de uno de los palcos desde donde se veia á Santa que habia vuelto á ocupar de nuevo su lugar en la galeria.

Señaló á la jóven con el dedo, y dijo:

—Es aquella... no es verdad?

El duque le miró estupefacto.

—Os habeis estremecido, continuó Romeo en tono seco y breve; es ella! es la misma!... ya lo sabia yo!... Escuchadme, caballero; y no espero morir tan pronto... y mientras me dure la vida, no tocareis ni aun siquiera un cabello de esa jóven!

—Eso es una amenaza, caballero! dijo el Duque, enderezando su alta estatura.

—Sí, una amenaza! respondió Romeo.

Dicho esto, volvió la espalda dejando al Du-

que medio aturdido junto al umbral del palco.

El telon estaba descorrido. Todas las miradas se hallaban fijas en la Taglioni... sus pasos sorprendentes, su actitud, sus movimientos, todo tenia subyugado al público... La Taglioni, esa bailarina sin rival que cautivaba el corazon con su agilidad y su destreza incomparables y casi tabulosas!... Por toda la concurrencia circulaba un rumor de admiracion, de amor acaso, inspirado por aquella ideal criatura, medio muger y medio silfide, cuyo ligero cuerpose sostenia en el aire al balanceo de sus alas de gasa. La Taglioni era jóven entonces; nosotros que la hemos visto poco hace pasar, como una creacion de poesia, tocando apenas con sus divinos pies el suelo florido del pais de las hadas, ¿podriamos imaginar siquiera el atractivo inefable, la gracia y el encanto que debia añadir entonces la juventud á la mágica seductora de su hermosura?

El arte puede luchar y triunfar al final. Pero si despues de tantos años es hoy todavia la Taglioni la primera bailarina del mundo, ¿qué seria en los primeros dias de su juventud, cuando sus músculos poderosos se estremeciesen á los primeros bravos; cuando con una sonrisa estática, fijase sus ojos en la primera corona arrojada á sus pies; cuando su alma

se sintiese embriagada con los perfumes de la primera ovacion?...

Sin embargo, Gaston y Santa no gozaban ya aquel placer concentrado y nuevo que habia embargado poco antes sus sentidos... Ahora miraban con indiferencia aquellos bastidores que la sílfida hacia aparecer encantados... Habia pasado para ellos el momento del placer... se habia desvanecido á sus ojos el encanto.

Gaston estaba triste, y Santa no habia podido tardar mucho tiempo en apercibirse de esta mutacion.

Aquella tristeza era una gota de hiel que habia venido á amargar los dulces transportes de su felicidad. Santa tambien estaba triste: nada habia ya capaz de hacer renacer su muerta alegria.

Gaston no habia querido confiarla la verdadera causa de aquella preocupacion repentina que habia hecho palidecer sus mejillas. Estaba silencioso y meditabundo. Durante el entreacto habia recorrido el corredor, los pasillos y el salon de descanso, ocupado en unas pesquisas, cuyo objeto era desconocido de Santa.

Por otra parte, no habia logrado encontrar lo que buscaba con tal ánsia. Algunas veces, un nombre pronunciado cerca de él, ó proce-

dente de algun grupo lejano, le habia hecho cambiar bruscamente la direccion de sus pasos. Aplicaba el oido con la mayor atencion; parecia como que acechaba alguna cosa, y su mirada se clavaba, con grande asombro de Santa, en todos los semblantes y se clavaba fijamente, con una especie de seguridad descarada.

Pero era en vano.

Y ciertamente que sus pesquisas se dirigian á un objeto harto dificil de encontrar. Porque, cómo es posible dar con un hombre á quien no se conoce? Gaston podia muy bien pasar junto á el hombre que buscaba sin apercibirse de esto. Nadie lleva su nombre escrito sobre la frente.

Gaston se decia á sí mismo todo esto, pero esperaba sin embargo todavía... no podia renunciar á la idea de encontrar á aquel hombre. Solo el fin del entreacto puso un término á sus investigaciones.

El hermoso Marqués no habia abandonado el palco de Madama de Varannes. Gaston y él no habian podido encontrarse de ninguna manera.

A la mitad del baile, Mr. Burot entró en el patio, con la desenvoltura de un hombre acostumbrado á todo. Sus crespos cabellos aparecian completamente desordenados. Los colores

vivos y exagerados de su trage ofendian la vista, del mismo modo que un golpe desentonado de música hiere los tímpanos de un auditorio. Al borde del bolsillo de su levita, se dejaba ver el cañon elástico de una pipa que colgaba balanceándose á uno y otro lado.

Cambió M. Burot algunos saludos con varios personajes de aquella porcion del público, que se sienta debajo de la lucerna, asistiendo á ver el éxito de todas las funciones, por el precio mas equitativo.

Cumplido este deber de urbanidad, M. Burot dirigió su anteojo hácia las galerías. A la primera ojeada distinguió á Santa, y comenzó á observarla con todo el aire de un hombre inteligente.

—Vaya! vaya! dijo; es lo mismo que otra cualquiera!... Hermosa... sí, muy linda, por cierto... Pero será necesario que el Duque prepare su bolsa!

El título de secretario, que tenia M. Burot, no puede dar al lector una idea completa de las importantes funciones que desempeñaba este personaje en la casa de M. el Duque de Compans-Maillepré. Este nombre era una figura retórica, de esas que la intrépida pluma de un gramático llamaria, sin vacilar, sinocdoque ó antonomasia. M. Burot no era mas que un hombre de buen gusto y de mejor ol-

fato, D. Juan de segunda mano, seductor asalariado, ducho en materia de ojeos amorosos é insensible á los bastonazos.

Hay oficios que dan un orgullo inmenso al que los ejerce. M. Burot no abandonaba de ordinario á su señor la iniciativa en materia de conquistas amorosas. Esto explica cumplidamente el escepticismo chocarrero, impertinente y burlon que rebosaban sus respuestas en la conversacion que habia tenido con el Duque de Compans-Maillepré.

El espectáculo tocaba á su fin. La muchedumbre comenzaba á salir, con harta dificultad, por los estrechos pasadizos.

Feliciano Capiales, J. B. S. T. Sanguin, M. de Monfermeil y el baron Prunot, acababan de bajar la escalera grande, departiendo con calor sobre la *Taglioni*, sobre la hermosa rubita, sobre una yegua con su estrellita en la frente, que habia comprado Capiales, y en particular sobre Madama Batilde de San Faramundo, la encantadora y deslumbrante *loreta* (A), cuyo palco habia estado vacío du-

(A) *Loreta* se denomina en Paris á ciertas mugeres entretenidas, llamadas así porque habitan generalmente en la parroquia de Notre-Dame de Lorette, situada entre la *Chaus-*

rante toda la representacion.

Hay *loretas* de *loretas*. Madama Batilde de San Faramundo, pertenecia á las de *alto rango*. Tenia guardado en su bonito *secretaire* un contrato de matrimonio *en debida forma*, donde se probaba plenamente, que ella era viuda de un Conde, pero en el buen sentido de la palabra, y de un conde de veras.

Qué posicion para una *loreta*!

Y qué cosa mas agradable para Madama Batilde de San Faramundo, que consagrarse, en semejante posicion, á los placeres de los Prunot, de los Sanguin, de los Capitales y los Principes Trufaldin!

Madama la condesa de*** llamada Madama de San Faramundo, tenia derecho á la consideracion de sus co-hermanos; y por lo que atañe á los redactorcillos del *Ciron*, periódico de mérito, escribian en versos trece sílabas, en alabanza suya...

Dragon, llevando del brazo á Linda, y *Poiret* acompañado de *Bebella*, se disponian á atravesar á pié las calles solitarias y lejanas que conducian á sus modestos domicilios. Por toda esta larga travesia, se hubiera po-

sé-d'-Antin, y el arrabal *Mont-martre*.
(N. del T.)

dido escuchar á los dos artesanos, nuevamente engolfados en su primera disputa, discutir la acalorada cuestion de si el jóven de la galeria era el *Descolorido*, ó si no era el *Descolorido* el jóven de la galeria.

Los palcos iban quedando vacíos. M. y Madama de Compans-Maillepré, habian ya abandonado el suyo. La Duquesa, antes de partir, habia dirigido una mirada imperiosa á Leon Duchesnel, que á la sazón colocaba un magnífico chal de cachemira en los arrugados hombros de Lea Verin. Aquella mirada era sin duda el complemento de la conversacion habida entre los dos, durante la ausencia del Duque.

Gaston y Santa permanecian aun á la entrada de la galeria. Se hubiera dicho que Gaston queria pasar revista á todos los que fuesen saliendo del teatro.

Lea Verin pasó desde luego, torpemente apoyada en el brazo de Leon Duchesnel. El secretario de embajada, á través de su sonrisa de ordenanza, dejaba ver la espresion de una completa felicidad. Vió á Gaston, le reconoció, y volvió á otro lado la cabeza.

Después llegó Madama de Varannes, rodeada de su corte ordinaria. El hermoso Marquesito daba el brazo á la Vizcondesa, y la hablaba en voz baja, acompañando cada una de sus

palabras con una sonrisa.

Al pasar, su codo tocó ligeramente con el pecho de Gaston. Volvióse el Marquesito inmediatamente, como para escusarse, y sus ojos permanecieron clavados un momento en el pálido semblante del último de los Maillepré.

Hubo algo de estraño en aquella mirada. Aquella mirada, al posarse sobre el rostro de Gaston, volvióse de repente lánguida, dulce y cariñosa, hasta el extremo de reflejar el brillo aterciopelado de una mirada de mujer...

Gaston, entre tanto, escudriñaba con sus ojos el semblante de M. de Baulnes, en quien acaso suponía encontrar al robador de sus títulos... Pero, cómo saber!...

Todos fueron pasando. Gaston bajó á su vez con la pobre Santa, que le miraba tristemente, sin atreverse á preguntarle una palabra.

Bajo el peristilo, Romeo envuelto en un gran paletot, cuyas anchas mangas hacian resaltar la delicada finura de sus manos, cubiertas de guantes blancos, estaba en la actitud de un hombre que espera alguna cosa. Santa sonrojose al verle, pero no retiró tan pronto sus ojos de él... Al apartar su mirada, una sonrisa dulce entreabrió sus labios.

En el rostro de Romeo estaba pintada una alegría de niño.

Al fin, salió del peristilo detrás de los dos hermanos; á quienes siguió tambien M. Burot.

M. Burot sacó su pipa y la llenó.

Gaston encontró un *fiacre* vacante y subió con su hermana.

M. Burot se aproximó entonces, con la pipa en la boca, y llevando en la mano un papelito enrollado, á guisa de mecha.

—Aunque perdoneis, buen amigo, dijo Burot al cochero del *fiacre*, en donde se hallaban Gaston y Santa; voy á encender en vuestro farol.

El medio era tan bueno como otro cualquiera.

—A dónde vamos? preguntó en efecto el cochero.

Burot aplicó el oido. Vió abrir á Gaston la boca para responder.

Pero el junquito de Romeo, sacudido con vigor y destreza, describió una curva silbando en el aire, chocó con la pipa de Burot, y la lanzó hasta la altura de los pisos terceros, con los dientes que la tenían sujeta.

Burot se llevó entrambas manos á las quijadas.

Cuando volvió de su aturdimiento; el *fiac-*

ere habia desaparecido. Nadie estaba ya con él mas que Romeo, apoyado en su lindo junquito.

—Señas por señas, le dijo este con la mayor naturalidad; vuestro amo tendrá un placer especial en recordar las mias... Os ruego con instancia que le hagais presentes los cumplimientos del escultor de la calle de San Luis, en el *Marais*...



Los dos talleres.

A las ocho de la mañana del día siguiente y despues de haberse presentado, como de costumbre, á saludar á la Duquesa viuda, Gaston y Santa vistieron de nuevo el uno su blusa de artesano, y la otra su tragecito de india y su papalina de *griseta*.

Al verles desembocar por la escalera del ala derecha, Juan María Biot, en lugar de tirar del cordon como hacia siempre, salió de su cuartito y llegóse con el gorro en la mano á abrirles la puerta del palacio.

Gaston estaba muy pálido: su semblante tenia una espresion de abatimiento, que se dejaba conocer á primera vista. Biot, al saludarle con el mayor respeto, posó en él una mirada tierna y cariñosa, en la que se reflejaba su inquietud.

Biot estaba pálido tambien. En su rostro franco y honrado habia tambien una espresion marcada de disgusto y pesar. En aquella misma mañana era cuando habia encontrado á la señorita Berta de Maillepré, privada de sentido junto á la puerta del jardin...

Los dos hermanos traspusieron el umbral del palacio.

Se les veia subir ordinariamente por la calle de Francs-Bourgeois, conversando en el tono dulce y afectuoso de dos niños que se quieren con todo su corazon. Ahora caminaban silenciosos, mudos.

El recuerdo de aquella noche de diversion, cuyos principios habian sido tan felices, les oprimia y agobiaba con su peso fatal. Gaston estaba reflexivo y meditabundo: sus cejas se fruncian á veces... un pensamiento de furor vengativo cruzaba entonces por su mente. Santa, que le observaba á hurtadillas y llena de temor, no sabia que pensar... ignoraba lo que su hermano tenia,

no sabia darse cuenta de lo que pasaba por él; pero temblaba la pobre niña por un instinto de su ternura fraternal: su corazón latía fuertemente presintiendo algún peligro, alguna desgracia espantosa.

Gaston dió la vuelta á la esquina de la calle de San Luis, y paróse delante de la puerta del número 26.

—Hasta la tarde! dijo tiernamente á Santa, imprimiendo un beso cariñoso sobre su frente.

—Hasta la tarde... murmuró Santa titubeando; pero esta tarde... ¿me dirás lo que tienes, para estar tan triste?

Gaston la besó de nuevo, haciendo un esfuerzo para sonreirse.

—Sí, te lo diré; te lo diré, hermana mia, respondió.

Santa entró.

Era un edificio bastante grande que comprendía dos casas paralelas. Sobre la puerta de la derecha habia una especie de escudo circular con este rótulo en letras de oro: *Madama Sorel. Bordados. Piso segundo.*

Ninguna muestra se echaba de ver sobre la puerta de la izquierda; pero los fragmentos de medallones y las estatuas cortadas que se veian esparcidas á lo largo de la pared, hubieran sido bastantes á indicar el

taller de un escultor, lo mismo que las ventanas, abiertas sobre el nivel del suelo, y por las cuales se alcanzaban á distinguir perfectamente, grupos en yeso, mármoles y todo lo demas perteneciente al arte de la estatuaría. Aquel era, en efecto, el taller de Romeo, que habitaba en el piso segundo, en frente de las ventanas de madama Sorel.

Entre estas dos habitaciones, habia un patio estrecho, mas bien una calle, que conducia al jardin, cerrado por una reja de hierro. Otras rejas por el mismo estilo se estendian á lo largo de la casa del escultor, defendiendo contra cualquiera agresion ó robo aquella mezcla confusa y desordenada de fragmentos tendidos sobre el suelo. Pero el robo hubiera sido imposible: aquella reja era un verdadero lujo de prevision. Se hubiera dicho que Romeo era el Mecenas de algun fabricante de enrejados.

Santa se dirigió por la puerta de la derecha.

Cuando entró en la sala-taller, alrededor de la cual se estendia una linea de bastidores cubiertos con sus bordados, no habia nadie aun; ni estaba todavia madama Sorel.

Se sentó Santa en su lugar, lanzando un suspiro ahogado que estremeció su pecho; aquel suspiro se mezclaba con el recuerdo

de su hermano. Despues descubrió el bastidor y comenzó su tarea.

Despues de algunos minutos de trabajo solitario, sintióse de improviso como deslumbrada por un vivísimo resplandor. La ventana vidriera de la otra casa, situada en frente de ella al otro lado del patio, acababa de abrirse, enviando á sus ojos un reflejo del sol que comenzaba á elevarse en su carrera. Santa separó la vista del bordado; no habia podido contener aquel movimiento.

En la ventana de enfrente, y detrás de una cortina medio descorrida, estaba Romeo, mirándola estático.

Santa bajó los ojos sonrojada. La cortina se corrió entonces completamente.

El corazon de Santa latia acelerado. En aquel momento bullia en el fondo de su alma un sentimiento desgarrador y dulce á la vez, que la ajitaba de un modo desconocido.....

Su mano temblaba sobre el bastidor. Su vista turbada se perdia, sin encontrar los perfiles, por entre las flores y arabescos del bordado.

La puerta de Madama se abrió al fin. Santa se estremeció vivamente al sentir aquel ruido, apesar de serle tan familiar, como si

la púrpura que sentia arder en su frente fuera un crimen. Hubiera querido poder ocultar su semblante enrojecido y abrasado. En todo lo que la rodeaba creia ver una acusacion misteriosa de su imaginario delito, y hasta recelaba que sus ojos bajos la delatasen...

Madama Sorel dirigió una mirada severa á lo largo de aquella linea de bastidores sin ocupar. Madama Sorel era una muger como de treinta y cinco años de edad, y vestia con cierta elegancia. Su rostro no aparecia notable ni por su fealdad ni por subelleza; en su estado ordinario no habia ninguna espresion particular en aquella fisonomía, un inteligente hubiera distinguido sin embargo cierto aire de concupiscencia en sus labios chiquitos y plegados.

Pero cualquier miembro del Consejo Municipal os podria decir que nadie tiene establecido un taller por pura caridad. A qué estudiar, por otra parte, las hipótesis de Gally y Lavater, despues que un doctor en farmacia nos ha enseñado un método tan sencillo como seguro de conocer á los hombres por el trage que visten?

Madama Sorel descubrió aquí y allá algunos bastidores para ver en qué estado se hallaba la labor. Al cruzar junto á Santa la pasó cari-

ñosamente la mano por la barba.

—Muy bien, muy bien, hija mia, la dijo; así me gusta... no cabe mayor puntualidad que la vuestra!

La puerta por donde entraban las obreras, abriéndose bruscamente, ahorró á Santa una respuesta, que la hubiera sido difícil y embarazosa.

Cinco ó seis muchachas, vestidas cada cual á su modo, pero todas con un atavio en que aparecía el vivo deseo de agradar y sobresalir, entraron en la sala al mismo tiempo. La mayor parte de ellas eran muy jóvenes; algunas bastante hermosas, y todas afectaban un aire de vivacidad juguetona y exagerada.

Fuerza es decirlo: la novela y el teatro han contribuido de consumo á cubrir con esta desagradable careta el fresco palmito de todas esas lindas muchachas, cuya mirada es capaz de hacernos bajar los ojos al suelo. Se las ha dicho tantas veces; vosotras sois vivas como la pólvora, despiertas y atrevidas como pages, y tan locas y casquivanas como &c. &c. &c., que acostumbradas á verse en ese retrato, ponen ya todo su empeño en parecer bruscas, descaradas y retozonas.

Dios las ha criado sin duda tímidas y modestas como á las demas niñas. O puede creer-

se acaso que Dios ha hecho al pilluelo de París mas malo, mas insoportable que los demas muchachos, y al estudiante mas holgazan, mas grosero, y sobre todo peor inclinado en la eleccion de sus diversiones que á los demas adolescentes? Seguramente que no. Los estudiantes constituyen, ó deben constituir, la porcion mas escójida y mas ilustrada de nuestra juventud. El mismo pilluelo de París ha debido ser bueno en otro tiempo, tan bueno quizá como ingenioso y travieso en la invencion de sus diabluras. Pero ha habido mentecatos que han escrito tipos del estudiante, de la modista y del pilluelo. Esto es fatal. Porque es preciso considerarlo bien: no es el tipo el que copia á la modista, al pilluelo y al estudiante; son el estudiante, el pilluelo y la modista los que copian sus tipos, impresos, grabados, iluminados y puestos á la vista de todo el mundo, detrás de la vidriera de todas las librerías.

Esto es mas sério de lo que parece.

Nadie podrá negarlo: siguiendo esta marcha, llegaremos y muy pronto á convertirnos en una sociedad de cartón cortada con tijera. Y los hombres no reproduciremos todos iguales, como los ejemplares de una piedra litográfica.

La originalidad desaparecería enteramen-

te. Uno y otro sexo, en sus diferentes posiciones sociales, se creará una existencia convencional, que haga iguales las maneras, las necesidades, los pasos y los placeres de todos. Cada hombre, cada muger será una copia. Una copia... y de qué? Ah! no será la copia de otro hombre ó de otra muger... será la copia de un tipo, es decir, la sombra de una sombra, la reproduccion ridícula de un miserable capricho, abortado á deshora por la cabeza vacía de un confeccionador de *fisiologías* ó vaudevilles!...

Tomemos por ejemplo al artesano. El artesano, que nos han descrito de mil maneras, y bajo todas las formas imaginables, lo es todo menos un artesano: es un poeta, es un hombre pensador, es un ambicioso, es un delirante, con un alma de filósofo bajo su blusa despechugada.

A nombre del artesano mismo se debe protestar contra semejante pintura. El artesano es un ser desgraciado. Guardad para otros vuestros grotescos disfraces... Ya que no podais resistir á vuestra tentacion de hacer caricaturas, al menos no *caricatureis* sino á los que son felices!

A nuestro juicio, debiera respetarse mas á esa honrada porcion de la humanidad: los trabajadores. Nadie en el mundo los aprecia, los

venera tanto como nosotros. Nadie en el mundo anhela con tanto afán, como nosotros, ver llegado el momento en que, por la marcha de las cosas, esa honrada porción de la humanidad entre de lleno á compartir el capital de todas las ventajas sociales. Pero, es servir, es honrar por ventura á los que constituyen esa clase, el engañarles infamemente, elevándoles un pedestal de escarnio, tan poco digno de su bondadosa sencillez? Se les hace tal vez un gran servicio, inspirándoles con frases campanudas y vacías un amargo disgusto de su posición, y encendiendo en ellos con apasionada animosidad ese instituto de envidioso rencor que hierve y germina en el fondo de todas las almas condenadas al sufrimiento? Es un amor noble y desinteresado hácia ellos, el que tiende á despojarles de su valor, de su resignacion en soportar las miserias del presente, arrancándoles á la parsus creencias, su fé, sus esperanzas y todo lo que contribuye al porvenir?

Lo que ellos quieren, lo que ellos piden con toda su alma, es *trabajo*! Estad seguros de ello: trabajo es lo que necesitan, trabajo, y de ningun modo escitaciones péfidas y votafuegos como los que arrojais en vuestras arengas interesadas. Vuestros escritos insensatos son un nuevo mal, un nuevo tormento

arrojado en esa inmensidad de males y tormentos que cercan á la miseria! Esto no es caridad! Unos van á hablar á estos hombres del quimérico restablecimiento de la ley agraria; otros, volviendo á poner el dedo en la herida que aun destila sangre, les demuestran con argumentos claros como la luz del dia que es imposible, del todo imposible, que ellos puedan vivir como viven; otros, en fin, con un númen casi poético, y presentando bajo retóricas formas y con todos los adornos de la elocuencia un pensamiento estravagante, se esfuerzan á persuadirles que cada uno de ellos es un Don Juan, á cuya vista pierden el juicio las marquesas.

No están esos pobres hombres, como vosotros, estragados y corrompidos... Acojen con entusiasmo y fé vuestra ficciones... Creen en vosotros, en vosotros que soñais despiertos, y sin comprender acaso toda la estension de los males que causais. Han leído vuestros escritos. Su inteligencia se ha deslumbrado; se ha extraviado su razon. Ya no trabajan como antes... pero en cambio *fabrican* versos cojos, y se andan por esos mundos buscando la Condesa que debe adorarles de rodillas.

Estos son tipos... Tipos de hombres perdidos, incurables ya de sus pobres manías, y á quienes vosotros habeis asesinado con un ras-

go de pluma...

De las cinco muchachas que acababan de entrar en el taller de madama Sorel, las cuatro tenían vestidos de indiana, cortados á la última moda, gorros de tela comun, pero de forma elegante, y chanclos de la estacion sobre sus lindos borceguies.

La quinta llevaba en la cabeza una papalina como la de Santa. Era esta Linda, la prometida de Dragon, la cual iba por primera vez al obrador, para ser presentada á Madama por la señorita Celia y la señorita Rosa, con la recomendacion de Bebella.

Detrás de ellas estaba una jóven alta, pálida y de espresion dolorida... esta era Mademoiselle, especie de contramaestre femenino, á quien estaba conferida la inspeccion del taller, durante las ausencias de Madama.

—Siempre tarde! dijo esta última con cierta acritud; seguramente, señoritas, que me causais perjuicios considerables, con vuestra tardanza...

—Diez minutos!... replicó Celia.

—Diez minutos únicamente!... añadió Rosa, quitándose su gorro y tirándole en un rincón de la sala.

—Mejor seria, repuso madama Sorel, mejor seria que imitáseis á Santa...

—Ah! Santa! Santa!... exclamaron á coro

las cuatro jóvenes; Santa posee la gran circunstancia de ser irreprochable.

—Con otra circunstancia además, murmuró la señorita Modesta; la de que nadie sabe en lo que ella se ocupa desde las cinco de la tarde hasta que llega el día siguiente.

Lo que hacía la señorita Modesta, durante este tiempo, lo sabía todo el mundo.

Santa seguía bordando sin responder palabra.

—Madama, continuó Celia, aquí teneis á la nueva oficiala.

Linda se adelantó algo desconcertada: sus dos protectoras la empujaron hácia adelante sin ceremonia. *Madama* la consideró un instante, y dirigiéndose á *Mademoiselle*, dijo:

—La recibiremos á *prueba*... vos cuidareis de observar lo que vale y lo que se pueda sacar de ella.

—Durante el tiempo de *prueba*, dijo Rosa á Linda, á guisa de esplicacion y comentario, solo se ganan veinticinco sueldos al día... nosotras ganamos cuarenta... si os acomoda, decidlo; sino... nadie os pone un puñal al pecho.

—Consiento... me quedaré á *prueba*... murmuró Linda.

—Ea! ea! á la labor! gritó Rosa, que co-

menzó á cantar en seguida con voz alegre y chillona.

A la labor, señorita,
si teneis habilidad....
Tran lararan lararira
tran lararan lararan!

—Señorita Rosa!.... dijo secamente *Madama*.

—No nos han de permitir ni aun respirar siquiera!... murmuró esta entre dientes, sentándose á su bastidor.

A Linda se la acababa de designar otro bastidor vacante, colocado junto al de Santa.

Al dirigirse hácia aquel lugar, la mirada de Linda se encontró con el semblante de la hermosa niña.

—Calla, calla!..... dijo Linda sonriendo: yo he visto anoche á esta señorita en la Ópera!...

—En la grande Ópera?

—Sí, ciertamente... Pero cómo!... entonces estaba muy elegante... mas elegante que ahora, por ejemplo!...

Rosa, Celia, Modesta y la otra bordadora que se llamaba Amelia, prorrumpieron en una carcajada.

—Ah! Santa! señorita Santa! dijeron todas;

en la Opera!...

—En la primera galeria, añadió Linda, con un jovencito moreno, gentil como unas flores.

Las risas se repitieron.

—Ah! Santa! exclamaron todas; señorita Santa!

—Santa no le toca nada!...

Estas palabras tuvieron un éxito prodigioso.

Santa estaba sonrojada. En sus párpados brillaba una lágrima próxima ya á rodar por sus mejillas.

—Ah! Dios mio!... hija mia!..... exclamó Linda lanzándose hácia ella y asiéndole la mano; yo no he dicho esto con mala intencion..... en fin..... tampoco es motivo para llorar y... Cada una tiene sus conocimientos...

—Yo os suplico señorita, dijo madama Sorrel, que no habéis de semejantes cosas en mi presencia.

Linda quiso añadir algunas palabras. Pero todas las bordadoras, hablando á coro, sofocaron su voz. Aquellas muchachas prorrumpieron á la vez en un turbion de carcajadas burlonas, interpoladas con sarcasmos picarescos y graciosos, de esos que tan bien saben buscar las mugeres, grisetitas ó no, apar ven-

garse cuando hallan ocasion, de una superioridad cualquiera, que las humilla de ordinario.

—La señorita Santa no asiste nunca á los Funámbulos!... dijo Roša.

—Aquel teatro no es digno de ella, apoyó Modesta; solo es bueno para mugeres como nosotras!

—Y el morenito? repuso Celia.

—El morenito..... se querrán con buen fin! respondió Amelia, y añadió en voz baja: Cinco novios tengo yo... cinco, y todos me quieren con buen fin!

—Señorita Santa, preguntó Modesta con la mayor gravedad; nos convidareis á la boda?.....

Santa levantó por último la frente, y echóse atrás sus hermosos cabellos rubios. Sus ojos brillaron al través de las lágrimas.

—És mi hermano, dijo, mirando fijamente á aquella tropa burlona.

—Ya lo iba yo á decir! exclamó Rosa.

—Os aseguro, que es mi hermano, repitió Santa con voz alterada.

—Ya se conoce, dijo Amelia; mucho que sí!... vaya... muchísimo!

Santa se levantó. Los frescos colores de sus mejillas habian desaparecido. En su mirada, tan tímida, tan dulce poco antes,

brillaba toda la indomable arrogancia de su noble origen.

Con un solo gesto imperioso hizo retroceder á Linda, que confusa y arrepentida del mal que habia producido con su aturdimiento, hubiera ya querido defenderla y consolarla.

La sonrisa burlona habia quedado ahogada entre los labios de las bordadoras, buenas muchachas en el fondo, aunque malisimas en toda la estension de la palabra. Esto no es sin embargo una contradiccion.

Santa, sin decir una palabra, dirijióse á la puerta lentamente, y se retiró.

—Mojigata! dijo Amelia en un tono marcado de desprecio.

—Señoritas, exclamó Madama, pastora de aquel indisciplinado rebaño; no permitiré que en mi casa se renueve una escena tan desagradable y poco digna, como la que ha tenido lugar hoy... Y cuando vuelva mañana la señorita Santa...

—¡Oh no vendrá!...murmuró Linda tristemente.

Todas las bordadoras del taller se encojieron de hombros.

Santa habia bajado la escalera. Sus lágrimas se habian secado del todo.

A la puerta de la calle, y medio internado

ya en el patio, estaba parado un hombre, que examinaba las ventanas del taller de escultura con un aire de curiosidad extraña.

En el rostro de aquel hombre se advertía una mezcla incomprensible de terror y descaro, que daba una espresion singular á su fisonomía.

Era nada menos que Mr. Burot, que intrépido y audaz para desafiar todos los peligros, hasta el de los bastonazos *inclusive*, venia con harto riesgo de sus espaldas á reconocer la posicion del enemigo.

El se habia dicho á sí mismo: la rubita de la *Opera* puede muy bien ser la querida del escultor, y entonces...

Se deja adivinar lo restante. En el caso supuesto por Burot, lo primero que habia que hacer, era practicar decididamente un reconocimiento. Mr. Burot se hallaba como en equilibrio, en dirección hácia la puerta, pronto á tomar las de villadiego á la primera señal de peligro.

Los pasos de Santa fueron suficiente causa para llenarle de sobresalto. Al sentirlos de improviso, retrocedió vivamente.

La hermosa niña traspuso el umbral. Burot la habia reconocido á la primera ojeada.

Aplastó de lado el sombrero sobre los cres-

pos y vedijosos mechones de su cabeza, dirigió una mirada de triunfo hácia el taller del escultor, en donde nadie habia en aquel momento, y enderezó su ruta inmediatamente detrás de Santa...



Por un evento.

Siguió Mr. Burot á Santa á cierta distancia, y solo hizo alto al verla trasponer el umbral del palacio de Maillepré.

—Ah! bah! bah!... se dijo entonces; la niña habita en nuestra casa... Es inquilina de Mr. el Duque... Magnífico! magnífico!... ¿Estamos en el caso de hacerla nuestra por un atraso de alquiler!

Puso á su vez la mano en el aldabon de la puerta, pero no se resolvió á levantarle siquiera.

—Pero vamos por partes, pensó; no lo vamos á echar todo á perder... nada de aturdimiento, nada de precipitacion!... Este ani-

mal de portero, está encargado de recaudar los alquileres del ala derecha... Y la bella niña debe habitar el ala derecha, pues por lo que atañe al inglés, no tiene ninguna hija. Por otra parte, el susodicho portero debe ser un protector, una especie de cancerbero que la guarda... Conviene no despertar á ese cancerbero.

Después de este prudente razonamiento, M. Burot retiró su mano del aldabon, y fue á situarse junto á la esquina de la calle de *Frans-Bourgeois*, para acechar si la hermosa rubita tornaba á salir, ó se quedaba allí definitivamente.

Largo rato permaneció en aquel lugar. Durante su centinela, tuvo sobrado tiempo para fumarse por dos veces el contenido de su nueva pipa, comprada aquella misma mañana, en reemplazo de la de largo cañon que Romeo habia hecho saltar hasta la altura de los pisos terceros la noche anterior.

M. Burot, aun con su elegante corbata de raso azul con flores amarillas, y su chaleco de terciopelo, no hacia mala figura, parado junto á aquella esquina con su pipa en la boca. La pipa por el contrario, le sentaba perfectamente; era como el complemento de su actitud de hombre que espera y acecha con afan alguna cosa. Y hasta aquella misma ac-

titud le sentaba bien; tan bien como los anteojos de acero á los preceptores de colegio, y el listoneito encarnado á los monotes de nuestros diputados.

Gaston despues de dejar á Santa junto á la puerta del número 26 de la calle de San Luis, habia tomado el camino del taller de grabados, donde él trabajaba. Todas las mañanas iba á acompañar del mismo modo á su hermana, volviendo todas las tardes por ella para conducirla á casa.

Al dirigirse á su taller, comenzó su camino maquinalmente, y como se suele emprender siempre un camino ya conocido y familiar en fuerza de la costumbre. Pero un tropel de pensamientos tumultuosos y crueles vino á asaltar bien pronto su imaginacion, turbando y desvaneciendo su cabeza.

Quizás nunca, durante los años lentos y amargos de su desventurada juventud, nunca su alma valerosa y elevada se habia visto tan cerca de la desesperacion. En aquella mañana cruel su corazon parecia enteramente desprovisto de fuerzas para sobrellevar el sufrimiento. El infeliz jóven, abatido, agoviado bajo el horrible peso de sus mismas reflexiones, se esforzaba en vano á desumbrar su mente pensadora, alejando de sus ojos la sombra impenetrable y espantosa que oscurecía

su porvenir.

Pero era tal vez su presente mas lisonjero? Ah! su presente y su porvenir eran igualmente horribles! Pero podian serlo mas que su pasado, aquel pasado, perdido entre amargas horas de angustia, de agonia lenta, incesante, sin un solo momento de consuelo?...

A los quince años abrigaba ya Gaston en su pecho el corazon de un hombre. Al lado de su hermana, de aquella hermana tan querida, su frente reflejaba algunas veces esa expresion de dulzura virgen, peculiar de la dichosa juventud; pero Gaston era grave y sombrío en su fondo: la esencia de su alma consistia en esa especie de gravedad varonil, y en la tranquila resignacion del hombre fuerte, que mira faz á faz á la desgracia, desafiándola tal vez. Pero esta calma resignada, que era, como hemos dicho, la esencia de su alma, no impedia que Gaston, sobre todo en sus horas de angustiosa soledad, se dejase tambien dominar de una amarga desesperacion, espresada á veces con violentos arrebatos que revelaban un rencor vengativo y sangriento contra el único autor de todas las desventuras de su familia. Mas la resignacion no es la muerte. Y los ecos de la Tebaida repitieron con frecuencia los sollozos, los ayes, los gemidos de aquellos hombres santifica-

dos que habian elevado al cielo todos sus pensamientos, colocando un escudo impenetrable entre ellos y el mundo!

Desde el dia anterior, dos nuevas espinas desgarraban el corazon de Gaston, aquel corazon tan lacerado ya... El hombre que al ver por primera vez la luz del dia, que, al dar el primer paso en el camino de la existencia, recibe aquella luz por el agujero miserable de un tugurio mezquino y pobre, desliza su pié sobre un pavimento húmedo y frio; en una palabra, el hijo de la miseria, que solo oyó gemidos en torno de su cuna, cuya familia no conoce mas historia que la historia de su indigencia, y las vicisitudes de un trabajo cruel, seguido del hambre en los dias de descanso ó fiesta, este hombre puede en algun modo afrontar sin peligro la vista de los esplendores del mundo... Aquellos goces no han sido nunca los suyos: no despiertan por lo tanto en su mente recuerdos crueles que llenen de amargura su corazon. Pero el hombre que, por su posicion ó por la de sus padres, ha representado un papel principal en ese brillante teatro del mundo, y se mira despues caido de su altura, y obligado á esconder su frente avergonzada en el fondo de la miseria; el hombre á quien la espada fulminante del ángel de las desgracias ha lanzado

lejos del paraíso de la tierra; ese hombre que tiene recuerdos que desgarrarán su alma si los despierta... Oh! guárdese de mirar siquiera los deslumbrantes resplandores que la felicidad y la opulencia derraman en torno suyo! Conserve, como un bien único y precioso, ese adormecimiento del alma en que el olvido de lo pasado entorpece y embota su dolor... Si despierta de su letargo padecerá horribles torturas!... Porque cuánta no será su angustia, al contemplar en medio de ese mundo brillante de magnificencia y felicidad, el mismo puesto que él ocupó algún día, y del que le separa una barrera insuperable! Entonces sus heridas vuelven á abrirse destilando sangre. Su corazón se abrasa entre el fuego devorante de deseos tan legítimos como insensatos. Choca furioso y desesperado contra la puerta cerrada de aquel paraíso venturoso, del cual se halla desterrado por su caída.

Gaston, durante una noche, había acercado á sus labios la copa de los placeres del mundo; pero solo quedaba ya en su corazón un fondo inmenso de profunda amargura, de desfallecimiento doloroso, de cobardía de angustia y desesperación!

Su nombre, el nombre de Maillepré sinónimo de nobleza, de gloria y de opulencia, se agitaba en su mente, se agitaba haciendo

estallar su cerebro. Sus recuerdos, escitados fuertemente, le hablaban de grandeza y de fortuna y sus ojos se inclinaban sobre la tela grosera de su vestido de trabajo. Y su pensamiento se volvía hácia Santa, que en aquel momento mismo trabajaba sin tregua, para recibir un miserable salario por la labor de todo un día!...

Gaston seguía su marcha. La fiebre aceleraba sus pasos. Sus ojos giraban á todas partes, y no veían. Las señas conocidas que debían dirigirle en su camino, no tenían ya ninguna significación para él. No sabía dónde se encontraba...

Su taller estaba situado en la calle del Paso de la Mula. Hacia tiempo que la había dejado atrás. Se hallaba, en fin, delante de los *boulevares*, y sin embargo seguía adelante. Y en medio de aquel extravío moral, de aquella especie de demencia, otro recuerdo cruel agitaba su alma; otro recuerdo, hijo también de la Opera, fruto de aquella noche de placer...

Existía un Marqués de Maillepré que no era él... Existía otro hombre que llevaba su título... Le habían arrebatado hasta aquel último resto de la herencia de su familia! Le habían despojado de su propio nombre lo mismo que de los inmensos bienes que eran el

patrimonio de su raza, bienes trasmitidos de padres á hijos durante largos siglos; le habian arrebatado su nombre, como todo lo que habia pertenecido en otro tiempo á sus nobles mayores.

Y Gaston se decia á si mismo: Cómo encontrar á ese hombre, á ese hombre que me ha robado hasta el depósito que mi padre me confió al morir? Será rico sin duda... y yo soy pobre! Nunca nos llegaremos á encontrar en nuestro camino! El impostor podrá usar sin cuidado de un nombre que no es suyo, de un nombre que á mí me roba!... Yo consumo mis dias en el trabajo. Ni aun tengo tiempo para defender mi honor!...

Dos transeuntes observaban con curiosidad á aquel hermoso jóven, de mirada severa y brillante, que parecia arrastrado en su rápida marcha, por un pensamiento irrésistible y fatal.

—Es un loco! murmuraban los mas al verle.

Pero en el *boulevard* del Temple, tan frecuente en festines báquicos, son mas frecuentes los borrachos que los locos... Por eso no podia faltar alguno que replicase:

—Ha bebido mas de lo regular!

Nada veia Gaston, nada escuchaba. Seguia rectamente su marcha, siempre adelante,

adelante, y sin saber dónde... Y al caminar de esta manera, su mente agitada y loca, le recordaba los dolores pasados para añadirlos sin piedad á los dolores presentes.....

Gaston solo veia pasar por delante de sus ojos, el lecho miserable, en que su padre moribundo dirijia un adios eterno á la familia entera! Solo escuchaba aquel nombre de Western! como un grito supremo de esperanza, que queria en cierto modo *sobrevivir á la existencia!*

Western!... este salvador, tan esperado, no habia venido!

Gaston veia tambien á M. Polypo, el implacable usurero, que rehusaba un asilo á su familia... á su pobre familia que solo imploraba aquel asilo, para poder derramar lágrimas en torno de un féretro! Veia despues á Madama de Maillepré, su madre desventurada, sucumbiendo bajo el peso cruel del sufrimiento!

Y los ojos de Gaston se humedecian con las lágrimas, lágrimas enjutas bien pronto por el fuego de sus mejillas abrasadas...

Luego pasaba Carlota delante de su vista; Carlota, la niña risueña y vivaz, la compañera querida de Santa, y el consuelo y la alegría de la familia entera. Carlota, que eludia la

desgracia comun, arrojando la parte de peso que la tocaba sobrellevar en tanta desventura! Carlota, que desde aquel momento, habia sido una estraña para con todos los que la amaban tiernamente!

Habia pasado ya Gaston de los tranquilos *boulevares*, desde donde se distingue todavia la columna de Julio y su Génio colocado en equilibrio. Habia dejado atrás toda la estension populosa del Chateau d' Eau, con sus puertas monumentales, que en caracteres de granito negro hablan de Luis el Grande á los afiladores del barrio de San Denis.

Sin embargo, en aquellos contornos se habia rodeado de ruido, de movimiento y elegancia. Despues llegó á dar vista á esa otra columna, pedestal gigantesco de una gloria inmortal que llena el mundo. Pero siempre caminaba desatentado, loco, llevando un velo espeso delante de sus ojos encarnizados. Y el pobre jóven sentia una especie de placer cruel y furioso, al recorrer estraviado el sendero tan recorrido de su pasada vida. Contaba sus dolores uno á uno, calculaba el número de sus tormentos. Se hubiera dicho que anhelaba llegar, apurando toda la amargura, depositada en su memoria, que queria llegar á ese parasismo del hombre desesperado, que trueca sus lágrimas en una sonrisa, y desafía

al cielo con una mirada sarcástica, exclamando como Orestes:—*Gracias! estoy contento...* Pero Gaston no se hallaba en este estado. Antes de elevarse á Dios, su furor se encontraba con un hombre, único instrumento de todas las desventuras de su raza. Sus padres, muertos ambos en la última miseria, Carlota alejada del seno de la familia, Santa condenada á vivir del trabajo de sus manos, él mismo confundido entre la última clase de la sociedad... ¡cuántas desgracias!... Y todo era obra de aquel hombre, que se ostentaba rico y poderoso, dueño de todas las riquezas y de todo el poder de su familia despojada.

Estremeciase Gaston de furor con este pensamiento. Habia huido siempre de hallarse con aquel hombre, porque temia las inspiraciones de su rencor violento, porque no queria convertirse en asesino...

Durante sus noches de fiebre devoradora, durante sus insomnios desconsolados y crueles, cuando su pecho se ardia, y su garganta estaba seca por la sed, y todo su cuerpo bañado de frios sudores se agitaba entre las convulsiones de su mal implacable, la sombra del Duque de Compans-Maillepré, le asediaba tenaz, incesante, redoblando su angustia y su agonía, al vagar en torno de su cuarto, ó permaneciendo fija, sentada junto á la cabe-

cera de sulecho.

El reposo del día alejaba de su mente un pensamiento funesto, que volvía á acometerle con mas fuerza en las horas de su nocturna fiebre. El pensamiento de matar al Duque, al asesino de su familia entera!

Por otra parte, Gaston creía tambien que el Duque, no satisfecho aun con los despojos conquistados, buscaria con ánsia la ocasion de desembarazarse de la única cosa que podia darle inquietud, la existencia del último Maillepré. Siempre que la familia habia mudado de asilo, la habia seguido por todas partes una misteriosa investigacion... Habia sin duda un hombre interesado en observarla... Debía creerse así, porque en todas las habitaciones abandonadas por ella, se presentaba despues un hombre que indagaba con ánsia su nueva direccion.

Este desconocido podia ser Western... Porque aunque Gaston ignorase el asesinato cometido el martes gordo de 1826 en la hospederia del Salvage, hacia ya largo tiempo que no esperaba la venida de Western. Para él era Western el amigo traidor que habia faltado á la confianza depositada en él. Habian pasado siete años... Esperar todavia á aquel hombre hubiera sido ciertamente una locura!

El hombre que le hacia espiar era el Duque sin duda... Y por qué pensarlo así? Gaston estaba autorizado para recelar un crimen espantoso.

De todos modos no era solo el Duque quien le preocupaba en aquel momento. Su imaginacion, atormentada por los recuerdos, le representaba vivamente toda la brillante felicidad que debia haberle tocado por suerte en la vida. Al Duque solo le cabia una parte del rencor violento que se agitaba confuso y sin objeto determinado en su desgarrado corazon. Porque ese odio vengativo se dirigia tambien contra su fortuna, contra Western, y sobre todo, contra aquel falso Marqués de Maillepré, que habia venido á encendermas y mas su saña sangrienta.

Un viento fresco y penetrante azotó de improviso el rostro de Gaston. Entonces volvió en sí de su distraccion, sacudiendo aquella especie de sueño que habia tenido como paralizados sus sentidos.

Gaston dirigió una mirada en rededor. Por cima de su cabeza se estendian las cimas deshojadas de los grandes árboles de los Campos-Eliseos.

Siguiendo su marcha maquinalmente, habia

atravesado la plaza de Luis XV, que aun no estaba entonces afeada, como ahora, por esas escrescencias negruzcas que se llaman, sino nos equivocamos, columnas rostrales; y habia dejadò atrás el lugar en que hacen sus bellísimas corbetas los magníficos caballos de Goustou. Delante de él se elevaba sobre el horizonte el gran arco de Triunfo, destacando sus magníficas bóvedas sobre el azul blanquecino de un cielo de otoño.

Era el medio dia. El tiempo estaba frio, pero la claridad del sol atraia á aquel lugar un sin número de paseantes. Los carruajes se sucedian unos á otros, estorbándose el paso mutuamente al rodar por la ancha calzada, en tanto que sobre la arena de los senderos laterales se deslizaban esos graciosos cochecitos, en que los niños juguetones se hacen conducir al paseo por un tiro de cabras. De vez en cuando alguna cabalgada, compuesta de una amazona rodeada de sus adoradores, cruzaba el paseo al trote largo de sus arrogantes alazanes. Ora un elegante *tílburi* se deslizaba ligero entre un *fiacre* empinado sobre sus ruedas, y la caja graciosamente redondeada de un *landau* que pasaba tocando el suelo. Aqui estaba quieto el *cupé* solitario y cerrado de un enfermo que iba á respirar el aire puro entre aquella vejetacion adormeci-

da, no sin cubrir antes sus arrecidos miembros con un traje triplicado por lo que pudiera suceder. Allá caminaba un coche descubierta, especie de jardín con ruedas, ostentando al claro sol de los últimos días de otoño, un fresco ramillete de lindas mugeres.

Solo habia dirigido Gaston una mirada hácia aquel nuevo espectáculo de elegancia y placer, que contrastaban bien cruelmente con su dolor y su miseria. Parecia que por todas partes le iba persiguiendo la vista de la felicidad y los goces del poderoso. El triste jóven retrocedió de repente, como para huir de aquel ruido alegre y venturoso, de aquel lujo arrogante y deslumbrador, de aquellas hermosísimas mugeres envueltas en capas de armiño y mecidas muellemente por el suave balanceo de sus soberbios carruajes.

En el mismo momento pasaba una brillante cabalgada, compuesta de una dama escoltada por cuatro caballeros.

La dama era jóven y bien formada. Sus escuderos, siguiendo la moda inglesa, marchaban de dos en dos, saltando sobre sus sillas, como siestas estuvieran rellenas de agujas y alfileres. Iban todos vestidos á lo *gentlemen* de sangre pura y afectaban en sus palabras un acento inglés que les sentaba perfectamente.

Eran aquellos caballeros Feliciano Capitales, J. B. S. T. Sanguin, Arsenio Bon de Monfermeil y el baron Prunot, que tenian el honor y el placer de acompañar á Madama Faramundo, la perla de las *loretas* del barrio de Breda.

Una *loreta* de palacio, de caballos, de escudo de armas. Una *loreta* elevada sobre el nivel de las demas *loretas*, tanto como un mariscal de Francia sobre un cabo de escuadra. En fin, una *loreta* que tenia siempre en la manga un principe por lo menos, pero que descendia no obstante sin gran violencia, hasta el punto de consagrarse meramento por las mañanas, durante las horas de *trapillo*, á hombres de la estofa de Capitales.

Tal vez la palabra *loreta* no estuviera inventada todavia en 1833; pero estaba sin duda muy próxima á inventarse.

Feliciano y sus ilustres amigos, montaban hermosísimos caballos. Eran sin embargo medianos ginetes, á escepcion del baron Prunot, que habia tenido una juventud borrascosa, y á quien la proteccion de su tio, el valeroso Duque de Farsalia, habia hecho llegar en el ejército hasta el grado de sargento de dragones. Sus bigotes databan de aquella época belicosa de su vida. En cuanto á los demas, se manejaba cada uno lo mejor que podia: to-

dos empero cuidaban de ostentar á porfia un aire de *inteligentes* en achaques de equitacion, dándose al mismo tiempo toda la apariencia de calaveras que les era posible.

La *loreta* distribuía entre ellos, como á pro-rata, y con una equidad soberana, una parte igual de sus sonrisas y sus gestos; y cada uno trataba de corresponder á tanto favor, esprimiendo en obsequio suyo hasta el núcleo de su talento y su galantería.

Claro está que Feliciano Capitaes hacia el papel principal en aquella escelente reunion. A poco que este gentil mancebo se hubiese detenido á reflexionar acerca de su persona, claro está tambien que debia haberse convencido plenamente de que siendo hijo de un semi-agente de cambios, y sobrino del famoso y honorable gefe de la casa de M. Polypo y compañía, que era como la providencia, al doce por ciento, del comercio menudo de Paris, no habia menester otros méritos para pasar por un caballero recomendable y dignísimo á todas luces, y á los ojos de todo el mundo. Pero nadie está completamente esento de debilidades. Feliciano tenia la pretension de hacerse notable, mas que notable, notabilísimo por su talento y su gracia y su garbo y su finura, y en fin, por todas esas sobresalientes prendas que son el patri-

monio de los hombres de pró, y de las que él se creía tan abundantemente dotado como el que mas.

Esta mania del noble descendiente de los Capitales, fue causa de un incidente, vulgar en su apariencia, pero cuyos resultados debían influir poderosamente en el destino de los principales personajes de nuestra historia. Y esto prueba evidentemente que la mas insignificante criatura tiene siempre su papel determinado, é influente en el gran drama de la vida humana. La existencia de Roma, de esa ciudad reina del mundo, estuvo pendiente un dia del instinto de una ave, de un ganso por ejemplo.

No encontrando Feliciano Capitales nada que decir, nada absolutamente, ni aun siquiera unas cuantas tonterías, estiró su magnífica corbata blanca, y determinó hacer alarde de sí, loqueando y *calavereando* como correspondía á un mancebo tan encantador como él era ó como él se imaginaba, que tanto monta lo uno como lo otro. Su caballo debía hallarse, preciso es creerlo así, debía hallarse pues en un momento de mal humor, en uno de esos momentos de indocilidad y rebelion... Así es que al sentir la espuela disparóse á correr de través, haciendo románticas corbetas. Capitales sintió una cosa muy parecida al

miedo. El caballo comenzó á galopar desbocado de aqui para allá, describiendo círculos bajo las copas de los árboles, pero sin salir de un espacio de cincuenta pasos á la redonda. Gaston se hallaba muy cerca entonces: al volver la espalda para alejarse de aquel paseo, el caballo lo atropelló chocando de pechos contra él. Gaston cayó en tierra y quedóse como desvanecido por el golpe.

Á algunos pasos de distancia el caballo empezó á obedecer al freno. Capitales miró hácia atrás y vió á Gaston tendido en tierra sin movimiento.

—Estos diablos de *blusas*, gritó encojiéndose de hombros por todas partes se meten!

Reunióse inmediatamente á sus amigos que se habian parado á verle manejarse con su indómito alazan, y todos los de la cabalgada continuaron su marcha, renegando á competencia de aquellas *blusas* impertinentes...

J. B. S. T. Sanguin, que era hijo de un buhonero, aseguró que el *pueblo* se iba haciendo del todo insoportable.

Prunot, que habia nacido en una época en que el Duque de Farsalia no era todavia mas que cabo de escuadra, retorcióse el bigote afirmando por su honor que aquel *populacho* le atronaba de un modo insufrible los oídos.

Capitales estaba muy conmovido para tomar parte en la conversacion.

Pero la encantadora *loreta*, Madama de San Faramundo, puso el sello á la conversacion, diciendo que no habia medio alguno posible para librarse de aquella *canalla*. Madama Batilde de San Faramundo era Condesa... aunque hija única de un deshollinador savoyano y de una frutera...

Gaston permanecia privado de sentido, sobre la fria yerba.

Habia tenido lugar la escena á unos cuarenta pasos del camino grande junto á uno de los senderos transversales que se abren á uno y otro lado. Nadie habia en todos aquellos alrededores. Aquel suceso no habia tenido mas testigos que una de esas pobres mugeres que venden panecillos al rededor de los paseos, y los dueños de un coche cerrado que pasó por aquel sitio, en el momento de caer Gaston derribado en tierra.

El coche paró. Abrióse la portezuela y apareció en ella el rostro dulce y espresivo de una muger hermosa y después el de un hombre, no menos bello y casi tan dulce como el de la muger.

Dos manos cubiertas de finísimos guantes salieron del coche, y atando un bolsillo de seda á una targeta hicieron señas á la muger,

para que se acercase.

—Ahí teneis dinero para pagar los remedios que necesite, señora, dijo el joven; nosotros no podemos detenernos aqui por mas tiempo... Suministrad á ese desgraciado los ausilios que haya menester, y cuidad de decirle que si le hace falta alguna cosa, puede llegarse á mi casa... en esa targeta están las señas....

El joven miró hácia atrás... Otro carruaje iba á darle alcance por la entrada del camino. Cerró á toda prisa el cristal de la portezuela y el coche partió al galope.

Al cabo de algunos minutos, Gaston recobró el uso de sus sentidos. La caída solo le habia producido una especie de aturdimiento. La buena muger le entregó fielmente el bolsillo y ta tarjeta.

La vista todavía turbada de Gaston, tardó algun tiempo en distinguir del todo las letras grabadas sobre el esmalte abrillan- tado de la vitela, que al fin arrojó con un movimiento repentino bajo sus pies, gritan- do con voz enronquecida:

—El!... en dónde está!... en dónde está él!.....

—Ahí están escritas las señas de su casa... murmuró la pobre muger.

Gaston se frotó los ojos y miró la tarjeta

segunda vez.

—Ah!... murmuró con un suspiro prolongado.

Y arrojando el bolsillo con un gesto violento á los pies de la pobre muger, comenzó á correr con todas sus fuerzas hacia la plaza de S. Luis.

La tarjeta tenia grabadas estas palabras bajo de una corona de Marqués:

Gaston de Maillepré.

Debajo estaban escritas con lapiz estas señas: calle Real de Saint-Honoré, número 9.



Vestido negro y guantes blancos.

Gaston volvió al palacio de Maillepré. Como una hora despues el desgraciado joven atravesó el patio precipitadamente sin dirigir siquiera una mirada hácia el cuartito de Biot.

Sus cabellos estaban en el mayor desorden. Su blusa y su pantalon aparecian cubiertos de grandes manchas de lodo, y en toda su persona se manifestaban el cansancio y la fatiga.

Ordinariamente Santay Gaston no volvian al palacio hasta despues de las cinco de la

tarde. Cada uno de ellos solo ganaba en su respectivo taller lo que llaman los obreros dos tercios de jornal, por poder asistir á la comida de la anciana Duquesa.

Santa habia vuelto aquel dia muy de mañana; Gaston á su vez volvia á la una de la tarde.

Y ambos parecian turbados, como heridos por el repentino choque de una desgracia inesperada. Su tristeza no era la misma tristeza de todos los dias...

Desde la noche anterior, Biot habia visto cosas harto dignas de escitar inquietud y desasosiego en su leal y honrado corazon.

Cuando Gaston entró en el palacio de aquel modo, Juan Maria le siguió con una mirada á la vez respetuosa y paternal. Despues se cerraron sus ojos, y sus manos abandonaron la obra comenzada.

Durante algunos minutos permaneci6 Biot pensativo y como ensimismado. Al volver otra vez á su trabajo interrumpido, sacudi6 lentamente la cabeza, echando hácia atrás los espesos mechones de sus caballos. Un ardiente suspiro agit6 su pecho... Dirigi6 una piadosa y suplicante mirada á una imagen de la Madre de Dios, colgada en la pared, y murmur6 fervorosamente:

—Virgen Santísima, velad por ellos!

Apenas habia entrado Gaston en la cámara desmantelada que le servia de habitacion, despojóse de su blusa y la colgó de una percha. Su frente estaba cubierta de sudor. De sus labios trémulos brotaban palabras incoherentes.

Vistióse á toda prisa un pantalon negro, y lo demas del traje que usaba para asistir á la comida de la familia. Cuando iba ya á salir de la habitacion, dejóse caer como abismado sobre su cama, cubriéndose el rostro con las manos.

La puerta del cuarto de Santa se abrió lentamente; la hermosa niña se acercó de puntillas á su hermano, y estampó un beso en su frente húmeda, á través de los dedos crispados con que él la tenia cubierta.

Gaston se levantó con un movimiento repentino.

Santa se habia sentado junto á él en la cama, conteniendo las lágrimas que querian brotar de sus ojos.

—Gaston!... hermano mio!... dijo ella; por Dios, te lo ruego... dime, qué tienes?... qué tienes?...

Gaston balbuceó, y bajó la cabeza.

Santa le echó los dos brazos alrededor del cuello, repitiendo:

—Yo te lo ruego!... dime, qué tienes?.....
yo te lo ruego!...

Y se sonreía como para dar mayor fuerza á sus súplicas.

Gaston la estrechó en silencio contra su corazón.

—Todo, todo te lo diré, murmuró al fin; todo te lo diré... mañana.

Gaston no se acordó siquiera de preguntarla los motivos de su presencia en casa á aquella hora. Un solo pensamiento le dominaba entonces...

Santa quedó sola. En aquel momento brotaron abundantemente sus lágrimas contenidas hasta entonces.

Entróse en su habitación y se hincó de rodillas ante un crucifijo.

Dios tiende su mano para recoger las lágrimas de un niño; las lágrimas de un niño, perlas que brotan del alma, embalsamadas con los purísimos perfumes de la oración y del amor...

Gaston dijo á Biot, al pasar con rapidez el umbral de la puerta:

—Sino he vuelto á las cinco, di que sabes en donde estoy.

—Pero... eso será una mentira... murmuró Biot poniéndose encarnado.

—Hazlo por Santa, añadió Gaston.

—Por la señorita Santa... murmuró Biot entre dientes; por la señorita Santa... bien... mentiré.

Gaston estaba ya fuera de la puerta.

En la calle *Culturé-Sainte-Catherine*, montó en un *fiacre*, y gritó al cochero:

—Calle *Real de Saint-Honoré*, número 9!... al galope!...

Preciso era tener el espíritu bien perturbado para pedir galope á los caballos de un *fiacre*.

Gaston bajó los cristales del coche. Su frente ardia.... Le hacia falta aire.

El obrador de estampacion en telas de MM. Rohrbach y Malfus, situado en la calle del *Paso de la Mula*, estaba en aquel momento lleno de trabajadores.

La Alsacia, como sabe todo el mundo, es la que está destinada á producir la mayor parte de los artesanos dedicados á la estampacion de telas, desde el primer dibujante, que os pondria de ropa de pascua, en aleman, si cayérais en el descuido de no llamarle artista, hasta la última picoteadora, encargada de clavar en la madera esos alfileres sin cabeza, que reunidos y colocados en disposicion determinada, sirven para cier-

ta clase de dibujós.

Tienen los naturales de la Alsacia una hermosísima voz, pero su acento es insoportable. Antes de entrar en este taller, en el que los hijos de la *cholie Miltsse*, de la *piel Sdraspurg*, y de *Golmar* fórman la mayoría, nos comprometemos á no imitar, sino con mucha moderacion, las inflexiones germánicas de estos buenos franceses.

Por otra parte, en el taller habia hombres de todos los paises. Era una inmensa pieza, muy parecida á un ancho corredor, que recibia luz por dos filas de ventanas. A cada lado habia una gruesa tabla afianzada en la fábrica de la pared, tan larga como la sala misma. Las ventanas estaban muy próximas entre sí, y enfrente de cada una se sentaba un obrero á trabajar sobre aquella tabla, que hacia el oficio de una mesa. Las herramientas estaban colocadas en los espacios que separaban las ventanas. En el espacio que quedaba libre en medio de la pieza, otros obreros inclinados sobre grandes bancos hechos á propósito, se ocupaban en hacer láminas de cobre, con ayuda de los instrumentos necesarios.

Aqui y allá se veian diseminadas las estufillas en que se enrojecian las chapas de acero fino, que el punzon debia labrar en figuras

diferentes, para colocarlas despues de templadas en hileras, formando orlas; y los cubos de agua fria en que se sumergian rechilvando los metales candentes.

Todos los obreros trabajaban con la mayor actividad. Aquel sin número de conversaciones, la mayor parte en aleman, que se cruzaban por todos lados; canciones del Rhin, interrumpidas por largos espacios de silencio, durante los cuales se sentia el rechinar insoportable del cobre preparado; el ruido sordo de la piedra pomez ó el del acero templado de las hileras, reunido al repiqueteo seco, agudo y persistente de los martillos, todo contribuia á formar un concierto espantoso, capaz de producir ataque de nervios en la naturaleza menos propensa. Todos trabajaban á competencia. Unos labraban las planchas con buril y gubia, como el grabado de madera ordinaria; otros, encorbando con arte las láminas mas pequeñas de cobre, las colocaban en disposicion de figurar los arabescos mas historiadores y confusos, y las clavaban despues en la madera, para ahorrar tiempo, organizando de un solo golpe todos los perfiles de un dibujo complicado; otros, en fin, *lamaban* el cobre, grababan con sus punzones, preparaban las planchas, ó *picoteaban*...

En el fondo de la pieza habia una escalera que conducia al escritorio de M. de Maltus. Cerca de la puerta de entrada estaba colocado un pequeño mostrador, rodeado de una especie de berja, y al que se sentaban, segun lo exigian las circunstancias, M. Rchrbach, su pagador, ó el capataz de la fábrica. En aquel momento no habia nadie en el mostrador.

Una voz se elevó de repente, aun mas sonora y retumbante de lo que era necesario para hacerse entender entre el ruido confuso del taller.

—Una apuesta! dijo esta voz, que era la de Poiret; una apuesta á que era el Descolorido!

—Poiret!... los dos tenemos nuestras razones! respondió Nazario, llamado Dragon, en cuyo rostro jovial y bondadoso habia una espresion de buen humor en aquel momento.

—Razones conmigo! exclamó Poiret; apuesto á que era el Descolorido!... Y á propósito: qué motivos tienes tú para querer mas á este novato que á tus antiguos compañeros, Dragon?

—No sé; replicó este último; es mas valiente que yo... Me sucede con él lo que con el capitan Romeo, á quien conozeo por un sablazo que me dió en Argel, de plano, se en-

tiende, por impedirme que matase á un kabyla que esclamaba á voz en grito compasion, compasion: compasion, en turco, por supuesto. El sablazo fue un sablazo razonable; todavía me dura la señal... Oh! pero!... yo me volvi furioso, decidido á romper la crisma al que me habia hecho tan buen regalo, fuese amigo ó enemigo... y ví detras de mí á un bravo mozo, un bravo mozo á fé mia... Además, yo habia obrado mal, muy mal... Un kabyla rendido, un kabyla de rodillas no es un inglés... Yo me llevé la mano al chacó y dije: Gracias, mi capitán, gracias!

—Gracias, que no hay de qué! interrumpió Poiret.

Una media docena de obreros habian interrumpido su ruidoso trabajo para escucharme mejor.

—Tú, Poiret, continuó Dragon, no puedes juzgar sobre asuntos del campo del honor, siendo como eres paisano; paquete en una palabra... El capitán se echó á reir y me tendió la mano... Oh! y aquella accion me hizo sentir un no sé qué dentro de mí mismo... En fin, desde aquel momento empecé á querer á aquel hombre que se batia como un león furioso, que siempre escojia á los mejores para andar á boleos... Cuando el capitán hizo su dimision, á fin de ponerse en estado de habérselas con

el corenel que le habia jugado una mala pasada, tomé ascoá la milicia y pedí mi licencia.

—Y qué le habia hecho el coronel? preguntó Cachard, dicho el Solapado y que era una de las buenas cabezas del taller.

—Esto y lo otro y lo de mas allá! respondió el discreto Nazario!

—Sin embargo!... dijo Poiret; el Descolorido no ha podido darte nunca sablazos de plano.

Dragon se encojió de hombros, con cierto aire de superioridad.

—El sablazo no fué precisamente el principal motivo de mi afecto hácia el capitan, ni de las relaciones sucesivas que hubo entre los dos, respondió Dragon, todo esto se vino por sí solo... no sé yo mismo de qué manera!... Pues bien!... con el Descolorido me ha pasado una cosa enteramente igual... Me interesa, me ha petado en una palabra ese muchacho! Desde la primera vez que le vi, dije para mis adentros: es bueno de seguro! hé aqui un hombre que me gusta... que me gusta... que previene en su favor!... Y vosotros?

Dejó Nazario su buril sobre la mesa y dirigió una mirada alrededor, como buscando entre todos sus compañeros uno que le contradijese, fuera de Poiret. Pero la mayor par-

te de ellos le querian ó le respetaban. Era, por decirlo así, el gallito del taller. Aquella mirada interrogativa solo encontró sonrisas de aprobacion.

Entre aquellas sonrisas, se echaba de ver una, la mas dulce y suavísima de todas, que tenia entreabiertos los labios de un enorme alemán, grueso, rollizo, casi redondo, frescote y de espresion cándida, inocente y casi estúpida, el cual repitió con mucho trabajo:

—Es pueno de seguro!... Dice bien el señor Tracon!

Necesitaba este alemán un sacatrapos para cada palabra, gracias á su hiperbólica gordura. Sus grandes ojos negros miraban algunas veces por lo bajo y como á hurtadi las. Se le hubiera podido tomar por un hipócrita tonto. Se llamaba Pedro Worms, y era conocido con el sobrenombre de *Rorro*.

A Poiret era mas fácil matarle que convencerle.

—Sin embargo!... dijo este levantando la voz. Como viniese el *Descolorido*... Y á propósito... ¿en dónde diablos estará él que nunca falta?

—Eso es cuenta suya, replicó secamente Dragon.

—Eso es cuenta suya!... cuenta suya... re-

funfuñó Poiret... Sin embargo!... eso no quita que sea un perillan!...

—Sí; repuso Pedro Worms; yo cuzgo tambien... yo cuzgo tambien...

—Qué? exclamó Nazario, levantándose de repente.

Tiempo hacia que deseaba encontrar uno con quien habérselas en aquella cuestion.

Pero el gordo aleman era un alsaniano prudentisimo,

—Qué? repitió; que yo cuzgo que fos teeis pien, señor Tracon...

Nazario (Dragon) volvió á sentarse murmurando entre dientes. Poiret se puso á silbar.

—Una apuesta! dijo al cabo de algunos minutos; el señor Potel tarda hoy mucho... á que no nos pagan esta tarde!

—Tendria que ver eso, respondió el *Solapado*; á mí se me deben tres jornales... tres jornales completos... caracoles!... Diez y ocho francos... Lo bastante para regodearse treinta y seis horas, en los *Almendros*!

—Tres jornales en quince dias... Vaya una aplicacion la de Cachard!

—Esa es mi tanda de costumbre, amiguito!... Y vive Dios, que si ese vejestorio de Potel no me da hoy mismo mis diez y ocho francos, tendré que faltar á una cita... á una

cita con la muchacha mas brillante y sobresaliente del mundo.

—Una apuesta á que tienes que faltar! repuso el intrépido Poiret.

El Solapado le miró de reojo, y acercándose al oido del que tenia á su lado, murmuró en voz baja:

—La cita es con su muger! La hermosa Bebella me hizo un guiño el otro dia..... un dia que ese pobre diablo estaba de mulo con ella!...

Interrumpióse al llegar aqui, y alzando la cabeza.

—Hago la apuesta! dijo en alta voz; treinta sueldos á que no falto á la cita!

—Dos francos! repuso Poiret, levantando la tarifa.

—Cincuenta sueldos!

—El napoleon entero!

—El napoleon entero!... Ahí vá... toca esos cinco.

Tendió el Solapado la mano; Poiret la apretó fuertemente con la suya. En el mismo momento en que aquellas dos manos callosas se estrechaban de este modo una con otra, abrióse la puerta y M. Polet, el pagador, entró en el taller.

Potree se quedó consternado y confuso. El Solapado prorrumpió en una ruidosa car-

cajada. Antes de hacer la apuesta, habia sentido en la escalera los pasos torpes y pesados del viejo pagador.

—Cinco francos! exclamó el Solapado; Cinco francos de ganancia y los diez y ocho que me pagarán ahora, suman veintitres francos... Veintitres francos á mi disposicion... Magnífico! magnífico!

M. Potel se dirigió en derechura hácia su mostrador.

—Amigos míos, dijo; estoy ocupado, muy ocupado... Voy á arreglar vuestras cuentas inmediatamente... Ayer tarde me eché dinero en el bolsillo con éste objeto.

—Psí!... lo que es por mi parte, Señor Potel, repuso el Solapado, por mi parte, no tengo prisa maldita... pero una vez que os empeñais en ello...

—Epectifamente! epectifamente, dijo apoyando el Rorro.

Cualquiera hubiera podido notar cierto temblor en la voz de Pedro Worms el Rorro que desde la entrada de M. Potel habia perdido algun tanto de sus colores frescos y arrebatados.

Pero en su rostro quedaban sin embargo bastantes aun.

Los obreros, abandonando su trabajo, se acercaron todos al mostrador. M. Potel,

siempre con la vista clavada en el libro de cuentas, metió la llave en la cerradura del cajon, en que guardaba por algunas horas el dinero destinado al pago de los obreros.

—Nazario, dicho Dragon, murmuró M. Potel, siguiendo en el exámen de sus partidas. Trece jornales completos... setenta y ocho francos justos y cabales... Hé aqui un buen muchacho, que deberá tener sus ahorrillos.

—Como yo, sobre poco mas ó menos: murmuró entre dientes el Solapado.

—Tened en consideracion, repuso Nazario, que yo voy á necesitar mas dinero. Ya veis, cuando uno se casa!....

—Enhorabuena, amigo mio, enhorabuena! yo gusto mucho de ver á los muchachos vividores, como vos, libres de gazmoñas y mogigatas.... divirtiéndose los domingos, como Dios manda... pero nada mas que los domingos!... Cuando uno de estos guaposmozos toma muger, obra perfectamente, y de seguro no le faltará nunca un pedazo de pan que llevar á la boca... Hagamos, pues, nuestra cuenta....

M. Potel tenia ya la mano puesta en su cajon. Su voz quedó ahogada al pronunciar sus últimas palabras; su sonrisa se cambió de re-

pena en una expresión de terror.

—Y bien! dijo el *Solapado*; hay alguna rata rabiosa en vuestro cajón, Potel?

El pagador, en vez de contestar, se levantó con un movimiento convulsivo: su rostro estaba cubierto de una espantosa palidez; su mano temblaba violentamente.

—Yo soy un infeliz... un pobre miserable... exclamó; un padre de familia... Si es esto una chanza, hacedme el favor!...

Aquí tuvo que interrumpirse hijadeando, para tomar aliento.

—Qué sucede?... preguntaron casi todos los que estaban alrededor de él.

Los pocos que permanecieron sin decir palabra, eran como una docena de alsacianos. Fritz, Juan, Nicolás, Wilhem, &c., manifestaron su asombro con un murmullo chillón y prolongado, muy parecido al canto de las ranas.

—Devolvédmelos... continuó el anciano; esto será lo mismo que reducirme á pedir limosna!... Amigos míos, devolvedme mis dos mil francos!

—Un robo! exclamó Dragon poniéndose tan pálido como el mismo pagador.

Por un movimiento general, tan rápido como el relámpago, cada uno de los presentes había dirigido con la vista una interrogación á

su adlátere. Ni aun la mas ligera sombra de confusion aparecia en aquellas fisonomías, si se exceptúa la de Cachard, dicho el *Solapado*. Este sobrenombre equívoco, pesaba sobre él en aquel momento. El *Solapado*, aunque inocente de aquel crimen, tenia el convencimiento intimo de haberse hecho, mas que ningun otro, acreedor á las sospechas que despertaba naturalmente un acontecimiento de aquel género.

Pedro Worms, por el contrario, ofrecia á los ojos de todos su ancha cara rubicunda, en la que se pintaba la espresion del candor mas ejemplar del mundo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.